

La caída del prófugo

José Antonio Flores Vargas

Bajo la mortecina luz de la vieja lámpara, observaba a sus pequeños hijos que dibujaban dinosaurios en unas hojas amarillas que consiguió en la biblioteca cercana al hostel. Habían llegado a la provincia de Orense en Galicia. Pese a su ajada vestimenta, el pueblo de Avión los acogió sin demasiadas preguntas.

El largo viaje le hizo descubrir que estaba cansada de sacar el pecho por su marido; conocía bien su fragilidad de hombre. Cuando el régimen terminó, él acabó hundido en un mar de temores. Desde que se casaron, supo que era ella la que tenía la responsabilidad del bienestar de la familia.

Recordó las conversaciones con su padre. Tienes que convertirte en una mujer fuerte y práctica. Nosotros descendemos de gente con estirpe; debes grabarlo en tu mente. Para nosotros no hay límites, hay escenarios. No sabes cuántas veces te he soñado con tu propia cuadra de caballos pura sangre, vestida como amazona. Debes saber que mis abuelos tuvieron una gran estancia ganadera en la Patagonia. Me gusta imaginar que vas caminando orgullosa junto a tus percherones en la Feria de Sevilla.

Dejó las añoranzas juveniles a un lado. Habían pasado muchos años desde entonces. Pensó en el papel que había jugado junto a Alex cuando empezó a codearse con las esferas del poder. Su atinada decisión de convertirse en colaboradora de la mujer del presidente. Los consejos diarios y el respaldo que tenía que infundirle a su marido cuando se iba al ministerio. Y al final de la jornada, lo de siempre. Su hombre se comportaba como niño, comiendo hasta la media noche. Gabriela, deja de perseguirme, pareció escuchar. Duérmete, quiero ver mis películas. De acuerdo, buenas noches, gordo. Maldito.

Evocó la entrada triunfal al centro de convenciones para dar su primer discurso junto a Alex. Era el nuevo presidente de la Xunta. Su presidente, el que la llevaría a lugares que ella merecía. Las mujeres que estaban allí no la igualaban en donaire y frescura. Reflexionó en las virtudes del poder. Y en el valor de sus virtudes, se dijo para sus adentros. Recordó que se llegó a sorprender aquella ocasión que vio a su marido, gallardo y más inteligente. El mando viste, reconoció. Hacían una gran pareja. Pero las grandes parejas requerían siempre una buena dirección.

Después, repasó en voz alta los nombres de los elegidos. La palabra cierta de Jose El Chulo. Tomás de la Reguè, con todo lo necesario sobre finanzas y economía. El tesorero Cuevas de Almanzora y su lealtad a toda prueba. Mouriño y Cisneros, los entrañables hermanos de la universidad. Con ellos completaron el primer círculo. Siete eran suficientes, como en el cine. Todos comulgaban con el proyecto y bebían del mismo vino. Los demás, eran sólo niveles inferiores y piezas de desecho.

Su memoria le trajo los secretos más preciados. Subió y bajó los elevadores del edificio de Dubái, el chalé de Ibiza, el hotelito de Zanzíbar, el piso en Bariloche, las casas de Punta Cana y Playa del Carmen, los departamentos de Londres y Nueva York, ...ah, y el acogedor sitio de la Rue de Seine en París. Recordó las inversiones en Suiza y Hong Kong, los certificados del tesoro...La clave de acceso a la caja de seguridad...su seguro porvenir.

El silbato de un sereno cortó el silencio. Sus hijos dormían plácidamente. Buscó respuesta a una inquietud que la taladraba. Cómo habían descubierto el entramado que tanto tiempo costó diseñar. Acaso había algún traidor dentro del círculo. Prefirió pensar en los caballos. En la alzada de Jimador. Las crines azabache de Bruja. En el porte de su entrenador. Tranquilizó sus pensamientos. Pronto le llegaría el equipaje completo y el guardarropa de montar.

Mientras llegaba el sueño, se dispuso a pensar en las opciones de Alex... ¿y de ella misma?...las suyas... no, ni pensarlo. Las de su padre y sus hermanos, quizá. Los demás... ¡Que Dios los ayude! Repasó las negras alternativas que un enviado le comunicó esa mañana a su marido. Te entregas a la policía nacional y te quedas con un quinto; me das tres quintos y uno a Hacienda. También puedes decidir de esta forma: me quedo con tres quintos y dos para hacienda, pero te pierdes en el mapa. Si no tengo respuesta hoy por la noche, vamos por ti y te quedas sin nada. Para esa salida, el consejo es que desaparezcas en el éter.

En Europa, el sueño sería diferente, afirmó con afán de convencerse. Una lágrima rodando por su mejilla la hizo recordar la pérdida de peso que sufría Alex. Se estremeció al pensar en lo que más convenía a todos.

A lo lejos, el enviado entraba diligente a la oficina principal de La Moncloa.

Gabriela no tenía noticias de Alex desde aquella tarde en que él salió con destino a Madrid. Se sentía un tanto nerviosa por los días que habían transcurrido, pero estaba segura de que allá en la distancia, su marido estaría meditando el orden de las prioridades que ella dispuso para su nueva vida. Los escenarios dibujados para el futuro incluían un estilo hedonista y cosmopolita, un mundo como el que ella soñó en sus tiempos de adolescente. Esperaba que de una vez por todas, él tuviera claras las cosas entre ellos.

Por la mañana había asistido a los exámenes de galope y a los preparativos para el campeonato provincial de doma clásica en la asociación ecuestre de Orense. Estaba feliz porque Jimador demostraba ser un fino caballo de competencia. Vivía una época boyante, lo que la hacía sentirse más bella y deseada, especialmente cuando la miraban con descaro los penetrantes ojos de Manu, su entrenador.

Le emocionaba esperar la llegada de su padre al aeropuerto de Santiago de Compostela a la mañana siguiente. Repasó sus pequeños triunfos hípicas, las alabanzas a sus animales y la construcción del chalé con caballerizas y helipuerto. Su papá estaría orgulloso de esos logros.

Le tenía sin cuidado el destino de Alex y sus manías. Se sorprendía por haberse casado con un hombre tan débil y falto de luces. Su físico no era problema ya que jamás le interesó. Sabía perfectamente que la posición económica nunca llegaba con el hombre más agraciado. Cuando estaba al frente de la Xunta abusaba del lloriqueo, el grito y el alcohol. Lo peor era que nunca resolvía nada por sí mismo. Y había comprobado que al final todos se aprovecharon de él, hasta su familia.

Por eso todo terminó en el suelo. Se le cayó el gobierno, las finanzas y su partido lo abandonó. Era un completo inútil, reflexionaba. Por suerte, pensó en hacer mi propio capital ¡y nadie lo sabe! Ni siquiera mi padre, dijo para sus adentros.

Mientras los arquitectos terminaban la decoración del chalé, Gabriela se fue a vivir a un elegante hostel en Cima de Aldea, a pocos kilómetros de Avión. De inmediato trabó amistad con Maite y Rosa, las dueñas, a quienes encargaba el cuidado de sus hijos cuando debía ausentarse.

Comprobó que la estrecha relación que tenía con el ruso Oleg Raña le brindaba grandes ventajas en Orense, ya que muchas puertas se abrían con sólo mencionar el nombre del acaudalado empresario avecindado en Méjico.

Esa tarde tocaron a su puerta. Sus hijos habían ido al club a sus clases de tenis y gaita. Sobresaltada se dispuso a abrir. Enfrente estaba Alex, enflaquecido y demacrado. En forma mecánica y fría lo besó en la mejilla; lo vio desmejorado y triste. La miró y se sentó con desgano en un sillón.

Estuve en La Moncloa, Gaby, le dijo. Hablé con el presidente. Tenemos una semana para devolver el dinero de la Xunta. Quieren todo, ¡y no hay perdón! Te recomiendo que hables con tus padres porque vamos a perder todas las propiedades, estén donde estén. Ellos ya tienen todas las ubicaciones, todos los bancos y todos los nombres. Hasta registros de cuadros y joyas. Voy a hablar con los del equipo, porque ellos deberán hacer lo mismo, so pena de que les den más años de castigo. Todo se perdió. ¡Maldita sea!

Espera, le dijo ella, acabó de hablar con Heri, él puede ayudarnos. ¿Lo recuerdas? Era nuestro compañero en la universidad. El mejor estudiante de leyes de Comillas. Resulta que ahora es el ministro de justicia del presidente en La Moncloa y su primo el Fiscal General. Tiene un despacho de abogados en Madrid; dice que nos ayudará en recuerdo a nuestra amistad. Si le damos la tercera parte, nos asegura que conservamos el resto. ¡Nos conviene, Alex!

No Gaby, no es tan sencillo. He pensado que alguno de los muchachos fue torturado y habló de más. El presidente Felipe me dijo que lo más grave de todo es que el nuevo presidente de la Comunidad Autónoma quiere ponerme de ejemplo nacional. Y también va contra mi antecesor. ¡No podemos hacer absolutamente nada!

Resulta que Mikel conoce hasta los primeros pecadillos, recuerdas. Lo que pedías día a día en tu oficina. Ha contabilizado y exige también el dinero del portafolio que te entregaban en la beneficencia.

¡No sé de qué hablas! ¡Eres un desgraciado! ¡Me ofendes! Y a mi padre, no lo mezcles en tus porquerías. ¡Él, es inocente! ¡Sé hombre! ¡Yo no me quedé con nada! Es el momento en que debes asumir tu responsabilidad. ¡Tú, como siempre, buscando a quien cargarle las culpas! Entiende que ya no soy harina de tu costal. ¡Que Dios te cuide! Ah, y no se te ocurra hablar con los niños. Les dije que habías ido a un largo viaje de descanso.

Por fin estaba viviendo la vida que merecía. Después de tantos años de mediocridad, sentía que su futuro era prometedor. Se miró ante el espejo y no sintió ningún remordimiento. El brillo que vio en sus ojos le descubrió a una mujer bella, poderosa y libre, que pudo desterrar los embrollos morales de la educación católica que le había impuesto su madre desde la infancia.

Comprobó que la disciplina alimenticia y el extenuante ejercicio en el gimnasio mantenían en forma su turgente cuerpo. En un mes llegaría a los cuarenta años, pero conservaba la frescura y firmeza de una veinteañera. Supo que era el mejor camino a seguir para disfrutar la entrega de Manu. Lo quería íntegro en cuerpo y alma.

Esa mañana lo invitó a conocer el chalé. Recorrieron los jardines y las caballerizas antes de inaugurar la piscina. Completamente enamorados corrieron al dormitorio. Luego de dos horas de pasión desenfadada él se marchó. Era preferible quedarse a solas para evaporar su placer sin prisas ni distracciones. Quería conservar en la mente ese momento idílico, auténtico e inigualable, quizá el único que había vivido en su vida. Ni siquiera Mourinho, el secreto romance de su época de mujer despechada, la había llevado a ese nivel de éxtasis y felicidad. Aquello fue un amor platónico, un tema pasajero, un romance de verano.

Cuando Gabriela salió de la ducha, se cubrió con una bata y fue a la cocina. Preparó un té y se apoltronó en un sillón de la terraza a contemplar el paisaje boscoso mientras oía el rumor de un arroyo a lo lejos.

Se preguntó dónde estaría Alex. Llevaba meses ausente y los medios de comunicación no cesaban las publicaciones sobre su nebulosa gestión al frente del gobierno. En el Telediario se enteró que le habían decomisado la finca El Florito, cerca de la ciudad de Ponferrada. Su refugio preferido, cuando era Presidente de la Xunta.

Siempre con sus excesos, reflexionó. Le habían dicho que ese lugar era un nicho de lujuria. ¡Su nido de la depravación!—corrigió—, adonde llevaba a sus amigos a desenfadarse los fines de semana. Una reunión de sátiros, de faunos, de ninfas, ¡de putas y de efebos! Orgías para todos los gustos y desviaciones.

Uno de sus informantes le había contado que muchas veces enviaba un jet a recoger mujeres al Sombras, uno de los prostíbulos más caros de Madrid. Otras ocasiones eran de Palma de Mallorca o de Barcelona. Unas verdaderas bellezas, casi todas originarias de otros

países, vestidas de lencería y encajes cuando hacían su entrada a las bacanales. También habían desfilado por allí varias aspirantes a alcaldesas, a funcionarias, a diputadas y a concejales. ¡Deben haber aspirado bien las desgraciadas!, musitó. Otro de sus espías le dijo que hasta algunos varones con ansias de poder, demostraron en El Florito su habilidad para la genuflexión. ¿Será que El Chulo pasó por esas a mis espaldas? Sólo eso faltaría. Prefiero quedarme con la duda, reflexionó.

Y la finca de Las Mesas cerca del Valle de los Caídos. Otro escándalo de alcance mundial. ¡Qué torpe resultaste, Alex! ¿Será que también ahí llevaste a tus conquistas, estúpido? Alguna de esas debe haber cantado todo. ¡Que te pudras en los infiernos!, maldijo. ¡Ese lugar no debiste contaminarlo, imbécil Mouriño!, pensó. Tanto que me costó convencer al arquitecto de El Prado para que hiciera el proyecto. Mis caballerizas, la alberca equina, el lago artificial. ¡Todo se lo llevó la mierda!

Decidió tranquilizarse. Gabriela sabía que el capital y los ases bajo la manga los tenía ella. Perfectamente bien resguardados. Si Mikel consigue llegar hasta mí, comprobaré que estoy blindada. ¡Mi salvoconducto es mi fuerza!, se convenció satisfecha. Cansada de pensamientos negativos, se pintó los labios y recordó a sus hijos que esa tarde estrenarían el chalé. Por fortuna ya había seleccionado a dos nanas inglesas y al personal de servicio.

No podía distraerse en nimiedades. Era el momento apropiado para volverse a poner de pie. Junto a Manu. Y no estaba dispuesta a hacerlo como en los tiempos de Alex.

El inmenso aeropuerto de Santiago le recuerda los consejos que dio a Alex cuando llegó a la Xunta. Para progresar había que hacer las cosas en grande. Si vas a gobernar pensando en pequeñeces, siempre pequeño te verán los demás. Así jamás te tomarán en cuenta y cuando piensen en ti, se acordarán del político que te impulsó al cargo. Yo quiero que mi marido supere a quien le entregó el poder y a todos los gobernantes que ha tenido la comunidad.

Por ahora, podrán criticar los pocos vuelos que llegan aquí, pero en unos años, sé que aterrizarán muchas naves. Yo nunca me he equivocado, reflexiona convencida,

mientras toma un café. Sus pensamientos la llevan a recordar que ese aeropuerto fue construido por sus amigos brasileños, pero a diferencia de los negocios que Alex hizo con ellos, ahí, en Compostela, sí habían encontrado la manera de enterrar la corrupción.

Desde el interior del restaurante, Gabriela mira la pista principal. El grueso cristal disminuye el ruido de las aeronaves al aterrizar. Observa a lo lejos un avión que desciende. Es de sus padres, que llegan de la Argentina a pasar unos días con ella. Deja sus meditaciones y hace una seña a sus ayudantes. A continuación, caminan a la sala de espera.

¡Papá, qué alegría! ¡Mami, ya quería verlos!, les dice emocionada cuando se encuentran. Deben estar fatigados. Sí, hija, imagina quince horas de vuelo, con escala en Recife, le contesta Matías.

Suben a la berlina y toman la carretera rumbo al chalé, seguidos por el auto de los guardaespaldas. Mientras ella conduce, su madre se acurruca en el asiento trasero.

Ya tenemos muchos clientes, hija, le dice Matías. La estancia que compramos en Mar del Plata, se encuentra en la zona de los mejores pastos del país para la cría de caballos. Cuando nos visites, te enamorarás de las vistas panorámicas de las llanuras y de la Sierra de los Padres. Además, la urbanización tiene un club de golf de 18 hoyos.

Te vas a sorprender de la extensión de la tierra; allá, uno descubre que le falta vista para contemplar el paisaje. Ahora entiendo por qué los amigos y colaboradores de Hitler y de Franco se marcharon a ese país para disfrutar los logros de su trabajo. Es lo más hermoso que existe, allá te pierdes en la lejanía, ya verás. ¿Y qué crees?, resulta que en esa región, se llenó los ojos el mejicano que escribió el Martín Fierro, un tal José Hernández, minero de Real del Monte.

En esas hectáreas tenemos los mejores caballos pura sangre, para carreras o para equitación artística. Para uso deportivo, estamos criando animales de la raza polo. Por cierto, ya investigué lo que me pidió Manu. Podrá competir en Barcelona y en el Abierto de Palermo, en Buenos Aires. Dicen que en esos sitios se está jugando el mejor polo del mundo. Eso sí, los caballos hay que mandarlos por avión. Son muy delicados. El polo es glamour, hija, ya sabes. Pero no te preocupes, yo me encargo de esas minucias; lo importante es verte feliz, princesa.

Vas a tener que comprar un piso en Barcelona. Busca en las Ramblas, y no olvides saludar a tu madrina; dile al tío, que siempre le estaré agradecido por las inversiones que

logramos en el parque agroindustrial. Ah, infórmale que ya localicé las diez mil hectáreas que quiere en Santa Cruz, en plena sabana de la Patagonia. Ya le conseguí buen precio, barato; allá puede enviar a su muchacho, si es que no lo va a mandar a otro lado.

Te acuerdas de Cuevas de Almanzora. Ahora es diputado; me dijo que tiene familia en Centroamérica. Platica que se encontró a Alex en un aeropuerto y que se dirigía a Libia, con unos generales de Muamar Gadafi; cargaba cuatro maletas. Los enlazó el hermano del presidente de Nicaragua.

Lo que no sabe Alex, es que ese dictador que ahora lo protege, aunque no quiera relaciones con España, es el comerciante más bribón que existe sobre el planeta. Por unos millones de euros, lo sube a un avión militar y lo entrega en cualquier parte del mundo. Pero tu ex marido es necio, debería acercarse al tío. Esa basura nunca va a igualar, y menos superar, a quien lo creó.

¡No me hables de Alex, papá! Eso ya quedó atrás, ya lo superé. Y además no quiero problemas con Manu. Sabes lo que me cuesta esa relación. Déjame ser feliz una vez en la vida, por favor. Además ya llegamos a casa y prefiero que coman y descansen, porque en la tarde te quedas con tus nietos y yo iré con mamá al spa. Sí, chiquita, perdona mi impertinencia, contesta Matías. De ellos yo me encargo, quiero ver a los niños y darles lo que les traje de América.

Horas más tarde, después de comer y tomar la siesta, Gabriela busca a su madre y tras ponerse de acuerdo, salen entusiasmadas con destino al mall, custodiadas por un séquito de ayudantes.

¡Mami, que lindo abrigo de bisonte! Le dice a su madre, al hacer un descanso durante las compras en el centro comercial. Y el bolso y los zapatos. Oye, ese Hublot de oro y diamantes, es divino. No sabes cuánto me fascina que ustedes vivan en Argentina; allá siguen el estilo europeo, no el mal gusto norteamericano, el de la ropa industrial, las hamburguesas y los refrescos de cola. Así sí me agrada visitarlos este invierno que viaje a Calafate. No has visto mi clóset, es dos veces más grande que mi dormitorio; dice Manu que parece que tengo una tienda de ropa junto a la cama. ¡Ah, ese hombre, mamá, me trae loca, y no sabes cómo me trata!

¡Cállate, niña, compórtate, me ruborizas! Te invito una caña y unos percebes y me platicas de tu nueva vida, le dice su madre.

Como colegialas despreocupadas, las dos mujeres caminan hacia un restaurante, disfrutando las luces de los aparadores y la algarabía navideña de la concurrencia.

Ni siquiera sabía cuantos meses habían transcurrido desde aquella noche en que tuvo que cruzar el estrecho en una pequeña lancha. Desde que dejó la Xunta, andaba a salto de mata y le habían puesto precio a su cabeza. Tenía urgencia de llegar a Marruecos, para lo cual estaba obligado a burlar el asedio de la policía internacional.

La guardia civil seguía sus pasos y no lo dejaba en paz. Era consciente de que vivía en peligro constante. Pero la fortuna le sonreía desde que se atrevió a pasearse entre las multitudes turísticas de La Coruña. Esa tarde comprobó que ni su secretaria Esmeralda lo había reconocido en el chiringuito de la playa.

Durante las semanas que pasó encerrado en un hotel de Portugal pudo ensayar un tipo de voz pastosa que copió de Vito Corleone, el personaje principal de su película preferida. Se dejó crecer el bigote y la barba y cortó su pelo al rape. También aprendió a simular una leve cojera al caminar. Su disminución de peso le ayudó a conseguir otra apariencia.

Estaba seguro de que nadie lo reconocería con su nueva fisonomía; lejos había quedado su figura obesa. Por primera vez en su vida se sintió vanidoso y seguro. Comprobaba la sentencia aquella de que toda pérdida lleva implícita una ganancia. Ahora podía disfrutar su imagen de perfil cada vez que se veía ante el espejo o en los aparadores comerciales.

Mientras contemplaba el paisaje desde la ventanilla del tren, su mente lo condujo en el tiempo, llevándolo varios años atrás. Recordó a su madre y sus hermanos; a sus compañeros de la universidad en Madrid; su noviazgo y boda con Gabriela; sus inicios en la política con el tío; y por supuesto, su llegada a la presidencia de la Xunta en Galicia.

Para su desgracia, en cinco años todo había cambiado. Se había convertido en un fugitivo; en realidad, un prófugo trashumante. Y todo a causa de la traición. Sintió que le ardían los ojos. ¡Hijos de puta!, gruñó.

Recordó cuando a su departamento del puerto llegó su madrina solamente para darle un fuerte bofetón. Eres un imbécil, le dijo. Un desgraciado traidor y ambicioso que no respetas a quien te puso en el cargo. ¡Eres una mierda de persona! ¡Ya olvidaste todo lo que te apoyé, ingrato!, había remarcado la enfurecida mujer.

También recordó al tío, aquella vez cuando a través del teléfono le dijo a alguien: “¡este muchacho se está volviendo un gilipollas!”. Evocó la ocasión en que la mafia lo había retenido al bajar de su avión durante la campaña. El tío se cansó de recriminarlo por no haber atendido su consejo: ¡Pudieron matarte! ¡Te dije que aterrizaras en el aeropuerto de Vigo, no allá! ¡Estás exponiendo todo el proyecto sucesorio!

Dos años después, ocurrió el rompimiento definitivo con su maestro y protector. Por qué no le hice caso, pensó. La culpa la tiene Gabriela; es una manipuladora. Pero la quería, y quería demostrarle que no se había equivocado conmigo. ¿En qué fallé?! ¡Maldita suerte la mía!

Recordó cuando en los meses de campaña, Gabriela recibía maletas llenas de billetes para la operación política. Ella misma lo entregaba en sobres cerrados a los líderes y representantes. Después, la imaginó ya en la época de la beneficencia, cuando regresaba del club hípico, todavía vestida con sus pantalones de montar y regañaba a sus ayudantes por no tener suficiente sensibilidad para ayudar a los menesterosos.

Pensó en Cuevas de Almanzora, a quien detuvieron injustamente en Las Bajadas cuando llegó en una aeronave a pagar a unos artistas. De dónde sacan los críticos que esa acción era una irregularidad. Esos periodistas son unos estúpidos. El poder siempre tiene sus formas. ¡Ignorantes! Él es uno de los más leales; honesto como pocos.

Se acordó de Mouriño, su entrañable amigo de la infancia. Se ha comportado con Gabriela como si fuera un verdadero primo. Pensaba que él había sido uno de los amigos más fieles y comprometidos. Recordó la eficiencia de Tomás de la Regué y su noviazgo con Penélope Almodovar, la hermosa estrella de cine a quien hacían llorar los desastres naturales y la desesperación de los damnificados.

El aviso de que el tren llegaba a Casablanca, lo devolvió a la realidad. Alex sabía que tendría que seguir viajando por el mundo para no ser detenido. Que el tiempo diluiría la trama judicial en que lo habían enredado. Estaba tranquilo porque guardaba un auténtico salvoconducto, un arsenal de pruebas a su favor. Había tenido el cuidado de grabar las

conversaciones con el presidente en La Moncloa y durante sus giras a Galicia. Y estaban a buen resguardo. Para qué preocuparse. Se tranquilizó.

Reflexionó en que había tenido que repartir grandes sumas de dinero. Le satisface el saber que ha invertido y multiplicado su patrimonio para darle una buena vida a varias generaciones de su familia. Piensa en que sus hermanos también hicieron un buen capital. Y Gabriela, ni duda cabe. Recordó a su suegro Matías, quien en pocos años pasó de la cárcel a ser propietario de un parque industrial y de un avión para nueve pasajeros.

Recordó el consejo de irse a la Patagonia, que le llegó del tío. Estaría loco, la vida que quiero no está en aquellos sitios del fin del mundo. ¡Bah, el tío no quiere perder ninguna!, pensó. Franco no se equivocó, fue un genio. Su estrategia con los colaboradores, es una gran aportación a la política. Nunca falla. Por cierto, ¿qué habrá sido de Aguilera? ¡Jajaja, luego, luego, luego sacó las uñas; y dicen que es honestón!

Pensó en sus mujeres. Qué será de las muchachas que consiguieron cargo desde los cielos de Galicia. ¡Ahhh, qué tiempos aquellos cuando todo marchaba de puta madre! ¿A qué sitio iré ahora? ¿Le hablaré a Pilar para que me acompañe?

Alex se sentía afortunado y feliz con su nueva apariencia. A hurtadillas cruzó por pueblos y ciudades de España, comprobando que nadie se fijaba en él. Ni siquiera cuando había realizado algún trámite bancario. Sus nuevos documentos de identidad le costaron una suma de dinero que pagó con gusto. Quien los elaboró demostraba ser un profesional que sabía bien lo que vendía. Al final no fue un gasto, sino una auténtica inversión. Y lo mejor es que me siento libre, sin esa maldita bruja que llevaba sobre la nuca, pensó con alivio.

Había llegado a Casablanca solamente porque su vieja afición al cine le recordó esa magnífica cinta protagonizada por Bogar y Bergman. Estuvo en el café Rick's y bebió tres rones escuchando la suave música de Issam Chabaa al piano. Su adicción a esa película lo llevó a descubrir un día que Humphrey era más bajito que Ingrid.

Le urgía volar a otro destino, pero no resultaba sencillo. Como Pilar era funcionaria del ministerio del bienestar, se excusó por no poder acompañarlo al viaje a París que él le había propuesto. Entonces decidió que mientras encontraba otro plan y otra compañía, utilizaría unos días para conocer esa moderna ciudad musulmana de fuerte influencia francesa.

Un taxista lo acompañó al Museo Judío y al Zoco de la Medina Nueva. Allí conoció el mercado de las aceitunas y el de las especias. Pero quedó fascinado cuando llegaron a la tienda de antigüedades finas: teteras, bandejas, cristalería, cuadros, papiros, viejos mapas de expediciones marinas y cientos de tesoros más.

Desde la terraza de su habitación en el Four Seasons, una tarde disfrutaba la paz del anochecer y el tibio clima norafricano. Los tonos rojizos del ocaso del sol y la claridad de la luna le acercaron recuerdos e historias de los años pasados.

Pensó en su finca de El Florito en la entrañable Galicia. Una propiedad antigua que había adquirido y renovado cuando era presidente de la Xunta. Sólo en el verdor del campo, en medio de los floridos jardines, sentía que descansaba de las grandes responsabilidades del gobierno. Cuando compró el viejo y deteriorado inmueble, supo que la gente de posibles habló de su persona con envidia. Sabían que él era el único que podría dar vida a ese lugar.

Y lo hizo, tal como lo dijeron. Después de reacondicionarlo y decorarlo con gran estilo, Gabriela organizó la primera fiesta. Para cincuenta exclusivas parejas; cien personas, ni más, ni menos. Gente ilustre, como ellos. Con suficiente poder adquisitivo, cosmopolitas y dispuestos a disfrutar los más caros placeres.

Gabriela había contratado en Madrid al personal que atendería ese primer encuentro de poderosos. Los trabajadores habituales fueron retirados una semana, cuidando al máximo la secrecía y discreción. Ordenó los mejores platillos. Los vinos serían de la cava de la casa, la más abundante y selecta de la provincia.

Aquella noche, diligentes empleados uniformados recibían los lujosos automóviles de los señores que llegaban. Después de verificar los nombres de los invitados, cada pareja era conducida al salón principal por una hermosa joven cubierta por una túnica azul cielo al estilo griego, mientras una orquesta de cuerdas amenizaba la velada. Alex y Gabriela, los radiantes anfitriones, fueron prolijos en abrazos, besos y saludos. La jet set regional y

nacional era reunida por primera vez en El Florito: políticos, empresarios, hacendados y artistas de renombre. Una noche para recordar.

Desfilaron los vinos, el champan y los canapés antes de la cena. Alex dio la tradicional bienvenida, resaltando el esplendor que había alcanzado Galicia durante su gestión. Mientras cenaban, un tenor italiano ofreció algunas piezas ligeras. A la media noche pasaron a los postres. En ese momento, Gabriela, ataviada con un espectacular vestido color turquesa, hizo el anuncio esperado.

“Apreciables amigas y amigos, me complace informarles que esta noche hemos organizado para ustedes una exclusiva subasta de pinturas antiguas, de esculturas realizadas antes del siglo XVIII y de una sorpresa especial para los amantes de la historia patria. Como se les dijo en la tarjeta de invitación, la cifra mínima de salida será de diez mil euros y las ganancias serán entregadas a la beneficencia. Todas las obras cuentan con los certificados de autenticidad y permisos para su uso privado y público, garantizados por la autoridad de turismo y cultura de la Xunta. Les ruego pasar al salón contiguo, en donde podrán admirar las obras.”

Esa noche la gente importante del país pudo adquirir cuadros de los pintores más destacados de Galicia; la belleza de las esculturas obligó a los participantes a incrementar sus propuestas para apropiarse de ellas. Como la puja por algunas obras se alargó, a las seis de la mañana del día siguiente, la propia Gabriela atrajo hacia ella a Alex, para que desvelara la sorpresa de la subasta.

“Señoras y señores, es un honor traer a esta inigualable velada, ya en el amanecer del nuevo día, un documento histórico, que por su relevancia y valor, podría estar custodiado en alguna institución de cultura de este país. Sobre la mesa principal del salón, se encuentran los originales Tratados de Santiago. Debo informarles que el documento que se encuentra en el archivo de la nación, es un segundo original realizado en papel de mayor grosor y resistencia al paso del tiempo. El documento que tenemos aquí, firmado en papel Biblia, fue encontrado en 1850 en un mercadillo en El Cairo. De ahí pasó a varios sitios, de donde llegó a Roma y en esa ciudad, gracias a las relaciones que ha hecho mi querida esposa, pudimos adquirirlo a unos negociantes de arte. Es una auténtica joya que podrá engalanar su biblioteca. A ver quién de ustedes es el afortunado que se queda con él.”

Alex recordó la media hora que duró la subasta de la pieza histórica, adquirida después de una disputada puja por el empresario constructor más exitoso de Galicia, quien fue bastante generoso con la causa altruista que auspiciaba Gabriela.

Cuando reparó en la importancia de ese documento nacional, descubrió que no sabía a qué obra social fueron destinados los recursos conseguidos aquella mágica noche en El Florito.

Gabriela vivía la mejor etapa de su existencia. Sin problemas económicos y con un envidiable horizonte financiero, disfrutaba la compañía de sus hijos que crecían sanos y fuertes. Era una mujer plena y feliz al lado de un hombre auténtico, el compañero esperado desde sus años juveniles. El esplendente paraíso que había construido era el marco perfecto de esos tiempos idílicos.

Sus estudios de doctorado en finanzas y la experiencia adquirida al lado de su ex marido en la Xunta de Galicia, le daban la templanza requerida para llevar a cabo las difíciles negociaciones que aseguraban el crecimiento de sus inversiones en la bolsa europea.

Apenas se instaló en el chalé, invitó a trabajar con ella a uno de sus mejores amigos, quien además había sido su secretario privado en el gobierno.

Esa mañana viajaban a la capital del país para conocer un piso que ella quería comprar en una exclusiva urbanización madrileña. En el avión Gabriela recordaba a su acompañante los años en Santiago y las vicisitudes que pudo soportar gracias al apoyo de sus padres. En la confidencia con el amigo le contó las numerosas infidelidades que debió perdonarle a su esposo.

Me engañó con alcaldesas, diputadas y funcionarias, mujeres fáciles que aprendieron el camino de la cama para manipularlo a su antojo. Y me extraña que tú, que siempre has sido mi amigo, jamás me hubieras dicho lo que pasaba.

No quise lastimarte, Gabriela. Lo que tu marido hacía era del conocimiento público. Pensé que era incorrecto abusar de mi posición para lastimarte más y ponerte el dedo en la herida. Siempre creí que lo sabías todo, como acabas de reconocerlo. Aun así, espero que puedas perdonar mi silencio.

Alex era un hombre que había perdido los estribos, continuó explicando. Se volvió loco desde que descubrió la plenitud del poder. Olvidó los consejos de su creador. Es más, tú sabes bien que lo hizo a un lado, lo desconoció y nulificó. Al final, a nadie hacía caso.

Pero te voy a platicar una anécdota que me contó “El Moscos”, su jefe de ayudantes, sobre los excesos que se veían en aquel famoso departamento del Barrio de Salamanca, a unos metros del parque El Retiro.

Una mañana, el presidente le informó que tendrían un día agotador en Madrid. Desde temprano lo acompañó a La Moncloa. Allí visitó a varios ministros y parece que estuvo en el despacho del Presidente de Gobierno, de donde salió tarde. Ni siquiera comieron. Regresaron a la calle Serrano y pasaron por la tienda Tiffany. El jefe eligió un colgante Victoria en platino con diamantes en forma de llave, y después de pagar quince o veinte mil euros, comentó algo así: “Ella es única. Un sí, será sin duda su respuesta”.

Después fueron al departamento y Alex le ordenó: “Tienes que quedarte a atendernos; en unos minutos llegan Mouriño, Cisneyros y Borrás. Procura estar atento porque vamos a tener una jornada de sol a sol”.

Mientras esperaban a los invitados, le mostró la ubicación de seis cajas fuertes, empotradas dentro de dos columnas y le dijo: “Ahí guardo monedas de oro, euros y dólares suficientes; por si Gabriela no recuerda dónde están, tú se las enseñas; ella sabe cuáles son las claves”.

Los amigos llegaron a las seis. Sobre el comedor había vinos, coñac, whisky y bandejas con tapas. Alex ya se había vestido con una túnica blanca y sandalias. En sus sienes llevaba una corona triunfal de hojas de laurel en oro. Parecía un emperador romano.

Empezaron a bromear y a beber. En un momento dado, el anfitrión pidió silencio y gritó: “¡Calígula tenía razón, somos esclavos de nosotros mismos y de nuestra sangre. Bebámosla hoy porque el poder fenece por la mañana!”

“Hey, tú, capitán, habla al Sombras y que vengan unas tías, las más bellas que tengan”. “Llama al Botín, que nos manden jamón de bellota; y quiero dos lechones de Casa Julio”.

“Loa al creador y al padre Limón, capellán de la catedral de Santiago, quien me regaló este bendito cáliz que honra mis manos y mis libaciones. ¡Gloria a Galicia y a sus ilustres hijos!”

Llegaron las prostitutas y también la cena; El Moscos continuó escanciando vino en copas y cáliz. A mano limpia los amigos comieron los lechones y magrearon a las muchachas, a quienes habían desvestido a cambio de succulentos fajos de billetes. Al paso de las horas las botellas fueron vaciándose y el alcohol haciendo sus efectos.

Cuando se vieron los primeros albores del amanecer, el emperador sacó de un estante una trompeta y como si hubiese estado en el Olimpo, la colocó en sus labios y sonó el aviso de retirada.

El Moscos despidió a las damas de la noche. Como pudo, llevó al presidente de la Junta a la recámara y condujo a los renuentes invitados a sus automóviles. A las seis de la mañana, cerró la puerta y abandonó el lugar. “De sol a sol; como dijo el jefe”, musitó mientras descendía por el elevador.

¡¿Es cierto lo que me cuentas?!

Sí, Gabriela, tal como lo escuché.

¡Maldito infeliz, desgraciado!

¡Ese colgante nunca lo recibí!

¡Alguna puta se lo quitó a ese gilipollas!

Con tropiezos llegó al cuarto de baño. Se arrodilló ante el inodoro y vació los últimos restos de alcohol y comida que guardaba su estómago. Pudo percibir un ligero alivio aunque seguían los síntomas de mareo y deshidratación.

Entró a la ducha con la idea de que el agua caliente brindaría algún consuelo. La cabeza le dolía como si estuviese recibiendo mazazos. Quiso volver a la cama, pero la

urgencia lo regresó al váter a vomitar un amargo líquido transparente. La debilidad y el sufrimiento le llevaron a pensar en la muerte.

No supo cómo llegó al hotel esa madrugada. Recordaba el prostíbulo donde había estado la tarde anterior y la mujer que le acompañó a beber; su insignificancia y el poco inglés que hablaban ambos no permitieron otra cosa.

La claridad de la mañana molestaba sus ojos. Se sentó en un sofá a contemplar el Atlántico marroquí mientras hacía intentos de probar el café y la tostada que le habían llevado. La sensación de bienestar y la brisa marina le ayudaron a dormir unas horas. Cuando despertó, pidió una botella de vino, pan de centeno y un plato con quesos. Después de comer se sintió recuperado aunque sin ganas de salir a la calle. El mundo celebraba las navidades mientras él vivía en un país extraño, rodeado de melancolía y soledad.

Alex había perdido la cuenta del tiempo que llevaba huyendo. El recuerdo de sus hijos le oprimió el corazón. Sabía que se acercaba inexorable la hora de volver a Galicia. Mil quinientos kilómetros lo separaban de sus juegos y sus risas. Pensaba en las maneras de afrontar el reencuentro con ellos y las respuestas que debía darles.

Se preguntaba cómo era que había llegado a esa lamentable situación. Recordó la mezquindad de su propia familia, que nunca lo alertó o aconsejó. Se sentía traicionado por Gabriela y manipulado por Matías, su suegro. Llegó a la conclusión de que todos los que le rodearon, hasta los que se decían sus amigos, habían pensado en que él representaba una oportunidad de oro. ¡Claro, la oportunidad de sus vidas!

Recordó su paso por el ministerio de finanzas, los años de la diputación y lo que siguió después. En la beneficencia, su mujer se había encargado de convencer a la esposa del jefe de gobierno, de que él era la mejor opción para ser el siguiente presidente de la Xunta.

Por fortuna, “el perico” y “cara de lata” no eran bien vistos por la señora. Lo comprobó aquel diciembre cuando los periódicos publicaron la fotografía donde estaban –él y Gabriela– con la pareja presidencial, anunciando que ellos serían los sucesores en la Xunta. Cuando llegaron las elecciones, su figura creció y sus oponentes se tuvieron que hacer a un lado. Así fue como llegaron al gobierno de Galicia.

Evocó las fiestas privadas con los amigos de siempre y los nuevos aliados. Todos se asombraron aquella ocasión cuando entró por la puerta al estilo de Nerón, portando solamente una túnica. Los convocados debieron enfundarse en una vestimenta similar; había de varios colores y medidas. Noches de negociaciones en medio del desenfreno y los placeres.

Pasaron por su mente las reuniones con estudiantes en auditorios atestados. En especial, aquella tarde en que los muchachos lo cargaron como a una estrella de rock, yendo todos al suelo cuando bajaban las escalinatas, debido a que no podían sostenerlo por su corpulencia.

¡Hostias, me cago en la leche! ¡Qué tiempos, carajo! ¡Buenos chicos!, murmuró.

Recordó al comedido tesorero Aguilera, llevándole cada viernes una caja de huevos de gallina campera, ya sin huevos, pero repleta de fajos de billetes de quinientos. El ministerio de hacienda era una verdadera mina de plata, como aquellas que tenía la Nueva España en los tiempos del Imperio. En ese instante recapacitó en que nunca tuvo la curiosidad de saber si era cierto el dicho de que a cada una de esas cajas le cabían diez millones de euros.

Suspiró al evocar el primer traspaso que hicieron a su cuenta desde los fondos del ministerio de pensiones de seguridad social. Fue una época de felicidad y desencuentros. Se llevó la mano a la mejilla cuando recordó la bofetada que le dio su madrina y el rompimiento definitivo con su antecesor. A ella le debía su llegada a las altas esferas del poder.

En esos años alcanzó los 130 kilos de peso. Había adquirido una obsesión por la comida y el vino. Para su suerte, en ese tiempo tenía al Moscos, al que le bastaba una mirada suya para tomar el helicóptero y volar a Madrid a comprar su platillo predilecto, los huevos rotos de Casa Lucio.

Pero todo se derrumbó aquel fatídico enero, cuando el presidente del tribunal de cuentas fue al Telediario.

“El presidente de la Xunta debería estar en la cárcel porque no ha comprobado treinta y cinco mil millones que le entregó el gobierno central”

¡Qué alcances de ese maldito viejo decrepito!, pensó Alex. ¡Igual de loco que el padre Sayago!

¡No, no debo aparecerme por Galicia!, decidió convencido Alex. ¡Que me perdonen mis hijos!, remató. Y que se pudran en los infiernos la maldita Gabriela y el tramposo de Matías. ¡Ellos, ellos son los culpables de todo, no yo!

Se tranquilizó al reflexionar en que no tenía nada de qué preocuparse. Se lo aseguró el presidente en La Moncloa. Incluso lo había felicitado por la idea de presentarse en vivo al Telediario.

¡Ese periodista es un cretino!

“¿Pero no tiene miedo a una revisión del Tribunal de Cuentas?”, me preguntó el imbécil.

“Podéis revisar lo que os parezca”, le dije, mirándolo a los ojos.

¡Ja, ja, ja! ¡De verdad que soy un cínico!

¡Tengo más cara que espalda!

¡Me parto el culo, sólo de recordar que juré que nunca me iba a ir de Galicia!

Los días en Argentina le hacían olvidar el mundo y sus problemas. El país de las pampas y el mate había cautivado a Gabriela. Llevaba dos meses en Buenos Aires con Manu, quien jugaba polo en el Abierto de Palermo gracias a la invitación que le hiciera uno de los equipos del torneo. Los niños se habían quedado en Orense bajo el cuidado de su secretario y dos cariñosas nannies. Tras la primera semana en Sudamérica, los enamorados descubrieron que el viaje se convertía en un paseo de luna de miel para los dos.

En medio del glamour y las celebridades del palco principal del estadio, Gabriela miraba con deleite la estampa del gallardo jinete y su cabalgadura, perfectamente

integrados al grupo de polistas porteños. Aún sin conocer los pormenores de ese deporte, pudo compartir la emoción de los espectadores cada vez que la pelota se acercaba al arco.

Observaba la felicidad de las otras mujeres junto a sus parejas. Se sintió contagiada del buen vivir que se respiraba en el lugar; era dichosa con ese hombre que compartía el gusto por los caballos y había logrado enamorarla. La convivencia de ese tiempo consiguió afianzar la relación.

Cuando terminó el partido y mientras los jugadores salían del vestidor, ella se mantuvo en su sitio para esperar a su hombre. La suave brisa veraniega refrescaba su cara y hacía ondear su abundante cabellera.

Pensó que merecía la oportunidad que la vida le entregaba; y se felicitaba por el esfuerzo realizado para conseguirla. Por momentos sintió que el ambiente bonaerense le aclaraba los pensamientos.

Evocó las conversaciones con su padre. Sus consejos y estrategias la habían conducido al tiempo perfecto que ahora disfrutaba en las inmensas llanuras del hemisferio sur. Tú debes volar alto y aprender a decidir tu futuro; pero para ello debes comportarte como un águila. Tienes que actuar como una de esas aves, le había dicho un día. Ellas no temen a nada ni a nadie. Tus garras han de ser fuertes y debes estar convencida de que en las alturas nada te detendrá. Por eso las águilas son las aves que reinan en la naturaleza. Ellas eligen su destino, ese es su secreto de supervivencia.

Recordó la docilidad de Alex en la Xunta; en el ministerio de finanzas y en la presidencia. El pobre nunca se atrevió a contrariarla. Por eso ella pudo gestionarle a su padre todo lo que requería para sus negocios. Por esa debilidad, su marido se sentía obligado a comprarle lo que apeteciera. Y cuando había que decidir, con una sola mirada feroz rompía nombramientos de colaboradores incómodos que pretendían desdeñarla.

Y es que el estilo cuesta; el género femenino es duro e inflexible, se atrevió a filosofar. Estaba obligada a demostrarle a las señoras de alcurnia, a las del dinero de Galicia, que ella también era parte de ese grupo privilegiado. Tuvo que entenderlo pronto y se apresuró a parecerlo.

Evocó la tarde en que recibió en su casa a una de las damas de la alta sociedad de Santiago, quien era hija del empresario más importante de la radio gallega. Para impresionarla, le invitó un té con pastelillos en la sala inglesa e hizo llegar a un vendedor

de arte para comprarle en ese momento un cuadro de Francisco Arjona, por el que pagó con un cheque de cincuenta mil dólares. Los afanes altruistas de la visitante, estaban encaminados a obtener de la anfitriona el apoyo económico para una fundación de ayuda a los pobres. En ese instante, Gabriela reparó en la ingenua iniciativa de aquella señora: ¡Qué tonta manera de perder el tiempo, Dios mío!

Había convencido a Alex para que ella manejara las inversiones. Él nunca tuvo las luces necesarias; hubiera perdido todo, reflexionó. Además de su locuacidad, sus hermanos eran unos parásitos. ¡Qué lastre de familia! En qué estaría pensando cuando me casé con un individuo sin objetivos, sin guía; un triste paria sin nombre. Qué bueno que le quité a los niños; qué ejemplo, qué herencia podía dejarles. ¡Nada, la mediocridad, solamente!

Recordó uno de los errores que le tenía molesta e intranquila. Por qué no hice caso a mi padre. ¡Hija, olvida tus prejuicios morales, me dijo; esta es la oportunidad para enterrar el pasado y que nos dejen en paz! Mis contactos me aseguran que cuentan con los medios para destruir la evidencia. Piénsalo bien, por favor, le había insistido Matías una madrugada.

Como antes, repasó el plan que diseñó aquella noche con su padre. El enviado del presidente les había dado la clave cuando habló con Alex: ¡Piérdete en el éter, es la única forma! Matías y ella acordaron que uno de esos hombres (contratados por ellos) regresaría a convencerlo de ir a La Moncloa a finiquitar el asunto. Al mismo tiempo, ella presionaría a su marido para hacer dicho viaje, durante el cual sería interceptado y desaparecido por la mafia.

¡Pero no lo hice, maldita sea!, reflexionó. Yo no puedo cargar con esa culpa. Me cuesta imaginar a Alex hundiéndose en un tanque lleno de ácido. Para qué hacerlo, si ya tenía yo lo que sacamos de la Xunta. Preferible que ese idiota se deshaga en el olvido.

Una voz conocida la sacó de los recuerdos: ¡Querida, ya estoy aquí! ¡Qué hermosa te ves con ese vestido lila!, le gritó Manu amoroso, mientras se acercaba. Perdóname por hacerte esperar.

Linda, ahora sí, cuando dispongas, vamos a Mar del Plata a saludar a tus padres, agregó.

¡Gracias, amor! ¡Tú siempre tan pendiente de mí, por eso te amo! ¿Sabes qué?

¡Muero por montar mis caballos!

Había concluido el Abierto de Palermo y la temporada de polo para Manu. La experiencia adquirida en uno de los torneos más importantes del mundo proporcionaba grandes satisfacciones al jugador gallego. Tras cumplir con ese compromiso deportivo era consciente de que tenía que dedicarle mayor atención a su mujer, quien llevaba semanas mostrándose esquiva y resentida en cada ocasión en que él se dirigía al campo de entrenamiento. Esa mañana habían salido en automóvil desde la ciudad de Buenos Aires. Las bromas, la música y la conversación distraían el tedio del viaje.

Ahora sí, preciosa, me tienes a tu disposición en cuerpo y alma, le dijo a Gabriela. Fue buena la idea de hacer el trayecto por carretera. Sí, mi amor, contestó ella; decidí llegar por sorpresa a Mar del Plata. Quiero conocer Argentina, a su gente y sus costumbres; recorrer la estancia ganadera y montar los caballos que compró mi padre. Y tenía que hacerlo ya, incluso, he llegado a pensar en que algún día podríamos emigrar a este país. Me fascina su estilo europeo.

Qué bueno que te gusta para vivir, a mí también me agrada. La pampa es formidable, como dicen por acá. Y ya que hablamos abiertamente, debo confiarte que estoy preocupado por algunas noticias que me llegaron de España. A qué te refieres, preguntó ella. ¿Qué pasa?

He recibido unos correos con información sobre Matías; son de su época en el gobierno en Pontevedra. Pero quiero que estés tranquila; hasta ahora son simples investigaciones periodísticas. No hay nada firme y sé que ya hizo los arreglos para que no lo detengan. Dicen que en el ministerio de medio ambiente y agua, encontraron una lista de amigos y trabajadores de su casa y de su fábrica, que durante diez años recibieron pagos salariales sin haberlos devengado como funcionarios de la administración autonómica. Se trata de sueldos estratosféricos, ajenos a los estándares laborales. Los reporteros calculan que el importe mensual por esos desvíos fue superior a los dos millones de euros. He pensado contactar a un abogado para que investigue. ¿Estás de acuerdo?

¡Ni se te ocurra hacerlo, te desconozco! ¡Cómo es posible que hagas caso a rumores y dudes de la honorabilidad de mi padre! ¡Me ofendes! ¡Y yo, entregada a ti, como una estúpida! ¡Para, detén el maldito carro! ¡Aquí acabó todo!

¡Cálmate Gaby!, contestó Manu, mientras aparcaba el vehículo a un lado del camino. ¡No es para que me trates así! Creí que había confianza entre nosotros. ¡Sólo intento ayudar! La tomó de las manos y le dijo con suavidad: Yo te amo y no me importa nada más ¡Pero debes entender que el asunto puede complicarse!

¡Porqué nos sucede esto, Dios mío! ¡Otra vez!, dijo Gabriela, llorando y moviendo las manos. La gente envidia a mi padre porque es un empresario exitoso; yo jamás he visto que haya causado daño a nadie. Hace años, cometieron una verdadera injusticia con él y por eso estuvo en la cárcel. Había pedido un crédito al banco de Bilbao y sus enemigos lograron perjudicarlo argumentando que usó documentos falsos para gestionarlo. Y lo que son las cosas, con el paso del tiempo, un día encontró al abogado bancario ya sin empleo, y mi padre, de manera generosa le dio trabajo en el corporativo. Hasta lo nombró director del área legal. Por eso sé que papá era inocente; de lo contrario, no hubiera ayudado al jurisconsulto que lo inculpó.

Yo confío ciegamente en mi padre. Es un hombre intachable y yo también soy honesta. Pero no te daré más explicaciones. Y de una vez te lo digo: ¡Esta es la última ocasión que tocamos el tema, entendido! Si no estás de acuerdo, es mejor que te vayas, remató.

¡Perdóname, mi cielo! ¡Jamás quise ofender a tu padre! ¡Me queda clara la honestidad de tu familia, que ya es mía!

Y no quiero que tus padres te vean descompuesta y malhumorada, le dijo Manu. En el primer hotel que encuentre, pararemos para que te refresques y tranquilices, y si es necesario, nos quedaremos ahí hasta que te sientas mejor. Y prometo que no volveré a dudar de ti o de tu palabra.

Apenas consiguieron alojamiento, subieron a una habitación con vista a la campiña. Ella se encerró a llorar en el cuarto de baño, mientras él insistía en que saliera. Luego de unos minutos, quitó el seguro a la puerta. Manu se le acercó por la espalda, pegándose a ella. Ante la caricia, Gabriela dio la vuelta y lo besó melosa. ¿Aún me quieres?, preguntó.

Cada día te amo más, chiquita, no lo dudes, contestó él. La luna asomó por la ventana, mientras los enamorados se miraban a los ojos, abrazándose con desesperación. La noche se encargó de reconciliarlos y así pasaron muchas horas. El cálido reencuentro los llevó al sueño tranquilizante.

Con renovados bríos al día siguiente emprendieron el camino hasta la Sierra de los Padres. Antes del mediodía el ruido de un motor avisaba a los de casa que los visitantes se acercaban.

¡Hija, qué linda sorpresa! , dijo su madre corriendo hacia ella.

¡Preciosa, tardaste mucho en llegar!, expresó Matías cuando la abrazó. Deben traer hambre. Pasemos al salón para que descansen un momento y después iremos a un restaurante italiano, propuso. Sus dueños llegaron de La Toscana; se come fenomenal. Los vinos...mmm...son regulares, pero pasan.

¡Papá, la estancia es enorme, como una hacienda! Y está junto a la carretera. En la primera loma, vi el anuncio y un grupo de caballos. ¡¿Son nuestros, verdad?!

Claro hijita, todo lo que viste a ambos lados del camino desde hace media hora, es tuyo. Y los animales que criamos son pura sangre y raza polo, como pediste. También hay algunos percherones.

No imaginan cuanto los he extrañado, dijo Gabriela a Matías, acurrucándose junto a él en un sofá.

Los amo.

Con la cabeza rapada, una espesa barba y setenta y cinco kilos de peso, Alex recorría las calles de Casablanca mezclándose entre la multitud. La población estaba acostumbrada a tratar con gente de distintos orígenes y lenguas. Podía decirse que la convivencia humana en esa urbe cosmopolita era similar a lo que los viejos libros decían respecto a la legendaria ciudad de Babel. Las personas podían confundirse en medio de la algarabía aunque se sintieran completamente solas.

Habían transcurrido muchos meses desde que se vio obligado a salir furtivamente de Galicia, haciendo a un lado su responsabilidad en el gobierno de la Xunta debido a una

denuncia por corrupción que sus enemigos le enderezaron. Decidió internarse en Portugal llevando auestas la inseguridad que lo empujaba hacia el sur. Cuando por fin cruzó por Gibraltar comprobó que no lo reconocieron los agentes de la policía internacional y los servicios de inteligencia españoles.

Lo primero que hizo cuando se estableció en Marruecos fue tomar una decisión crucial: modificar su apariencia y trabajar su voz para hacerla más gruesa. Para lograr el cambio completo hizo lo necesario para olvidarse de la obesidad que cargaba. Lo demás fue fácil. Además de adelgazar, adoptó una pose intelectual y se acostumbró a los anteojos y a vestir ropas modestas. Con esa identidad, sus vecinos pronto se convencieron de que, como había informado, era un simple escritor que trabajaba como corrector de estilo en el periódico más importante de la ciudad.

El empleo le servía para enterarse de lo que acontecía al norte de España, especialmente las noticias gallegas. Su nueva actitud le ayudaba a protegerse de los curiosos, quienes encontraban congruente su estilo callado e introvertido y el hecho de que casi siempre estuviera solo.

En realidad, la idea de ser escritor lo había rondado desde años antes, aunque como decía Gabriela, parecía una ocurrencia estúpida ya que él jamás tendría las luces para convertirse en un autor de éxito y de beneficios literarios. Recordó cuando ella le dijo que escribir era la manera más elegante de vivir en la pobreza.

Pero los años que pasó en las alturas del poder le hacían pensar que estaba en condiciones de escribir un libro. Creía que sus remembranzas e historias de vida alcanzarían para componer un buen volumen. Cada capítulo estaría salpicado de anécdotas y experiencias que podrían resultar de interés para los lectores.

Durante sus desvelados viajes nocturnos atravesando países, había construido una propuesta de guión a seguir, desde luego, siempre alrededor de lo que sería el hilo conductor. Éste no podía ser otro que su propia vida desde la triste niñez hasta los asombrosos tiempos de esplendor en Santiago y su pacto político con el personaje principal de La Moncloa.

Sin embargo, cuando pensaba en el contenido de los primeros capítulos sobre su infancia y adolescencia, surgían los primeros problemas. Le parecía difícil decidir entre hablar de su propia biografía o si acaso sería mejor aderezar esa época convenientemente.

Pero siempre llegaba a la misma conclusión: “Si va a ser un libro sobre mi vida, no puedo contarla con mentiras. Cómo pretender dejar un legado en un libro lleno de falsedades”.

Pensó en su horrible orfandad en la tierna infancia. Las veces que lloró en silencio escuchando las burlas de sus compañeros de clase. Se preguntó si podía existir otra actitud en un muchacho que no tuvo un padre que brindara un modelo a seguir y que pudiera enseñarle a enfrentar los problemas.

Recordó las innumerables ocasiones en que los otros niños le decían que tenía cara de mono. Aquellos años en que lleno de vergüenza tuvo que ayudar a su madre a vender en los pueblos el pan que ella cocía en el horno de leña. Le avergonzó su insaciable gula y su manía de atracarse enfrente de todos como si la comida sirviera para sustituir el amor y los afectos.

Eran momentos de dolorosos cuestionamientos personales. ¿Por qué la boca siempre me ha traído problemas? Mis placeres o mis dolores ocurren a través de la boca. ¿Será, porque no tuve la oportunidad de decirle a mi padre que lo quería? ¿O porque no pude despedirme de él cuando murió, como todos hacen?

Evocó el momento cuando conoció a Gabriela. Le había parecido una muchacha dulce. Al poco tiempo empezó a controlarlo todo haciéndole sentir que a ella debía sus éxitos.

Repasó la serie de exigencias que siempre mostró. Su costumbre de involucrar a su familia en todo lo que hacían como pareja. Recordó la funesta y permanente sombra de Matías sobre sus espaldas y proyectos. Pensó en las eternas palabras de su esposa. “Todo lo que eres y todo lo que tienes nos lo debes a mi padre y a mí; tienes una deuda impagable con nosotros, nunca lo olvides”.

Lo que más le molestaba era reconocer que podía tener razón. Su vieja relación con Heri, un ex compañero de la universidad en Madrid, les había permitido entablar una estratégica relación con el que después se convertiría en el jefe de gobierno español. Y también por sugerencia de Gabriela, Alex le había entregado fuertes sumas de dinero para campañas del partido en todo el país.

Cerca de mil cajas de huevo de gallina campera se habían enviado por aire para aceitar a los líderes regionales y pagar la publicidad de los candidatos. ¡Esa sí había sido una decisión de huevos! Y ahora ese traidor lo perseguía por cielo, mar y tierra.

Fue cuando descubrió la maldad de su esposa. Sospechaba que ella misma lo había entregado con el fin de salvar los capitales e inversiones inmobiliarias que poseía por todo el mundo en contubernio con Matías. Se convenció de ello el día que vio las melosas fotografías de Gabriela y su entrenador en el campo de equitación.

Ya tendría tiempo para acabar con ella. Para su fortuna, a miles de millas de distancia tenía un refugio inaccesible con todos los adelantos tecnológicos: una guarida segura y un guardadito para operar la venganza.

Aunque sabía que los meses siguientes le darían cientos de renglones a la novela, saboreaba el desenlace que había maquinado para las páginas finales. Mordió una manzana y se preguntó si sería capaz de publicar su libro.

Gabriela y Manu llevaban dos semanas en la estancia de Sierra de los Padres, situada a pocos kilómetros de la ciudad de Mar del Plata en Argentina. Con el fin de que ella pudiera rehacer su vida con el deportista y entrenador de caballos, sus padres le habían aconsejado que dejara bajo su cuidado a los niños. Además de ello, conseguiría alejarlos de los tormentosos tiempos que estaban viviendo sus progenitores a causa de las acusaciones del gobierno autonómico contra Alex, originadas por su desastrosa gestión en la Xunta de Galicia.

Por ese motivo, su sucesor en el gobierno no cesaba de fustigarlo e incriminarlo, mientras que Alex seguía en calidad de prófugo, ignorándose su paradero. Lo peor para él era que conforme corrían los días, desde su huida de Santiago, cada semana que pasaba hacía más grande el monto desaparecido de las arcas públicas.

Por otro lado, las constantes noticias sobre el desfaldo al tesoro y las aberrantes irregularidades administrativas durante su régimen habían logrado cimbrar a la sociedad gallega, la que sorprendida por la estatura política que mostraba Mikel, el nuevo Presidente de la Xunta, lo empezaba a mirar como el más fuerte de los candidatos a la presidencia del gobierno español.

Para apoyarla en su relación con el deportista, los padres de Gabriela consiguieron convencerla de que ellos se encargarían del cuidado y formación de sus nietos,

trasladándolos desde España hasta la estancia pampera. Las extensas llanuras y los cientos de caballos que allí pastaban eran la delicia de los chicos. Con la aprobación de Matías, su esposa había tomado las riendas de su educación, y apoyada por dos nanas, supervisaba sus tareas y actividades recreativas.

Una mañana en que los muchachos estaban en el colegio, padre e hija decidieron recorrer la propiedad para apreciar el crecimiento de los pastos y el desarrollo del ganado caballar. En realidad, ella buscaba el momento propicio para sincerarse con Matías y revisar conjuntamente la evolución de las finanzas familiares. El campo era el lugar ideal. La inmensidad de la naturaleza y el silencio imperante serían los únicos testigos de esa conversación.

Desde que nos vimos en Orense el año pasado, quería revisar contigo algunas cosas, papá –le dijo Gabriela–. Como siempre, quiero decirte que aunque yo esté con Manu, nuestro acuerdo sigue vivo. En todos los proyectos, en todas las inversiones y en todos los beneficios, tú y yo, somos uno mismo. Desde siempre y hasta la eternidad. En ese aspecto, nadie puede suplirte, papito.

Sé que has tenido algunos problemillas que tu habilidad ha de superar. Quiero que estés tranquilo, ya que todo marcha sobre ruedas. Los pactos con La Moncloa están vigentes. Heri tiene los procesos bajo supervisión constante, y por fortuna, su ambición la tenemos controlada y satisfecha con creces. De Alex, no te puedo decir nada, porque ellos me aseguraron su silencio. Pero no me interesa su suerte y no quiero hablar de él.

Cuando estuvimos en la Xunta, yo me aseguré de no dejar huella. Aunque tú pudieras escuchar distintas versiones, no hagas caso, papá, no te preocupes. Debo decirte que dejé señuelos y pistas falsas por doquier. También algunas bombas sembradas, que explotarán al primero que pretenda pasar por allí. Cisneros es como el Conde de Olivares, un Fouché, un Maquiavelo; por eso se forró y está donde está. Cuesta caro, eso sí, pero con él, no hay Mikel que valga.

Ya supe que Cuevas de Almanzora le entregó información de todos los que participábamos en el equipo, además de treinta millones de euros que había conservado en unas maletas de viaje que enterró en sus terrenos del Volcán de las Brujas o en los de Costa Rica, no sé. Con eso amarró su impunidad en la diputación y blindó los setenta millones

que le quedaron para sus generaciones futuras, el regaló de Alex por sus servicios en la tesorería de Galicia.

Del imbécil de mi exmarido imagino que no quedaron ni las cenizas. Pero eso es peccata minuta. Su recuerdo me estorba.

También quiero decirte que ubiques un lugar para guardar los expedientes secretos, los audios y filmaciones del tío, de Mikel, de los ministros principales y del inquilino de La Moncloa. No sabes cuánto disfruto medir mi inteligencia con iguales. Pero ...no, creo que eso no es medir, porque en realidad, no somos iguales. Como dicen aquí, ¡Son unos boludos!

Las inversiones van viento en popa. Con la fortuna que hemos amasado, ya nos codeamos con las monarquías europeas y árabes. Gracias a tus enseñanzas estoy en los círculos más altos del planeta.

Me sorprendes Gaby, porque sí, estaba un tanto preocupado—le contesta Matías—. Esta plática era necesaria. Tú eres mi niña y no soportaría saber que te quitan lo que tanto te ha costado conseguir.

Por tus hijos, no te preocupes, los formaremos a imagen y semejanza tuya, claro, con algún acento argentino y estilo europeo, como desees. Cuando crezcan, si les interesa, que estudien en Inglaterra o Alemania.

Ves aquella potranca dosañera, ¡la alazana! Sus padres son pura sangre; los compré en Turquía. Es sumamente lista, hermosa e indomable, como tú. Se llama “Cariño”. ¿Te gusta?

Las noticias que Alex recibía de sus contactos en Galicia no eran nada alentadoras. Lo que allá se decía resultaba preocupante para el exgobernante gallego. Le costaba creer que algunos periodistas españoles hubieran hablado hasta de su muerte. En la soledad del camarote meditaba las circunstancias que lo empujaron al destierro social y a convertirse en prófugo de la justicia.

La suerte había permitido que el capitán de un viejo buque mercante libanés lo trasladara a Venezuela en calidad de polizonte. Llevaba información sobre las personas que lo ayudarían en el país sudamericano y tenía el domicilio de la casa que ocuparía en una de las zonas más pobres de Caracas. Para conseguir asilo en ese país había tenido que entregar una fuerte suma de euros a uno de los corruptos generales de la república bolivariana.

El redondo cristal de la ventana le dejaba mirar la inmensidad del mar. La exigua ración de patatas y arroz que le regalaba el cocinero del barco lo mantenía sin dormir a causa del hambre y la debilidad. Como sabía que el viaje a Maracaibo se hacía en dos semanas, procuraba distraerse repasando pasajes de su vida, consiguiendo de esa forma olvidar la necesidad de ingerir alimentos.

Esa noche la luna llena iluminaba el horizonte; el silencio del mar calmo alargaba las horas, los minutos y los segundos. A Alex le preocupaban sus hijos, aunque se tranquilizaba pensando que su corta edad les impediría darse cuenta de lo que estaba ocurriendo en su familia. Le abrumaba la idea de que su madre y hermanos habían decidido hacer mutis y alejarse de él para no tener complicaciones. De Gabriela y de Matías no sabía nada, situación que finalmente agradecía; nadie podría imaginar cuanto había llegado a odiarlos, casi desde su matrimonio con ella. Estaba seguro de que ni ellos mismos lo percibirían aunque estuvieran conversando con él.

Recordó los años de gloria con el tío y los tiempos de dicha durante los primeros años en la Xunta. Las muestras de pleitesía y el reconfortante asedio de las mujeres. Los efusivos abrazos de los personajes del poder económico, político, social y religioso. Las fiestas de sociedad y las estimulantes reuniones en corto con los suyos. Pero un día acabó el dinero y vinieron los problemas. También llegó la insolencia de Matías y la persistente intromisión de Gabriela en los asuntos de Estado. Reflexionó en los préstamos que contrató para darle gusto y sustento; una pequeña época que acabó cuando las calificadoras internacionales descubrieron el desfaldo al gobierno.

Después... huir, huir y seguir huyendo. Reconoció que aún le avergonzaba el disfraz femenino que tuvo que enfundarse para salir de Casablanca. Su padre lo mandaría al infierno si lo hubiera visto maquillarse y colocarse una peluca rubia. Por unos instantes recordó muchas de las reuniones íntimas en las que disfrutó esos liberadores atuendos. Una

gran etapa que guardaba su recuerdo. Esa ocasión, diez minutos de arreglo fueron suficientes para burlar a la Interpol.

Pensó en identificar los posibles momentos de su declive. “Fue cuando regalé la caña de pescar al hablantín candidato de mi partido por recomendación de El Chulo, o fue cuando le di los novecientos millones de euros que jamás aclaró. O cuando le entregaba recursos al candidato de la izquierda que al final lo mandó al tercer lugar en las preferencias. Quizá nunca lo sabré. Bah, da igual, jese era un gilipollas, un pobre político salido de la nada, con ínfulas de grande!”.

Volvió a recordar la última entrevista en el Telediario de la mañana. Ese día cuando llegó por última vez a su despacho en Galicia, ya lo esperaban sus amigos cercanos de medios de comunicación, El Chulo y Gabriela. Utilizó el mismo cinismo con el que se presentó en la televisión, y tranquilamente les dijo: “Ahora sí me va a conocer Mikel, me voy a defender con todo; prepararé mi protección para demostrar que no soy un corrupto”. “Mira, Ferraga –le dijo a un empresario de medios– “El oriental” será el encargado de bajar la cortina de mi gobierno y ya tiene instrucciones de cubrir los adeudos con tu empresa. Quiero que estés tranquilo, porque voy a necesitar mucha cobertura mediática para exponer mi defensa”.

Como en una película vio esas inolvidables horas. En ese encuentro con los cercanos, Gabriela jamás dejó de mostrar su nerviosismo, revisando los incesantes mensajes de texto en el móvil y gesticulando con el estilo mojigato que la caracterizaba. Unas horas después, él y Gabriela se despidieron de sus amigos. Evocó las miradas de El Chulo, quien no reparaba en el asombro, mientras sus ojos se cubrían de llanto.

Cuando llegaron a su casa del club, él se despojó de la vestimenta y con aparente tranquilidad salió a jugar al campo. Entre café y té helado pudo disfrutar una tarde relajada con sus amigos golfistas.

Así culminó ese día. A la mañana siguiente a temprana hora, portando vestimenta sport caminó un rato en el campo de golf y de improviso se introdujo en una casa de la orilla y pensó que nadie más volvería a saber de él. Desde entonces no hubo radar ni poder humano que pudiera dar pistas de su paradero.

Pocos minutos después Gabriela saldría en su vehículo con rumbo desconocido, mientras “El oriental” enseñaba sus dotes de policía chino. Así estuvo planeado y así lo hicieron.

En la madrugada, el cansancio y la emoción del recuerdo logran vencer a Alex, quien auxiliado por las hadas, poco a poco siente que inicia un viaje al país de los sueños.

Días después del desembarco en Venezuela, el viajero pudo alojarse en la barriada caraqueña Pinto Salinas, una zona marginal donde las puertas y ventanas de las viviendas presentan marcas de disparos de bala. Alex debe convivir con peligros y riesgos latentes, esquivando enfrentamientos entre bandas rivales.

Prefiero vivir como los olvidados de este barrio—se dice a sí mismo—. Es mejor estar alejado de lo que se vive en mi país.

Gabriela reconocía que tuvo que irse al fin del mundo o muy cerca de él. A pesar de la sensación de lejanía que percibía, le reconfortaban los años de esplendor que ahora compartía con sus seres queridos. Las extensas llanuras de la Patagonia y la cercanía con la Tierra del Fuego la hacían sentir confiada; la escasa población de la pampa argentina le proporcionaba el refugio más seguro que hubiera podido imaginar. Lo mejor de todo era que por fin tenía a su lado al hombre ideal, que como ella, también moría por los caballos. Ni en sus ensoñaciones más disparatadas había conjuntado tanta dicha; la compañía de Manu y la amorosa protección de sus padres, así como las risas infantiles de sus hijos, vestían esa idílica época en medio del silencio e inmensidad de las tierras australes.

Pero la tranquila quietud del campo se rompe de manera intempestiva una mañana. El cartero ha dejado un sobre bajo la puerta de la entrada principal de la estancia. Un trabajador lo entrega a Gabriela que lo abre presurosa. Lo envía su leal amigo que cuida el chalé de Orense. En una tarjeta le dice que un importante diario de Madrid ha sacado la noticia que desvela una serie de gastos realizados por ella cuando era la primera dama de Galicia. Además de saludarla cariñosamente, le aconseja que no se preocupe, porque a nadie ha sorprendido esa información. Concluye afirmando que la nota no tuvo el eco

esperado en ese país y que sólo la tomó en cuenta un modesto portal de noticias de internet. Junto a la tarjeta le envía la página del periódico madrileño.

En ella dan a conocer la noticia de que durante su primer año en el gobierno de Galicia, la primera dama gastó cerca de ocho millones de euros en el pago de dentistas, compras suntuosas como ropa, joyas y accesorios femeninos, hospedajes en resorts invernales en Suiza y en hoteles de lujo en Río de Janeiro y Sao Paulo durante el carnaval de ese año en Brasil. Refiere con detalle sus arduas jornadas de shopping en tiendas exclusivas como Bergdorf Goodman, La Galería, El Corte Inglés, Hermes, Neiman Marcus, Saks Fifth Avenue y Max Mara. El periódico señala que los gastos se cargaban a una tarjeta platino adicional que le había proporcionado Mouriño, su intermediario financiero en esos años, con un promedio de gasto mensual cercano a los setecientos mil euros.

¿Qué pasa hija?, le pregunta intrigado Matías. ¡Nada, papá, tranquilo!, contesta Gabriela con un gesto displicente. ¡De que van estos gallegos, que siguen dando guerra con la gestión de Alex! Ya deben tener aburrida a la población. ¡Qué pereza! Voy a dar indicaciones para que no me manden basura y tonterías de España. ¡Se morirían, si supieran que no va a suceder absolutamente nada! Todo está bajo control y con los candados suficientes. ¡Entregué mucha pasta para asegurarme de ello!

¡Relájate, Gaby!, puedes enfermar. Sí, papá, debo acostumbrarme a estas insignificancias; esto sucede con la gente famosa, responde. Lo sé hija. Y además eso no es completamente cierto, remató ella. Sólo me demuestra la ambición y las pillerías de los periodistas. ¡A todo le sacan provecho! Ese periódico, que es de empresarios independentistas catalanes, tiene toda una investigación donde yo sembré datos erróneos. Y con esto, compruebo que la van ventilando mediante migajas, a cuentagotas, para vender mejor, pobres tontos. De dónde sacan lo de Brasil, si esos gastos los pagó la empresa que quería las concesiones del agua de La Coruña y la instalación de la petroquímica en Pontevedra. Sus dueños nos regalaron el yate, ¿recuerdas?

¡Pobres imbéciles!, continuó Gabriela. Qué pasaría si supieran que los seis años de gestión de Alex tuve en mis manos los tokens de todas las cuentas recaudadoras. Así tenía que ser; yo era la verdadera tesorera de la Xunta. Todavía recuerdo la cara de espanto de Tomás de la Regué y de Aguilera cuando supieron que yo manejaba las transferencias

bancarias. Y el silencio cómplice de Cuevas de Almanzora. Hasta el día que me canse de dar explicaciones y puse ahí a Taruk. Él sí me entendía, sólo me miraba embelesado. ¿O será que me complacía?...mmm, qué tonto, quizá.

Así tenía que ser, papá. Recuerdas cuando diseñamos nuestro plan financiero, al otro día de que mi madrina aprobó a Alex para presidir la Xunta. Fue extraordinaria tu idea de mover capitales a través de Mouriño y Cisneros, aquellos viejos amigos de la universidad. Acuérdate cuando completamos nuestros primeros diez mil millones, mientras Alex estaba en Babia. Está demostrado que no pasa nada, cuando les repartes a todos. El generalísimo nos enseñó a hacer bien las cosas hace más de ochenta años. Para qué complicarnos. Si no quieres problemas, obliga a todos a meter la mano. Fue el primero que lo dijo y que lo hizo. Ese es el secreto. ¿Quién te puede perseguir cuando todos están patinando en el fango?

Me fascina escucharte, hija. ¡Eres una chica brillante! Me regresas a mis años mozos, cuando tuve la primera empresa. Desde épocas milenarias está escrito que el éxito es para los atrevidos, para los inteligentes. Los pusilánimes jamás tendrán nada que valga la pena. Estoy muy orgulloso de ti. Has puesto nuestro apellido en lo más alto. Me da gusto. Qué bueno por ti y por tus hijos, lo mereces.

¿Por qué no vamos a comer, papá? Venga, invítame no seas duro. Esta charla me provocó apetito.

Alex llegó a Caracas, convencido de que era el lugar perfecto para esconderse un largo tiempo. Así se lo habían informado sus amigos del bajo mundo en Casablanca. Le habían dicho que esa ciudad poseía el nada honroso calificativo de ser el lugar más peligroso del planeta. También le habían asegurado que él no correría peligro alguno si aportaba una cuota mensual a los militares del gobierno. Siguiendo el consejo, fue lo que hizo durante la primera noche en Venezuela.

Sin embargo, las cosas no estaban sucediendo como lo había planeado. Por razones que no alcanzaba a comprender, conforme pasaban las semanas se sentía más inseguro.

Cada transeúnte que se cruzaba en su camino le parecía un enemigo potencial o un policía encubierto.

Para complicar más las cosas, el populoso barrio Pinto Salinas, donde tenía su refugio, no dejaba de presentarle su más espantosa cara. Todos los días desde las seis de la tarde el ambiente se tornaba riesgoso para quienes se animaban a salir a la calle. Era común escuchar balaceras, maldiciones, ambulancias y hasta estallidos de granadas.

Pero lo que estaba resultando más estresante y peligroso era el hecho de que antes de que concluyera el segundo mes de vivir en ese país, ya lo habían visitado varias personas para exigirle una aportación voluntaria que le aseguraría una estancia tranquila.

Esa noche la preocupación y la inseguridad no lo dejaban dormir. En realidad, esa era una de sus viejas debilidades, dado que el insomnio lo venía acompañando desde sus años juveniles. Era un insomnio por nerviosismo, que de acuerdo con su psicólogo de cabecera en Madrid, requería una pequeña trampa para vencerlo todas las noches. Hablar en voz alta le ayudaría a olvidarse de la ansiedad y a conciliar el sueño. Y en efecto, el apoyo psicoterapéutico le resultaba apropiado y satisfactorio. Había encontrado el camino. El efecto obtenido era similar a lo que sucedía al bebé cuyo balbuceo le produce un estado de tranquilidad y bienestar.

Para esos estadios de tensión y desasosiego era suficiente hablar en voz alta y estar pendiente de su propia respiración y de sus movimientos. Y justamente, así le sucedía aquella noche.

¡Maldita sea mi estampa!—farfulló nervioso—. No puedo estar pagándole a cada mafioso que venga a cobrarme por dejarme vivir. A este paso voy a acabar con todo lo que conseguí en Galicia. Llevo años entregando cuotas mensuales y estoy acabando con mi capital y mi paciencia. Prácticamente, desde que me ofrecieron apoyo para la nominación y recursos para financiar la elección. Cuantos créditos tuve que suscribir para devolver ese dinero, ya ni lo recuerdo. Primero, para dejar en ceros los préstamos que adquirió el tío. Después los de las negociaciones y reestructuras financieras con los que se hincharon Gabriela y Matías. ¡Hijos de puta! Y ahora, estos gilipollas. ¡Parece un cuento de nunca acabar!

¿Será que hasta el Presidente de Gobierno tiene que pagar cuota? ¿O será que él, es el gran jefe de las mafias? Resulta increíble el grado de corrupción en que vivimos, y por lo que observo, el problema está en todos lados. Pero... bah, nada importa; al final, la masa es la que siempre paga. ¿Para qué preocuparse? El buen pastor es el que sabe conducir a su rebaño en la dirección correcta.

¿Cómo habrá terminado la gestión “El Oriental”? Recuerdo su cara de preocupación, cuando le pedí el helicóptero para viajar a Pontevedra. “Sí, señor, cuente con ello”, me dijo obsequioso. Fue la última ocasión que lo vi. Espero que haya entregado las últimas cuotas. Si no lo hizo, ya debe estar pagando las consecuencias. Ellos no perdonan. Pero zorrunamente aceptó el reto. ¡Él mismo se labró su cruz! Lo venció la vanidad por pasar a la historia. ¡Y todo por cuarenta y cuatro días, ja,ja,ja, no supo en qué embrollo se metió! ¿Habrá descubierto que es un grave error llegar al poder cuando ya no hay presupuesto para resolver los problemas? Lo importante es lo que obtengas en metálico por estar en el cargo. Porque gloria sin fortuna, no sirve de nada. Hasta he llegado a pensar que la discreción y los buenos modos estorban. En fin, caro pagará su ambición.

Si las noticias que me llegaron son ciertas, tendré que reconocer que “El Chulo” tuvo razón. ¡El Oriental es un iluso, al creer que pasaría a la historia sin pagar derecho de piso! Su designación fue una recomendación magistral, la última gran aportación intelectual de Gabriela: “¡A ese oriental, le falta su medalla, no lo olvides, es un tipo acomplejado, al que le sobra ingenuidad”, me dijo un día que volábamos al sur de la provincia.

Pero, para qué pensar en eso. Yo ya estoy del otro lado. Ya hice lo mío. Será mejor que asegure las puertas y trate de dormir un poco. Mañana pensaré en otro sitio menos costoso y más seguro. Quizá Centroamérica sea el mejor lugar. Nicaragua, por ejemplo.

La estadía en Venezuela se estaba tornando peligrosa para Alex. Conforme transcurrían los días en Caracas, una idea que daba vueltas en su cabeza le impedía dormir. Estaba convencido de que los militares con los que había negociado su estancia en ese país, eran los mismos que semana tras semana le enviaban matones para obligarlo a entregar más

dinero a cambio de seguridad. Se daba cuenta de que él solo se había entrampado y que su refugio en Pinto Salinas ya no funcionaba como tal.

Ello se debía a que los medios de comunicación internacionales no dejaban de mencionarlo como uno de los ex gobernantes más corruptos del mundo y que se había valido de diversas artimañas para apoderarse del tesoro de Galicia, utilizando su cargo en la Xunta.

Para su fortuna, aún contaba con amigos incrustados en la política gallega que a través de un secreto intermediario, le proveían de información suficiente y oportuna sobre todos los pormenores de la accidentada gestión de su sucesor en el gobierno, el ambicioso Mikel Truiteiro.

Alex había decidido jugarse el todo por el todo y salir de Venezuela hacia Panamá, desde donde podría ir a cualquier parte del mundo ya fuera por cielo, mar o tierra. Le seducía la propuesta de establecerse en una pequeña y paradisíaca isla caribeña a la que sólo por barco llegaban turistas franceses y holandeses dos veces por año. También tenía la opción de ir por carretera a Nicaragua, donde tenía amigos bien posicionados en la dictadura, o bien, llegar hasta Costa Rica, la tierra de su principal asesor financiero.

Sin embargo, los días se sucedían uno tras otro y él desesperaba por una transacción financiera que había ordenado a su operador de bolsa. Mientras aguardaba el llamado de su contacto, por las mañanas se trasladaba a un café del centro de la ciudad, donde leía las noticias de los periódicos del día y los correos que periódicamente le enviaba uno de sus hermanos desde España.

Como en otras ocasiones, entró al establecimiento y ocupó la mesa acostumbrada. Con desgano abrió su ordenador portátil mientras disfrutaba el aromático café colombiano que le sirvió una muchacha. Buscó su correo y pronto encontró un largo mensaje de Betsabé, la fiel secretaria y asistente que lo había apoyado durante tantos años en la política gallega.

“Estimado Alex: Te escribo siguiendo las indicaciones que recibí. En primer lugar, quiero decirte que ya no guardo ningún tipo de relación con Cuevas de Almanzora. Desde que saliste de Galicia, él cambió mucho su trato conmigo. Debo confesarte que dejó de ser el hombre pródigo y generoso que me compartía sus ganancias. Incluso, alguna ocasión

quiso arrebatarme de mala manera una de las propiedades que adquirimos juntos en Bilbao. Claro que no se lo permití. Lo amenacé con desvelar todo lo que conozco de su paso en el Tesoro. Tu amigo parece ser otra persona, ¡su avaricia no tiene límites! Su nuevo cargo en la diputación lo mantiene exultante. Deberías observar las fotografías que frecuentemente publica en los periódicos. ¡Es un verdadero caradura! Pero quien sí está totalmente desconocido es “El Flaco”, quien junto con Cuevas, lideran a un buen número de diputados en el Parlamento. Creerás tú, que este hombre dejó de comportarse como bufón y ahora adopta poses de serio, de estratega, tratando de conducirse con toda propiedad. ¡Ni quien le reconozca! Pero lo más importante que tengo que decirte, es que varios medios de comunicación, informaron hace pocos días, de una transferencia que hizo al extranjero por una suma de trescientos cincuenta millones de euros. Espero que haya sido para ti. Revisa por favor tus inversiones y movimientos bancarios. Quiera Dios que no te haya defraudado tu gran amigo. Cuídate. ¡Besos donde te encuentres!”.

Cuando Alex terminó de leer las líneas de Betsabé, un incontrollable temblor se apoderó de su cuerpo, mientras enrojecía su rostro. Cerró los ojos y se tocó las sienes con las manos, reclinándose con los codos sobre la mesa.

¡Maldito flaco, me traicionó! Este hijo de puta debe haber dispuesto de mi dinero junto con el imbécil de Cuevas. No entiendo qué sucedió, si los traté como a hermanos. Cuántos millones les di generosamente. Bien dijo Gabriela. Son tipos muy pequeños. La embarran por casi nada.

Será posible tanta mezquindad, ¡miserables traidores! Me cuesta creerlo. ¿O será ese maldito perro que quiere verme muerto o hundido? Pero, por qué no me dijeron nada, yo hubiera resuelto el problema. Cada vez les creo menos ¡Y cada vez estoy más solo! O si ellos querían más, por qué no decírmelo en abierto. ¿Por qué mis allegados son tan insaciables?

Y ahora, ¿qué haré para sostener el mundo que aspiro y merezco? ¿Será que mis hermanos quieran venir en mi ayuda? ¡Oh, Dios!, estoy lleno de desconfianza y me enferma pensar en una negativa de ellos.

La inmensidad y el silencio de la llanura eran lo único que se percibía en el ambiente esa tarde. Habían dejado atrás a un grupo de equinos de raza polo que pastaban tranquilos entre algunas aves que se atrevían a acercarse a ellos. Gabriela y su hijo mayor recorrían a caballo los terrenos de la estancia ganadera al sur de Buenos Aires. El chico disfrutaba el periodo vacacional que cortaba el ciclo escolar.

¡A que te gano a llegar a aquel macizo de árboles! le dijo Gabriela al muchacho, azuzando su montura. Divertida por el pequeño reto, cabalgó junto a él, permitiéndole llegar primero. ¡Te gané, mami!, contestó Alex emocionado. Era la primera ocasión en que los dos convivían solos en Argentina. Ella había propiciado ese encuentro en la soledad del campo con el propósito de sondear el pensamiento del chico, ante la pronunciada ausencia del padre. Sobre todo, porque se le veía desmejorado y renuente a entablar contacto con la gente.

Sudorosos y cansados descendieron de las cabalgaduras. Charlaron un buen rato sobre la familia y los abuelos; sobre el nuevo domicilio, la escuela, los estudios y el futuro que tendrían en Sudamérica. También hablaron de la época en España. Recostados en el césped y refrescándose con las bebidas que llevaban en las alforjas, tuvieron una larga conversación mientras miraban el paisaje.

Mamá, entiendo todo lo que me dices, pero, ¿te puedo hacer una pregunta?— interrumpió de pronto el niño—. Estoy de acuerdo con lo que has hecho; y te apoyo, como pediste —agregó—, pero yo prefiero regresar a nuestra casa en Orense. Quisiera ver a mis amigos, platicar con la otra abuela y los tíos, jugar con mis primos. Ir a mis clases de gaita. No es justo que me obligues a vivir en un sitio donde no conozco a nadie; donde se ríen de mí los compañeros y las niñas de la clase. Ya me aburrí de estar en un país donde casi no puedo salir de casa. Y no entiendo por qué nos quieres tener encerrados aquí en el campo. De una vez te digo, que aunque no quieras, cuando sea grande regresaré a Galicia. Que se queden contigo mis hermanos. Porque aunque insistas, yo me iré de aquí. Mi vida está allá. No estoy a gusto, mamá. ¡Lo siento!—remató, enfadado.

Gabriela guardó silencio, mientras el muchacho se acercaba a su caballo. Se enderezó y caminó también hacia su montura. El retorno a la casa familiar, lo hicieron en medio de un tenso silencio. El pequeño Alex sólo miraba el horizonte, sin hacer caso a los comentarios que hacía su madre, que cabalgaba a su lado.

Cuando cruzaron por el salón principal, el chico se apresuró a llegar a su habitación. Matías, que observaba la escena, llamó a Gabriela, quien también decidió ignorarlo. Ella pasó a la biblioteca, donde tomó la cigarrera y una copa en la que sirvió un buen tanto de coñac. Se tumbó en una mecedora de la terraza, al tiempo que encendía un cigarrillo.

Miró el enorme jardín que tenía enfrente y los cedros que rodeaban la casa. Sentía un nudo en la garganta, descubriendo que el licor no le dejaba ningún sabor, ni tampoco mejoraba su estado de ánimo. La oscuridad de la noche se acercaba, dejándola a merced de terribles pensamientos.

¡De qué sirve todo esto, si mis hijos no lo disfrutan! ¡Para qué arriesgarnos tanto, si no podré tener paz! ¡¿Cómo le digo a mi hijo que jamás regresaremos a Orense?! ¡Qué pasará cuando descubra que no puede poner un pie en Galicia y que jamás volverá a ver a sus amigos! ¡Por qué nunca pensé en ellos! ¿Ese castigo, es el precio que habré de pagar, o es que vienen tiempos más difíciles?

En España, las cosas no estaban saliendo conforme a lo planeado. Aunque ella creía que Alex estaba muerto, alguien le dijo que se escondía en Venezuela o en Centroamérica y que en esos lugares, la delincuencia y algunos gobernantes corruptos habían abusado de él, arrebatándole muchos millones de euros. Para desgracia suya, las autoridades de Galicia estaban aprehendiendo a varios de sus colaboradores en la Xunta, y los medios de comunicación hacían escarnio de él y de su familia. Pero quien más preocupaba a Gabriela, era el contador Fraudini, el ex ministro del tesoro, y de quien se esperaba la mayor traición, a pesar de haber sido uno de los principales beneficiarios del desfalco al patrimonio de Galicia. Con el contador como encargado del tesoro, orchestaron la desaparición de miles de millones pertenecientes a la seguridad social. Gabriela fue enterada de su aprehensión por la gendarmería, que ocurrió unos días antes en la ciudad de Valencia.

Fraudini había sido descubierto en sus pillerías desde tiempo atrás, cuando a espaldas de Alex, se apoderó de cien millones de euros destinados a pagar el silencio del presidente del Tribunal de Cuentas del gobierno español. Cuando el importe del unto no llegó a su destino, provocó el desquiciamiento del funcionario engañado y su posterior encono contra Alex. Con ese sucio robo, el desleal colaborador gallego, destruyó en un instante de ambición, el blindaje que el equipo ideó para marchar tranquilo de Santiago.

¡Maldito Fraudini!—soltó al aire Gabriela—. Con el fin de librarse de la cárcel, estoy segura de que le dará todas las pistas al imbécil de Mikel. Sé que ese desgraciado se encargara de llenarnos de suciedad. ¡Dios Mío!, jamás pensé que un asunto tan insignificante se podría convertir en una bola de nieve que rodaría contra nosotros. ¿Cómo le digo ahora a mis hijos que en Galicia nos han cubierto de lodo y que jamás podremos regresar. Que han manchado el apellido de su padre y de ellos. ¡No, no puedo permitirlo, los llenarían de oprobio y harían escarnio con ellos!

Dos rebeldes lágrimas rodaron por las mejillas de Gabriela. En ese momento, el sufrimiento de su hijo mayor y el dolor que sintió por él, le hizo comprender a qué se referían verdaderamente cuando hablaban de daños colaterales.

La desfachatez y ambición desmedida de los generales venezolanos provocaron la apresurada salida de Alex hacia la ciudad de Panamá. Las extorsiones que sufrió en Pinto Salinas mermaron los fondos y la tranquilidad del ex gobernante gallego. Esa circunstancia y el fallido escondite en uno de los barrios pobres de Caracas, terminaron por convencerlo de que era equivocada la idea de que podía camuflarse en un lugar determinado, sólo por el simple hecho de mezclarse con un grupo de delincuentes de baja estofa. Ese tardío descubrimiento lo orilló a salir de Venezuela.

Cuando por fin entró al apartamento de la Avenida Balboa en la ciudad de Panamá, pudo sentirse aliviado y seguro. Pensó que la metrópoli centroamericana lo acogería sin ningún problema, desde el momento en que vio a transeúntes de distintas latitudes, paseando por las calles de manera despreocupada.

El movimiento de personas, mercaderías e inversiones en la zona del canal, proporcionaría el refugio idóneo para esconderse un largo tiempo. Y tenía la ventaja que desde ese sitio, podría dar seguimiento a sus cuentas y multiplicar las inversiones que aún poseía. Adicionalmente y gracias al formidable ambiente turístico de esa pequeña nación, encontraría condiciones suficientes para reponerse de las semanas de aburrimiento y terror que pasó en el país bolivariano, preocupado de que sus autoridades decidieran entregarlo a la policía española.

Lo primero que le sorprendió fue el hecho de haber encontrado un interés inusitado por el deporte del fútbol, en un país distinto a España. Como le ocurriera antes en su tierra, donde ahora residía se percataba del extraordinario entusiasmo de la población por el partido final del campeonato de liga de fútbol entre los equipos Tauro y Plaza Amador, que se jugaría en el pequeño estadio Maracaná.

Quizá empujado por la soledad en que tenía que sobrevivir, y deseoso de aliviar tensiones acumuladas, esa noche decidió asistir al encuentro futbolístico que habría de verificarse al mediodía siguiente.

Cuando llegó al estadio ese domingo después de desayunar, de inmediato se contagió del entusiasmo y la adrenalina de los espectadores. El griterío ensordecedor se hizo mayor en el momento en que el animador empezó a nombrar a los jugadores que entraban a la cancha. La gente movía los brazos y alzaba los puños al cielo. En ese instante catártico, Alex percibió el mareo en su cuerpo y una sensación de que se encontraba en otro sitio.

La mente lo llevó al Santiago Bernabeu, rodeado de sus colaboradores más cercanos en sus épocas de gloria como Presidente de la Xunta de Galicia. En ese tiempo bastaba con subir a un helicóptero y trasladarse a Madrid temprano. Por extrañas razones, recordó al fiel contador Aguilera, el segundo responsable del Tesoro en Galicia.

El ambiente que lo envolvía en Panamá, era la misma vieja emoción que vio en el contador aquella ocasión cuando lo invitó, a él nada más, para que lo acompañara al clásico Madrid-Barza. El pobre Aguilera parecía infartarse cada vez que los blancos se acercaban a la meta blaugrana, comandados por Ronaldo. Ese día no pasó nada, pero el colaborador casi muere de verdad, cuando Alex lo llamó días después a su despacho y le obsequió los boletos de un palco VIP para siete personas, para la siguiente temporada en el Nuevo Chamartín, la casa del Real Madrid.

Como todas sus grandes ideas, esa vez la sugerencia de Gabriela había sido genial, reflexionó Alex, aturdido por la algarabía panameña. Ese simple detalle, que costó la minucia de cien mil euros, fue la inversión del siglo para la pareja gobernante. La experiencia de Aguilera en los temas financieros de la Xunta, puesta por él mismo, en manos del matrimonio, fue desde entonces, la llave para apoderarse de los recursos del presupuesto de Galicia en toda la gestión.

Y es que nunca fallaba la fórmula franquista de hacer participar a los colaboradores en la corrupción, pensó Alex. “Un simple palco en Madrid y la costumbre de supervisar con ligereza y disimulo la operatividad de la Tesorería a cargo de Aguilera, llenó a éste de grandes dividendos, mientras que a nosotros nos dejó una fortuna inacabable”.

Aparte de las metidas de mano de Aguilera, Alex se enteró de las segundas nupcias del colaborador, y de que éste había tenido el descaro de ofrecer a sus invitados una lujosa cena, ¡amenizada por la cantante Alaska! Supo de los automóviles de importación y los constantes viajes a Dubai que regaló a sus hijas mayores, con cargo al erario. También de las residencias y chalets que adquirió en varias urbanizaciones de Santiago, La Coruña, San Sebastián y Madrid.

Con Gabriela había reído a carcajada batiente cuando les informaron que el pícaro tesorero acostumbraba ir al banco cada viernes por cajas de huevo campero, repletas de billetes de grandes denominaciones. ¡Qué tipo, jajaja, un verdadero caradura! Pero en ese tiempo decidieron no decir nada a Aguilera. Era conveniente su participación y firma en todos los documentos que después revisaría el Tribunal de Cuentas. Y es que al final, era sólo un daño menor, comparado con las ganancias que ya para ese tiempo Alex y Gabriela estaban recibiendo por las cuentas bancarias y valores bursátiles en Suiza.

Un estruendoso vocerío despertó de su ensueño a Alex. “¡Gooooo!, ¡Gooooo!”, gritaba a todo pulmón la muchedumbre enloquecida. El ruido del estadio y un fresco líquido cayendo sobre su espalda, regresaron a Alex de su viaje de más de ocho mil kilómetros, devolviéndolo inmediatamente a la realidad. Alrededor de él, la gente saltaba enérgicamente sobre el piso, ocasionando una fuerte vibración a la estructura del inmueble.

Como no era ni su fiesta ni su equipo, decidió abandonar el estadio antes que todos. Subió a un taxi y se trasladó a un restaurante de mariscos donde pidió una cerveza y la carta. Imbuido todavía por los pensamientos del pasado, evocó al ambicioso tesorero, preguntándose qué habría sido de él. Todo mundo lo consideraba un tipo honestón, reconoció Alex. ¿Por qué lo habré recordado este día? ¡Uff! ¡Espero que no lo hayan detenido hoy!

Alex había encontrado en la ciudad de Panamá el refugio perfecto. Las caminatas vespertinas en el Casco Viejo y su olor a construcción antigua lo hacían regresar mentalmente a Galicia. A pesar de los casi cuarenta grados de temperatura ambiental, el paso de la gente cosmopolita y la mezcla entre lo colonial y lo moderno le ayudaban a revitalizarse. Sobre todo cuando disfrutaba las tapas y las cañas desde la terraza del restaurante español de la Casa del Soldado, mientras observaba el movimiento turístico.

Había descubierto que en esa región centroamericana el sol salía a las seis con diez minutos de la mañana y se ponía exactamente a la misma hora por las tardes. También le fascinaba el hecho de poder admirar los ecuatoriales amaneceres desde su acogedor apartamento de dos mil dólares mensuales en avenida Balboa.

Luego de haber llegado al país, un mediodía visitó el lujoso despacho del abogado Ramón Fonseca, su agente financiero. Recordó su primera reunión en ese lugar durante la Navidad de 2011. Mouriño y Gabriela lograron entenderse a la perfección con él. Acordaron constituir y registrar en Panamá, diez sociedades offshore, con las cuales abrirían el mismo número de cuentas bancarias en Suiza y Mónaco. Los detalles de la integración de las empresas jamás los quiso conocer, ya que no tenía ningún sentido. De lo que sí estaba bien enterado, era de las cuantiosas utilidades obtenidas con ese sistema financiero, que impedía identificar a los dueños de los capitales: Alex, Gabriela y dos allegados de confianza de ella.

Desde ese instante, la pareja pudo disfrutar de remanentes de los crecientes fondos del tesoro gallego que ellos desviaban hacia esas ocultas sociedades. Según el financiero panameño, los esquemas que él ofrecía estaban blindados al cien por ciento y hacían imposible el rastreo de los movimientos de dinero. En el peor caso, tendrían que pasar décadas para poder quitarles esos fondos, ello suponiendo que las autoridades policiacas y de justicia lograran hacer bien su trabajo.

Contemplando el paisaje, recordó la felicidad de su esposa cuando el socio alemán de Fonseca le ayudó a constituir su fundación de interés privado, la nueva modalidad panameña para promover y acrecentar capitales, sin posibilidades de seguimiento fiscal. Fundación Memento Vivere, fue el nombre elegido. FMV, para nosotros, amor, confió ella en esa ocasión. Y también recordó su explicación: Memento vivere, significa “Acuérdate de

vivir” en latín. Al evocar esa conversación conyugal, ratificó su opinión sobre la madre de sus hijos: ¡Qué extraordinaria mujer, inigualable!

Panamá era y será siempre un país de primer mundo, reflexionó convencido. El balboa, su moneda, es equivalente al dólar estadounidense. En ese momento de disquisiciones económicas, el viajero gallego comparó la situación y evocó la peseta española y los euros de la Comunidad Europea. Se acordó del brexit inglés y de la fortaleza del marco alemán. Reflexionó en la gente de mundo, en el nivel al que ya pertenecían ellos, que ahora hablaban de divisas, de capitales, de la bolsa, ¡de dividendos, carajo!

Era formidable dejar de pensar como gallegos mediocres, en la seguridad social, en las dificultades de los millenials, en la eterna e inútil lucha de las izquierdas y las derechas, en la presuntuosa y publicitada monarquía y en todas las demás gilipolleces de los pobres españolitos. ¡Bah, Gabriela tenía razón, nosotros somos diferentes y merecíamos vivir mejor!

Esa era su consigna, pensó. Siempre estuvo en lo correcto y era una mujer que nunca perdía el tiempo. Recuerdo que cuando entraba al cuarto de baño, acostumbraba repetir en voz alta su poema aspiracional, mientras estaba sentada en el váter: ¡Merezco vivir mejor! ¡Merezco Vivir mejor! ¡Merezco vivir mejor!, y así, hasta que se levantaba del videt. ¡Me dolían las quijadas de tanto reírme en el dormitorio! Pero, ¡Hija de la gran puta!, lo que robó a mis espaldas, le alcanzó para comprar la pampa entera y al caballerango ese que le endulza el follaje. Y los terrenos y fondos que robaron Matías y las otras hijas. ¡No tienen perdón de Dios! Y no tuvieron llenadera tampoco. Gaby y todos ellos fueron los verdaderos descubridores del tesoro de Galicia. ¡Y yo seré el que vaya a la mierda de la historia gallega! ¡Me hierva la sangre sólo de acordarme! ¡Me cago en todo lo que se menea!

Siguió bebiendo vino y se acordó de la llamada telefónica de Betsabé, preocupada por el destino de El Oriental y por las delaciones del recientemente apresado Fraudini, en contra de Taruk y Aguilera. ¡Esta mujer ya quiere parecerse a Santa Teresa, para todos tiene! Si supiera que todos ellos me importan un bledo. ¡En las decisiones cruciales, uno debe aplicar la política de la gallina: las de abajo pagan las consecuencias!

Y para qué preocuparse, pensó cruzando los brazos y minimizando las noticias de su fiel ex colaboradora. Lo que esos se llevaron, compensa los dos o tres años que deban estar en la prisión. ¡A mí me tienen sin cuidado!, concluyó con fastidio. Ellos tienen la culpa por

haber sido tan ambiciosos. Que paguen lo que deban, merecido lo tienen. Si no hubiesen querido untarse algo en mi gobierno, se hubieran retirado a tiempo, como hicieron los pusilánimes que no ayudaron en el proyecto y prefirieron hacer mutis. Yo no obligué a nadie. Ellos solos se fueron formando, para embarrarse o para desligarse. Por lo pronto, y olvidando pequeñeces, estas vacaciones me están cayendo de perlas. A mí que no me molesten.

Lo que sí tengo que meditar a fondo, es la conveniencia de traspasar todo a Nevada o a Dakota, donde, quién lo diría, están los nuevos paraísos fiscales –pensó Alex mientras entrecerraba los ojos. Según dice Fonseca, esa fue la razón por la que Estados Unidos financió la investigación periodística para desvelar los Panama Papers, y con el terror provocado a los inversionistas, poder quitarle miles de millones a los bancos suizos. Pero este tema tendré que estudiarlo con sumo cuidado. Lo que tanto me ha costado, no puedo echarlo a la basura por una mala decisión.

Ah, pero que frase tan sabia esa de ¡Memento vivere! Acuérdate de vivir, decía Gaby, repitió en voz alta: Sí señor, tenemos que mirar al futuro; un futuro donde se rompen espejismos.

Gabriela conducía su automóvil de regreso a la estancia, después de reunirse con Heri esa mañana en la ciudad de Mar del Plata. Había salido muy temprano, sin informar a su familia la verdadera causa del viaje. El pretexto elegido para ausentarse sin mayores explicaciones, fue la necesidad de iniciar un tratamiento dental especializado que le requería varias horas, obligándole a retornar después del mediodía.

Mientras observaba el paisaje de la autopista, pensaba en la decisión que habría de tomar en torno al futuro del padre de sus hijos, después de que su viejo amigo de la Universidad de Comillas, le informara la complicada situación en que se encontraba el prófugo ex gobernante gallego. Para fortuna de ella, habían pasado muchos meses desde que se había separado de Alex. Únicamente sabía que se escondía en un país de Centroamérica y sólo guardaba el número del móvil que él le había hecho llegar con una de sus gentes de confianza.

Heri, el ahora ministro de justicia español, durante su viaje a Argentina para entrevistarse con ella, le había dejado el número telefónico de La Moncloa, al que debía llamar para definir y concretar una de las dos opciones que le había dejado, y que, según él, concluiría de una vez por todas el ya célebre caso Alex Huerta.

Durante el trayecto de regreso al hogar, Gabriela llegó a la conclusión de que no eran dos alternativas, sino una sola. Para que ella y sus hijos conservaran una parte sustancial de lo ganado en Galicia, era necesario olvidarse por siempre de Alex. En ese revelador instante, maquinó la forma en que se desencadenarían los hechos, y también, la decisión de llevarse a la tumba el secreto de su pactada delación.

Se sentía agobiada por las semanas que llevaba escuchando los fuertes reclamos de su hijo mayor para ver a su padre. Pero también estaba convencida de que en el plan que debía enderezar, tenía que darle ese último gusto al chico. Con sus hijos más pequeños, creía que no existiría complicación futura, ya que día a día se acostumbraban al trato paternal de Manu.

Cuando divisó a lo lejos el pórtico de la estancia, ya tenía un plan completo para conseguir de una vez por todas, su salvoconducto y el de su familia completa. Heri le había ofrecido limpiar su nombre y borrar toda evidencia que la perjudicara en el futuro.

No le preocupaba el tema financiero que le exigía su amigo de antaño. Previendo un escenario como el que ahora enfrentaba, durante los últimos meses había cerrado las ventanas de su riqueza a la mirada e intromisión de su padre, un hombre avezado en todo lo relacionado con los negocios. Y él, entendiendo la madurez y las suspicacias de su hija predilecta, había cerrado definitivamente esa puerta.

Lo primero que hizo Gabriela al llegar, fue proponer una reunión con todos. Por la noche les comunicó la decisión que había tomado ese día.

Niños, les tengo una noticia fenomenal. Iremos a visitar a su padre, quien está ansioso por verlos. Ya pedí a mamá y a Manu que nos acompañen. Su abuelo ya nos prestó el avión, y como es un viaje largo, lo haremos por la noche. Pero lo mejor de todo es que he quedado con su padre para que nos reunamos todos en la zona del Petén en Centroamérica, en el corazón de la cultura maya, ubicada en un país que se llama Guatemala. Es una región que tiene paisajes espectaculares y pirámides que se construyeron antes de que nuestro país llegara a América. Los mayas fueron una de las culturas más grandes del mundo antiguo y

podremos conocer sus vestigios más importantes. Allí pasarán unos días con él y con su abuela. Yo estaré hospedada con Manu en el mismo hotel, para poder estar pendiente de ustedes.

¡Gracias mami, me muero por estar con papá! Ya son muchos meses sin verlo, contestó Alex. ¡Sí mamá, vámonos ya, mañana!, gritaron eufóricos los más pequeños. ¡Tranquilícense, niños, debemos preparar el equipaje!, aconsejó la abuela. ¡Este será el mejor viaje que tendremos, lo prometo, ahora vayan a dormir!, terminó ordenando Gabriela.

A la semana siguiente estaban en Guatemala. Al salir del aeropuerto de su capital, abordaron un vehículo que los llevó a un exclusivo resort situado en medio de la tupida y calurosa selva. Veremos a su padre en otro hotel donde acostumbra hospedarse, dijo Gabriela. Estaremos con él todo el fin de semana. Dice que es muy lindo y que tiene un enorme lago enfrente. Pero eso será mañana por la tarde, porque tendrá que viajar desde la ciudad de Panamá. Los acompañará su abuela y yo estaré con Manu en la habitación contigua.

Al otro día, después de desayunar, abordaron un automóvil y se trasladaron al hotel donde ya se encontraba Alex. Tomaron tres habitaciones y a las cinco de la tarde, Gabriela y su madre llevaron los niños al ansiado encuentro familiar. Alex la saludó con fingida alegría. Ella permitió que padre e hijos se abrazaran emocionados, al tiempo que pedía a su madre quedarse con ellos.

Cuatro horas después, mientras Gabriela veía la televisión, los niños y su abuela entraron intempestivamente a la habitación. ¡Mami, papá salió del cuarto y ya no volvió!, dijo el mayor, alarmado. Salí a buscarlo y no lo encontré. Nos cansamos de esperar y por eso regresamos contigo. Estábamos comiendo pizza y salió porque queríamos unas sodas. Pero ya no regresó. ¡¿Dime, qué está sucediendo, mamá?! ¿Por qué se fue?

Afuera del hotel, un gran alboroto sorprendía a los turistas. El servicio secreto español, la policía guatemalteca y la Interpol conducían esposado a Alex, a quien habían sorprendido bajando por las escaleras rumbo al lobby.

En el cuarto de Gabriela, ella tranquilizaba a sus desconsolados vástagos. ¡No sé lo que sucedió con su padre! Vamos a esperarlo; no nos iremos de aquí, les aseguró.

Aguardaron su regreso hasta que se cansaron. Esa noche los chicos no pudieron conciliar el sueño que con interrupciones era velado por su abuela.

Al otro día por la mañana, ante la ausencia de Alex, Gabriela decidió apurar el retorno al hotel que habían reservado originalmente en El Petén. Allí todavía pudo contener a sus hijos, quienes tenían la esperanza de verlo aparecer ante ellos.

Tres días después y ante su extraña desaparición, gracias a las explicaciones de su madre, los niños se convencieron de que su padre no regresaría en esa ocasión con ellos. Entonces Gabriela pudo organizar el viaje que la familia había planeado a Inglaterra, el que también sería nocturno.

En el trayecto aéreo, observando la luna llena y la blancura de la superficie del mar, Gabriela recordó la noticia del periódico Prensa Libre, que uno de esos días había comunicado al mundo la caída del prófugo ex gobernante español que en su desesperación rogó que no le pusieran las esposas para que sus hijos no lo vieran en esas condiciones por Internet. El diario también informaba que al momento de la captura, él estaba acompañado por su esposa. No cabía duda de que Heri estaba cumpliendo con lo ofrecido en Argentina.

Una lágrima rodó por su cara. “Lo siento Alex, tuve que hacerlo”, meditó sin culpa alguna. Sólo el ministro de justicia español y ella, conocían el detalle de lo sucedido en Guatemala. Sus hijos lo agradecerían en el futuro. Ya pensaría lo que tendría que decirles al arribar a Londres.

Habían salido de Guatemala hacia Bogotá, para de ahí volar a Mar del Plata. Pero cuando aterrizaron en la capital colombiana a repostar combustible, y conforme a lo planeado, avisó al piloto el cambio de rumbo con destino a Londres. Era un hecho que estaban recorriendo millas en exceso, pero esa era la estrategia acordada de antemano con el propio ministro de justicia español.

Heri había sugerido a Gabriela tomar precauciones adicionales en el caso de que Mikel, el nuevo gobernante de Galicia, hubiera tenido la ocurrencia de presentar alguna denuncia que la involucrara en las acusaciones provinciales contra Alex por los delitos de fraude organizado y malversación de fondos del Tesoro.

Volando a Inglaterra se convenció de que su poderoso amigo de La Moncloa justificaba sobradamente la última transferencia de fondos que había requerido. Sobre la exigencia que tuvo que atender en la habitación del ministro, aquella mañana en el hotel de la costa argentina, no sintió culpa alguna. Estaba acostumbrada a salirse con la suya a cambio de lo que fuera. Había descubierto que los hombres eran presa de sus encantos cada vez que ella se lo proponía. Ese aspecto era un secreto que había guardado a Alex y que pensaba repetir con Manu. Estaba convencida de que ningún hombre aprobaría esas maneras.

Por más que lo intentaba durante el largo trayecto, no podía conciliar el sueño. Tal vez la caída de su marido era lo que le causaba insomnio. O la abrupta despedida del padre con sus hijos. Pero quizá lo que la mantenía despierta, era la emoción por haberse librado definitivamente de Alex. Por fin tendría que dejar de preocuparse. El estado español no perdonaría jamás una afrenta al Tesoro, como la que el ex gobernante gallego había causado. Y más que nada, la pésima imagen que le había ocasionado a España en todo el planeta. Seguramente Alex recibiría una condena por el resto de su vida.

Eso era lo menos importante. Por fin ella podría rehacer su vida a plena luz del día y en los sitios que había soñado. Tenía que reconocer que le gustaba presumir a las mujeres la gallardía y estampa varonil de Manu a su lado. Su porte y estatura era algo que la cautivaba con arrebatos.

Por fin podrían darse unos meses de vacaciones en Inglaterra. Ella, recorriendo los lugares señeros y de moda; y Manu, jugando su deporte favorito en el escenario más cool. Además de todo, su madre, sus cuñados y hermanas merecían unos meses de tranquilidad y regocijo después del terremoto familiar, en un país de primer mundo, donde todo era estilo y buen vivir.

Manu dormía al otro lado del pasillo, al igual que los demás viajeros. Estaba orgullosa porque su hombre cumpliría su viejo sueño de conocer West Sussex y participar en la Veuve Cliquot Gold Cup de Polo, durante junio y julio, compitiendo con equipos de Argentina, Inglaterra y otros países. Gabriela se imaginaba caminando junto a él, recorriendo las carpas y picnics alrededor de la cancha, saludando con garbo al “quien es quien” del mundo de los negocios y la aristocracia. ¡Allí podría presumir los caballos que criaba en su estancia de la Pampa!

Por fin podría compensar a su madre y hermanas por los largos meses de penurias y preocupaciones. Durante los entrenamientos de él, ellas y los niños recorrerían las tiendas de lujo, gozando de la primavera londinense. Se veía saliendo de Harrods, cargando bolsas con ropa, zapatos, perfumes y joyas. Con suerte escucharían los cañonazos de celebración del cumpleaños de la reina madre. En Trafalgar Square se perderían entre la gente, disfrutando los desfiles, la comida y el té de las cinco. Sus hijos serían felices, divertidos con las actividades infantiles del Día de San Jorge, el patrono nacional.

Esa tarde de abril todo eran planes y proyectos en su cabeza. La noche sobre el Atlántico le hizo descubrir que se sentía liberada de una pesada carga. Quince años de su vida forjando un futuro y luchando con la mediocridad de Alex y su pequeño mundo burocrático. Tenía que agradecer a los dioses el haberse librado de esa persona tan común. Pensó en que ni siquiera merecía que ella lo recordara. Bebió agua de una botella y se dispuso a dormir mientras el plácido vuelo disminuía la distancia.

Despertó cuando el piloto le informó que estaban a punto de tomar la pista. Los viajeros se enderezaron de sus asientos observando el brillante paisaje mañanero con el Támesis al fondo. ¡Mami, tengo hambre!, gritó su hijo menor. La cabina de la aeronave se llenó de gritos infantiles, risas y conversaciones.

Del otro lado del océano en la ciudad de Guatemala, Alex era conducido desde la cárcel hasta el Tribunal Federal que llevaría su proceso de extradición a España. Cuando el camión se detuvo frente al edificio, los periodistas internacionales lo fotografiaron al momento en que él se esforzaba por levantarse del piso en que lo llevaban acostado. No podía utilizar sus manos debido a que iba esposado; por esa razón los policías tuvieron que ayudarlo a bajar del vehículo. En el trayecto al quinto piso en que se situaba el juzgado, un fotógrafo le dio un empujón, burlándose de él, antes de que le quitaran los zapatos.

¡Aquí debes entrar descalzo, gallego sinvergüenza! ¡Corrupto! ¡Ladrón!

El ex gobernante, con los zapatos puestos de nuevo, se sentó en la silla, enfrente de los integrantes del jurado, intentando disminuir el escarnio público que lo acosaba, mientras las cadenas de televisión de España y otros países seguían puntualmente el proceso.

Todo el mundo observó la desesperación de Alex buscando entre la concurrencia el rostro de algún amigo, de una cara amistosa a la cual aferrarse; la de algún pariente; o la de quien aún era su esposa. Nada, nadie. Huérfano y en la soledad más espantosa. Varias

veces, las cámaras captaron su mirada extraviada. Perdida, igual que los miles de millones de euros que no aparecían por ningún lado y que le reclamaban el Ministerio de Justicia y el pueblo de Galicia.

Al final, el juez estableció un plazo de sesenta días para que el gobierno español solicitara la extradición del detenido. Antes, Alex confeso haber estado en Centroamérica los seis meses previos a su detención.

Un mes en la cárcel guatemalteca había sido suficiente para hacer entender a Alex que nada se comparaba al placer de la libertad. El sofocante e insalubre ambiente de su pequeña y oscura celda de nueve metros cuadrados y la hediondez del deteriorado váter, lo llevaron a extrañar el aire fresco sobre la cara y el calor del sol que lo recibieron tantas mañanas sabatinas durante aquellas épocas cuando recorría parsimoniosamente el campo de golf enfrente de su casa.

Recordó a los convenencieros vecinos y compañeros de jugada y al servicial caddy que solía caminar junto a él, atento a sus requerimientos deportivos y a su sed. Aquellos fueron tiempos de gloria, años inolvidables en que bastaba un simple gesto o señal de él para que llegaran amigos o empleados solícitos, dispuestos a cumplir sus necesidades y caprichos.

Evocó las frecuentes ocasiones en que citaba en el club a funcionarios o a gente que insistía en una audiencia privada. Recibirlos en ese lugar idílico le causaba una honda satisfacción; quizá muy tonta, pero era una costumbre que le ayudaba a sentirse importante. Cuántas veces los tuvo esperando, sudorosos y a la intemperie, por el simple gusto de fastidiarlos y demostrarles que era él quien mandaba en Galicia.

Pero todo aquello ahora estaba convertido en historia. Más bien en crónica vulgar; en anécdotas morbosas que, reconocía, estarían divirtiendo y haciendo el día a los gallegos. Sobre todo a los jurados enemigos de su régimen. Ninguna duda le cabía.

Ahora se daba cuenta de la irreflexiva manera en que había conducido su vida y su gestión en el gobierno. Cuántas veces dejó asuntos importantes, en las inexpertas manos y ambición de Gabriela, de Mouriño, de El Chulo o de Cuevas de Almanzora. Y solamente

por cosas mundanas y corrientes. Unas tapas, unos huevos de Madrid, un juego de computadora, un chat en redes sociales, una partida de póker, una borrachera con los amigos... “¿Amigos? ¿Cuáles? ¿Dónde están? ¡Mierda!”, pensó, famélico y deprimido.

Esa mañana le llevaron un caldo sin sabor ni olor, un pan duro y el acostumbrado vaso con agua. Lo estaban matando de hambre y no dudaba en que cualquier día enfermaría de cólera o hepatitis. La higiene del lugar era espantosa; el catre y las frazadas siempre cubiertas de piojos y chinches. Cuando llegó a prisión quiso, pidió ejercitarse. Algún sitio tendrían para que los presos movilizaran su cuerpo.

La respuesta que recibió lo convenció de desistir de la idea. El alcaide les propuso bailar zumba con algunos guardias. También ellos necesitaban moverse. Varios maricas y algún indefinido aceptaron gustosos, él no. Se imaginó vestido como presidente de la Xunta, bailando a ese ritmo con los ministros. “¡Ni pensarlo, una fotografía mía en esas condiciones, completaría el cuadro del escarnio a mi persona!”. Decidió buscar por otro lado. Era mejor ponerse a lavar los sanitarios o barrer los patios. De su orgullo ya no quedaba nada. Lo movía el espanto y la necesidad.

Sus abogados de Madrid habían acudido al país centroamericano a proporcionarle asistencia legal para impedir una extradición a España. Por ellos, se enteró de los últimos acontecimientos en Galicia, relacionados con su caso. Así supo que Gabriela andaba con su nueva pareja recorriendo el mundo. Que en Gran Bretaña la acompañaron sus hijos; que la madre de ella hacía de nana.

Respecto a la familia de Alex, que aún no daba señales en Guatemala, el despacho jurídico tenía informes de que seguían atentos a sus negocios. Su madre y hermanos residían en Bilbao, donde ya poseían diversos negocios inmobiliarios y turísticos. Resuelto el problema económico, no existía más motivo para buscarlo, ¡ni aunque estuviera en serias dificultades!

El Chulo y Taruk, ahora diputados, movían tierra y cielo para conservar el fuero constitucional que retrasara su llegada a prisión. Exactamente ese era el caso de Cuevas de Almanzora y El Flaco. Los profesionales le informaron que El Chulo traía un pleito de medios de comunicación y malversación de fondos públicos con La Madame, aquella bruja que alguna vez había hecho pareja con Gabriela. El ex gobernante recordó que las dos

señoras olvidaron ese rango y se comportaban como arpías, mostrando que ni entre ellas se respetaban.

Los abogados le comentaron que ese pleito a muerte entre los dos que habían fungido como ministros de relaciones públicas, arrojaría cientos de datos comprometedores sobre los manejos financieros de su administración. También alertaron que sabían de buena fuente, que La Moncloa seguía con atención ese desencuentro entre sedicentes expertos en comunicación.

Alex gritó maldiciones cuando uno de los legales le entregó un pequeño sobre, enviado justamente por El Flaco. Pensando en alguna carta de agradecimiento y solidaridad, Alex lo abrió emocionado y presuroso. Cuando observó el contenido enrojeció de ira; su gorda cara pareció explotar. ¡Ni una línea! ¡Dos billetes de quinientos euros! ¡Con todo lo que yo le di a ganar! ¡Ese gilipollas tiene cientos de millones! ¡Qué ingrato y miserable!

¡Qué bueno que en el vestíbulo del Congreso gallego, la gente pegó decenas de fotografías en el suelo del trayecto que recorre para llegar a su curul! Ya me enteré. ¡Merecido lo tiene, es una maldita rata dientona! ¡Mil euros, que hijo de la gran puta, tan mierda! ¡Díganle que se los ponga en el culo y que me cago en todos sus ancestros!

Gabriela tuvo que interrumpir sus vacaciones en Inglaterra y viajar a Mar del Plata a una reunión urgente con Matías. Su padre le había enviado el avión para poder hacer el trayecto intercontinental de ida y vuelta. No quería dejar solo a Manu por mucho tiempo en esas semanas previas al campeonato británico. El ambiente en torno a los juegos de polo estaba resultando propicio para codearse con la nobleza y el mundo empresarial.

Durante esos tres días de ausencia los niños quedarían a cargo de su abuela y tías. Pero sabía que su pareja era débil ante el asedio femenino; por ello no deseaba correr ningún riesgo. Principalmente porque él formaba parte del equipo de Buenos Aires y las jóvenes inglesas se dejaban ver con insistencia en el campo de entrenamiento para pasearse y coquetear con los polistas.

Ese día se sentía agobiada y descontrolada después del extenuante viaje y el consabido jet lag. Pero le había preocupado el grave tono de voz que su padre utilizó en el teléfono: ¡Es necesario que hablemos Gabriela. Te quiero aquí mañana a primera hora!

Cuando la nave entró al hangar, Matías ya la esperaba en el automóvil. Se saludaron con el beso de costumbre. El viaje por carretera a Sierra de los Padres era corto; una hora después cruzaban los terrenos de la estancia. Cuando entraron a la casa, él ordenó un plato de frutas y sus bebidas predilectas. Se encerraron en la biblioteca ante la incertidumbre de Gabriela.

Debo informarte que algo no marcha bien –le dijo Matías–. Bien a bien, no puedo explicarte lo que está sucediendo en Galicia. Percibo que algunos ex colaboradores de Alex, están cantando alegremente. No sé si en La Moncloa o en Santiago. También supe que Mikel los está apretando y que varios le han entregado chalets, fincas, joyas y cantidades millonarias. El vómito negro los está dejando limpios, casi como entraron.

Me preocupa que tu contacto en Madrid esté haciendo un juego doble. Ya sea porque es un pillo o porque las circunstancias lo obligan. Tenemos que tomar una decisión crucial. No sé si debes hacer una entrega mayor; o volver a hablar con el que te protege, o definitivamente, negociar tú misma con Mikel.

Hija, me apena repetírtelo, pero en este negocio, tal vez debes invertir un poco más. Y tienes con qué hacerlo, no seas rúcana. Recuerda lo que hacen los grandes en todos lados. Si nadie los menciona, no es porque estén limpios; lo que hacen, es invertir fuerte en todos los equipos y en todas las jugadas. Esa es la clave. Te acuerdas cuando compré el premio mayor de la Lotería. Lo mismo había hecho tu padrino un año antes, no lo olvides. Compramos el gordo de Navidad. Así fue como blanqueamos aquellos primeros millones de euros. Recuerdas, te lo confesé aquella ocasión en Pontevedra.

Uno tiene que invertir para parecer impoluto. Ese es el secreto en las izquierdas y en las derechas; y también en el centro. Si no quieres problemas apuesta con todos, e invierte bien, sin miserias. Dios te lo recompensa y de lo devuelve con creces, lo dice La Biblia. Esa es la actitud, y siempre deja succulentas ganancias. No es un gran misterio. Es una medida infalible. Piénsalo bien, no quiero que te arrepientas después.

Sé que estás muy enamorada y que tu romance no deja pensar a tu cabecita. Pero veo focos rojos que exigen de toda tu atención. ¡Perdona mi intromisión y mi insistencia, princesa!

No papá, perdóname tú a mí—contestó—. Y créeme que entiendo tu preocupación. Es cierto, estoy en un gran momento con Manu. Pero es que hay muchas zorras que quieren arrebátarmelo. Y no lo voy a permitir, papá. Tú sabes cómo fueron los años con Alex. Un infierno; yo no tuve vida. Tengo que aprovechar mis mejores años, que son estos.

Pero te prometo que actuaré. Y muy pronto. Tengo con qué parar esas bocas sueltas. Ni Mourriño, ni Cisneyros, ni El Chulo, ni Taruk, ni El Flaco, ni Cuevas de Almanzora, ni Tomás de la Regué, ni los demás que se me atravesasen, representan serio peligro. En cuanto reciban mi mensaje, sé que se pondrán a temblar, como cuando me tenían enfrente. Tengo los expedientes de todos ellos, con sus puntos débiles; muy débiles, por cierto. ¡Son una bola de mariquitas, pero también son ambiciosos!

Me tranquilizas, hija—le dijo Matías, después de la larga conversación—. Ahora ve a descansar porque debes estar molida.

Gabriela se marchó a sus habitaciones. Necesitaba reponerse para tomar el vuelo de regreso a Londres. Pidió un emparedado y una copa de vino que le llevaron con presteza. Se puso una bata, apoltronándose en un sillón de la terraza, mientras contemplaba un grupo de cedros y matorrales a lo lejos. La quietud y el silencio del medio día pampero le ayudaban a reflexionar la conversación con su padre.

Le molestaba descubrir la desmedida ambición de Heri. Se podía pensar que el funcionario madrileño estaba jugando con dos barajas. No le habían bastado las horas de cama que dócilmente recibió de ella en Mar del Plata. Tampoco las transferencias a sus cuentas en Bahamas. Lo que él no sabía, es que ella era una mujer ambiciosa e inteligente, pero también la más terrible Medusa vengativa. Bastaba una sola llamada al banco de Suiza, para que el ingenuo abogado del estado español fuera destruido y enjuiciado. En la Moncloa sabían de qué tamaño era el pecado que escondían.

Los ex colaboradores de Alex la tenían sin cuidado. De cada uno de ellos poseía un dossier con la información de sus propiedades, de sus amantes, de sus segundos matrimonios, de sus desviaciones sexuales, y sobre todo, de los cuantiosos recursos que atesoraban secretamente, así como de los sitios donde guardaban esas sumas millonarias.

Además de ello, contaba con documentos incriminatorios que los llevarían a prisión definitiva.

Pero lo que debía analizar con toda precisión, era la manera de bloquear y desactivar a Mikel en su contra. Se creía capaz de utilizar las medidas que fueran necesarias para nulificar de una vez por todas al nuevo Presidente de la Xunta. Las tenía de sobra, y bien resguardadas. Cuentas secretas, vídeos, escándalos inconfesables, y todo un arsenal de pruebas y artimañas para desalentarlo y desarmarlo.

Pero también contaba con otras armas que gustosa desplegaría. Evocando las atractivas sienes plateadas del astuto gobernante, ardorosa recordó la bofetada que recibió de Alex aquella vez que le dijo: “Si quieres yo resuelvo los problemas con Mikel. Imagino que es mejor como hombre”.

¿Serías capaz?—obtuvo como respuesta—. ¡Mejor no me contestes!

Había perdido la cuenta de los días que llevaba en la cárcel guatemalteca. Las horas transcurrían con lentitud volviéndose interminables. Pero después de tanta oscuridad y desaliento en la soledad de su celda, esa mañana Alex creyó que aún tenía posibilidades de sentirse como un ser humano.

Durante las últimas semanas se veía como un triste animal desamparado, con la cola entre las patas, en medio de la nada. En ese lugar conoció la ansiedad y el vértigo que experimentan los paracaidistas en su primer salto, antes de brincar al vacío. La noche que hizo ese descubrimiento lo envolvió la desazón y el terror; el suyo, era un descenso en caída libre desde la cúspide hasta el suelo.

Por eso lloró cuando el guardia le entregó una colchoneta corriente que mostraba poco uso. Ya no tendría que dormir sobre la dura cama de cemento que le impregnaba en los huesos la frialdad de las madrugadas. Por eso había creído que las cosas estaban cambiando. Incluso el día anterior, un compañero de prisión le había regalado una cajita de cerillos con algunas hojas de laurel, que a decir del bien intencionado recluso, servirían para ahuyentar a las cucarachas que pululaban en los techos y paredes de las celdas festinando la oscuridad.

Recordaba la invitación que recibió de un grupo de presos para reunirse durante las caminatas matutinas. Uno de ellos, que había sido presidente de ese país centroamericano, le obsequió una bolsa de dulces y cacahuates. Pero aunque empezaba a socializar con los reclusos, el ex gobernante gallego seguía sintiéndose solo. Hasta ese día, ningún integrante de su familia se había acercado a la prisión de Matamoros.

Cuando caminaba en el patio central, percibía las miradas compasivas de algunos compañeros. Otros, que ya estaban al tanto de su situación en España, lo ignoraban completamente o le lanzaban improperios cuando se cruzaban con él. Esas circunstancias eran aprovechadas por los vigilantes, que le llegaron a deslizar propuestas de soborno, a cambio de mejores condiciones en la reclusión. Pero lo que más le preocupaba era la fragilidad de su estómago, que estaba resintiendo el agua sin potabilizar que debía consumir. Y la situación se le complicaba más, al no disponer de papel sanitario y toallas. Por esas causas y por estar a la vista de todos, era un verdadero suplicio utilizar el váter.

Esas fueron las razones por las que gestionó que le mejoraran sus deplorables condiciones penitenciarias. El colchón conseguido, que era un verdadero lujo, lo llevó a pensar en que, por fin, las autoridades de esa nación tendrían algún gesto de amabilidad hacia su persona.

Desde muchos meses atrás se fue convenciendo de que tendría que hablar de las cosas que sabía, si en verdad quería un mejor trato de las autoridades de su país. La información que guardaba celosamente con copias en tres sitios diferentes, era un pasaporte a un trato más digno, y por qué no decirlo, a la soñada impunidad. Todas las noches se preguntaba si el sistema político español resistiría las consecuencias de un terremoto como el que él podría desencadenar si lo llevaban a la desesperación; si lo empujaban a la locura.

Y en esos terribles meses lo estaban consiguiendo. Por eso, cuando le informaron que lo trasladarían al Instituto de Atención y Evaluación Psicológica, pudo renovar su ánimo. Creía tener los ases suficientes para, cuando menos, ser conducido a otro lugar donde le trataran de manera más digna y respetaran sus derechos humanos. Algo mejor que Guatemala, desde luego, que podría ser Méjico, donde había una tradición hospitalaria hacia el pueblo español.

El ex presidente de la Xunta de Galicia trataba de saber la ubicación del Centro donde lo examinaban, y al cual llegó tras un largo viaje. Dócilmente se dejaba conducir en

el edificio de varios pisos, encontrando que allí le proporcionaban un trato distinto. Psiquiatras y psicólogos lo interrogaban y le aplicaban diversas pruebas de personalidad.

Lo que más llamaba su atención era la insistencia de los especialistas por conocer detalles de su vida matrimonial y de su relación actual con Gabriela y sus hijos. Así permaneció durante varios días contestando cientos de preguntas; eran jornadas de doce horas diarias. La rutina se convirtió en suplicio cuando los interrogatorios se volvieron acuciosos e interminables.

Cuando ya estaba a punto de explotar, uno de los especialistas le dijo: “Sólo falta la entrevista principal, que será mañana por la noche. Procura descansar y dormir bien; trata de estar tranquilo”.

Un día después, lo condujeron hacia un ascensor para llevarlo muchos niveles abajo. Cuando llegaron a su destino, le pidieron continuar por un estrecho pasillo hasta un cuarto oscuro, donde sólo había una silla y una lámpara. Le ordenaron que se sentara. Ahí esperó durante tres horas, hasta que una persona apareció por la puerta.

“Por esta única vez te diré –le espetó alguien con una voz enérgica y familiar, que se paró frente a él en la penumbra y que Alex no logró reconocer–: En un plazo breve, te llevarán a Madrid, donde fingirás estar afectado de tus facultades mentales. No vayas a tirar más de la lengua. Debes actuar correctamente, para que no quede duda de tu locura. Tu madre y hermanos conservarán lo que ganaron en Galicia. Tu ex mujer no será perseguida ni disminuida en su patrimonio. El Estado Español no ejercerá acción contra ella.”

“Si desobedeces, nos cargaremos a aquellos que te interesan. Ya sabes a quienes nos referimos. No tienes alternativa y te aseguro que esto no es un juego. En unos días habrá elecciones en Galicia y otras comunidades autónomas, y por ningún motivo deberá haber interferencias. ”

“Espero que lo tengas claro. Si abres la boca más de la cuenta, ya conoces las consecuencias”.

“Hasta nunca. La República es primero.”

Después de pasar una semana bajo la observación de psiquiatras y psicólogos, Alex fue regresado a prisión. Ninguna persona le informó el resultado de las pruebas que le habían aplicado en el centro de evaluación. Aunque era posible que sus abogados le llegaran a informar sobre ellas, en realidad le tenían sin cuidado.

El ultimátum recibido en aquellos profundos y oscuros sótanos lo había dejado sumamente perturbado. Llegó al lugar con la idea de destapar todo lo que sabía, pero lo que escuchó ahí, modificó su percepción de las cosas. Y cómo no pensar diferente, después de recibir la amenaza de que matarían a sus seres queridos, apenas abriera la boca. Además de callar, tendría que fingir una convincente locura. Por más que se esforzaba, no veía otro camino para salvar la vida de sus hijos.

Llevaba días tratando de identificar al misterioso personaje que le puso en la balanza las opciones que le quedaban. Cuando lo escuchó esa noche, el hombre le resultó familiar; su forma de hablar y su voz le parecían conocidas. Pensó que era un alto funcionario de La Moncloa. Porque, quién más podría hacerle ese planteamiento, con la autoridad y la energía mostrada. Al que tuvo enfrente en esa entrevista forzada, bien pudo haber sido el propio presidente español. Alex había sido gobernante de una comunidad autónoma importante, y desde el punto de vista del poder, lo ocurrido en Galicia, se había convertido en un peligroso asunto de Estado.

Reconocía que la única fórmula que tenía para desaparecer toda la información, era la de fingirse loco, como le habían propuesto. Lleno de dudas, se preguntaba si era mejor morir de una vez, por propia mano en una última muestra de dignidad, o cumplir con lo que los altos mandos habían dispuesto para él. Hacerse pasar por un loco, modificar el curso de las investigaciones policíacas y convertirse en la eterna vergüenza de sus hijos. Tal vez esa decisión tendría que sopesarla unos días más.

En la prisión, las cosas seguían como desde el primer día. Comía en forma exigua lo poco que le llevaban, para lo cual, primero debía vencer el asco por la convivencia con roedores e insectos rastreros. Los guardias lo presionaban constantemente y en los patios no faltaban las ominosas burlas de los otros reclusos. Lo habían bautizado como “El Chillón”, porque se le enrojecían los ojos cada vez que lo empujaban o le ponían zancadillas, aterrorizado sin enfrentar los abusos. Las semanas de encierro le habían enseñado que el lugar era el más temible infierno.

Con ese mal recuerdo, esa noche cuando apagaron las luces, se echó a llorar sobre el camastro. Se dio cuenta que su vida era un constante sufrimiento. Había quedado huérfano siendo un niño. Aun así, pudo ayudar a su madre a repartir por los pueblos el pan casero que fabricaban todos los días. Aquellos fueron tiempos duros, pero no había porque extrañarse. Así había ocurrido casi durante toda su existencia.

Recordó los miserables tiempos de la escuela preparatoria. En los pueblos y ciudades pequeñas, los sobrenombres y alias, eran terribles cargas emocionales que no pasaban desapercibidos, quedando los mote para toda la vida. Se acordó de su disminuido ego en esos tiempos, que recibía la paliza diaria que le propinaban sus compañeros de clase, quienes le endilgaron el remoquete de “Caremo”. Cuando les reclamó por el extraño apodo, cruelmente y en medio de risotadas los aludidos le contestaron: “¡Caremo, por caremoco, imbécil!

Evocó con satisfacción el instante en que pudo perpetrar su primera venganza, años después en Santiago de Compostela cuando era Ministro del Tesoro con el Tío. Un día llegó a su oficina uno de esos antiguos compañeros a pedir ayuda para un negocio. Por ser un trámite complejo, era difícil resolverlo al gusto del solicitante. Entonces, al molesto paisano, se le ocurrió presionarlo, soltándole una frase que le resultó funesta: “¡No cambias, Caremo!”

Esa ocasión, su eficiente secretario privado, con toda diligencia se encargó de atender y resolver el problema del odiado visitante, a quien nunca se volvió a ver más en Galicia. “Jaguar sí sabía resolver lo que se le indicaba. Lástima que lo hayan apresado. Él si estaría conmigo aquí en Guatemala”, pensó convencido, preguntándose el oscuro destino del atrevido compañero de juegos escolares.

En Guatemala, Alex sentía la soledad del preso, el olvido de su gente, la ingratitud de su propia familia, el dolor por el abandono de su madre y la poca solidaridad de sus hermanos. Tampoco aparecían los ex colaboradores que gracias a él se habían convertido en nuevos millonarios. Era consciente de que los gallegos lo odiaban, de que nadie lo quería y que ahora lo detestaban los presos en Matamoros. Todo parecía indicar que su destino sería vivir en completa soledad, sin querencia alguna, como un apestado, o como un perro de la calle.

Y por lo que le había dicho el alto personaje de la oscuridad, dedujo que Gabriela y su desmedida ambición lo habían terminado de hundir.

De pronto, en lo más profundo de su cerebro surgieron destellos de moralidad. Ideas de redención y arrepentimiento envolvieron a Alex. Se empezó a preguntar, cómo sería su vida y cómo serían las cosas, si él, hubiera ejercido el poder como lo hacen los gobernantes honestos. Se cuestionó si con su ejemplo, Gabriela hubiera sido distinta. O si él habría conservado a los amigos que llevó a las cumbres de la política.

Ante esos pensamientos renovadores, se topó con una pregunta: “¿Lo habría permitido el Tío?”

Fue cuando entendió que “el hubiera” no ayuda a descifrar misterios.

Después de meses de sobresaltos y de sufrir los agobiantes e infructuosos llamados de auxilio de Alex, Gabriela pudo vivir tiempos gloriosos junto a Manu. Sus hermanas y cuñados habían regresado a atender las empresas en Galicia. Pero su madre aceptó gustosa quedarse una temporada con ella en Londres para encargarse del cuidado de los niños. Esa afortunada circunstancia le permitía acompañar constantemente a Manu en sus actividades deportivas de la Gold Cup de Polo.

En ocasiones ella terminaba rendida y con terrible jaqueca a causa del ajetreo diario, ya que después de las horas destinadas a su pareja, al regresar a la suite del hotel que tenían como residencia en el país británico, sus hijos le exigían ir a las plazas comerciales o a alguna distracción infantil. Por eso agradecía la complicidad de su incansable madre, quien era su principal apoyo para que ella pudiera fortalecer y afianzar su relación con el apuesto deportista.

Durante las semanas que llevaban en Inglaterra, había conformado un abundante guardarropa adquirido en Harrods y otras tiendas de alta gama. Le complacían las tertulias y reuniones que con frecuencia organizaba con las mujeres de los jugadores del equipo argentino, quienes solían acompañarlos a los diferentes torneos alrededor del planeta. El polo resultaba un gran aliciente y distracción para esas mujeres, como descubrió ella misma.

Y cómo no disfrutarlo, si el entorno de ese deporte brindaba una incesante pasarela, a la que sólo accedían damas de alcurnia y poder económico. En ese ambiente exclusivo, en el que casi siempre se veía a la gente de la realeza internacional, había podido lucir las costosas joyas que le regalaba Alex y que tanto criticaron los rústicos paisanos gallegos.

Sin embargo, esa noche cuando regresaron al hotel, Gabriela se notaba inquieta y malhumorada. En el lujoso restaurante donde cenó con Manu, encontró a un grupo de españoles que no dejaron de mirarlos y cuchichear entre ellos. Ese desafortunado encuentro le dejó un ácido sabor de boca, ya que sintió el desdén y el repudio con que la miraron. Se llegó a preocupar cuando con algún disimulo, uno de los comensales empezó a tomar fotografías con el móvil, percibiendo que habían plasmado su imagen en una de ellas.

Por esa razón, cuando quedó sola, se sirvió un whisky y se sentó frente al espejo, mientras se preparaba para dormir. Entonces, pensó que iba a ser difícil deshacerse de su historia. Que no era tan sencillo enterrar todo lo vivido junto a Alex. Parecía que siempre la perseguirían situaciones o circunstancias molestas como las que acababa de experimentar en ese restaurante.

Casualmente, esa mañana su fiel asistente que cuidaba sus propiedades en Orense, le había informado las últimas noticias relacionadas con la persecución que existía sobre su ex marido preso en Guatemala. Habían detenido en Galicia a cuatro o cinco de los ex colaboradores más importantes, y por otro lado, no cesaban las amenazas y rumores de encarcelamientos adicionales.

Fue cuando recordó las estrategias financieras instrumentadas junto a Mouriño y Cisneros, así como los pormenores que trataba de enterrar y olvidar. Por ejemplo, los enjuagues a que se prestaron el tesorero Taruk y la ingenua directora de la Beneficencia, quienes también se llevaron jugosa tajada, creando decenas de empresas ficticias, a las que pagaron bienes que nunca se entregaron.

A su mente llegaron los procesos administrativos que ordenó desde las sombras, y que les permitieron –a ella y a Alex–, agenciarse millonarios recursos económicos durante toda la gestión, utilizando una plantilla de cinco mil profesores inexistentes, de cuyas plazas laborales, nunca se pagaron los impuestos fiscales que ahora buscaba y reclamaba el Tesoro español. Pensó que esa era una verdadera bomba de tiempo que agregaría años de

condena a su ex marido y a no pocos funcionarios despedidos por el nuevo Presidente de la Xunta.

Se terminó de quitar el maquillaje y se lavó la cara. Hizo un mohín cuando observó las pequeñas imperfecciones de su rostro, que al instante fueron aumentadas por su ego y su vanidad. Con gesto descompuesto reflexionó en la ligereza e irresponsabilidad de Alex, quien de manera tonta permitió que sus segundos y terceros en la línea de mando también robaran al erario.

“Estúpido—pensó frente al espejo, mientras bebía de un trago el licor—, cómo es que se le ocurrió darles tanto dinero. Esos imbéciles, que no crearon nada y que sólo firmaron lo que se les instruía, seguramente ya entregaron sus ganancias a Mikel para negociar impunidad. A cuántos dirigentes políticos y líderes sindicalistas se les untó la mano; creo que eran cientos de sanguijuelas. Por eso al idiota de Alex ya le cargaron el total del desfalco cometido por todos, mientras aquellos andan por allí tan campantes, haciendo política y negocios”.

“¿Sabrá Alex, que fui obligada a entregar la mitad de lo que tenía yo hace seis meses, para asegurar mi libertad y la de mi familia. Y que tuve que jugarle el todo por el todo, amenazando con desvelar las entregas de dinero al jefe de gobierno, para que por fin me dejaran en paz”.

¡Bah, el gordo es un hombre muy corto de entendederas!—soltó en voz alta cuando caminaba descalza al dormitorio. Del otro lado de la puerta, Manu la esperaba ansioso.

“¡Hey, Maricón, estoy esperando los zapatos. Me los llevas tú mismo, o quieres que vaya a tu celda por ellos!”, escuchó decir tras sus espaldas. El tipo que chillaba en el patio de la prisión, era el líder de los pandilleros maras, que no había quedado satisfecho con la ropa recibida como tributo y ahora exigía el único par de zapatos que el político gallego conservaba en ese lugar.

Sintió que la cara le ardía y el corazón se le estrujaba. Los demás presos lo miraron compasivamente, adivinando el maltrato físico que le esperaba del feroz delincuente guatemalteco y sus secuaces. A causa de ellos, los días en reclusión se habían convertido en

un terrible tormento; el espanto y la desesperación se dibujaban en el rostro del recluso español.

Los ojos de Alex se pusieron vidriosos, mientras sus mofletes enrojecían. Pero su orgullo y valentía eran menos que su miedo a recibir una tunda más, como las que solía sufrir con frecuencia, ante la mirada indiferente de los guardias, que parecían divertirse con esas humillaciones. Avergonzado por su lamentable sometimiento, decidió entregar el calzado que le exigían; al fin que podía utilizar las viejas sandalias que le permitieron conservar.

Mientras caminaba de prisa a cumplir la instrucción recibida, deseó que la noche llegara y así estar en condiciones de atiborrarse de pastillas para dormir y olvidar su triste desgracia. Pero apenas era la mañana. Tendría que esperar a que transcurrieran muchas horas. Por fortuna tenía el estímulo de que ese era día vis a vis y que quizá recibiría noticias sobre su situación jurídica y su trámite de extradición a España. Aunque no lo había mostrado, estaba ansioso por ser devuelto a su país de origen. Las tapas eran su ilusión.

Esa tarde sus abogados le informaron las novedades políticas de Galicia y las últimas detenciones de ex colaboradores. También escuchó su recomendación de allanarse al proceso, con el fin de agilizar el retorno a Madrid. Pero el tema que le preocupó sobremanera, fue la disputa que sostenía Mikel, el presidente de la Xunta, con Tristán “El Turco”, quien menospreciando el estatus y el poder del gobernante gallego, que no cejaba en su torpe lucha mediática contra él.

Y por si fuera poco, allá también se comentaba que, a cambio de prebendas e impunidad, “El Jaguar” se había prestado a entregar al nuevo gobierno, seiscientos millones de euros además de cientos de documentos, vídeos y grabaciones de llamadas telefónicas comprometedoras. En suma, podría decirse que el futuro de Alex y de varios políticos gallegos era comprometedor, por no decir que a punto de extinción. La intranquilidad en varios de sus ex colaboradores era evidente.

Con el peso de las amenazas del jefe de los presos y después de tomar la tercera ducha del día, bajo la atenta vigilancia de los celadores, estos lo introdujeron en la crujía, cerrándola con llave desde afuera. Su inquietud terminó cuando un guardia le entregó discretamente una bolsa de medicamentos para dormir. Nada más estimulante -dijo para sus adentros- el prisionero.

Alex guardaba en la cabeza el comentario de los abogados, en el sentido de que Heri, el amigo de Gabriela en sus tiempos de universidad, era mencionado por la prensa nacional para ocupar uno de los principales sitios en el Poder Judicial. Entonces se acordó de la perversidad de su infiel esposa, quien olvidándose de su cruel destino en el país centroamericano, desde meses atrás hacía un largo viaje con su novio por diversas ciudades de Inglaterra. También pensó en “El Jaguar” y el difícil destino que le aguardaba en el penal. Su leal colaborador tendría que haber sido traicionado; dada su dureza y preparación militar, de él no esperaba el deshonoroso camino de la delación.

Antes de ingerir las dos pastillas acostumbradas, en la penumbra recordó la desorganizada y costosa campaña política que realizó Tristán y su partido Acción Galega para alcanzar la presidencia en Galicia, que al final ganó Mikel. A su mente llegó el recuerdo de la secreta entrevista a la media noche en los sótanos del Instituto de Evaluación Psiquiátrica, con aquel autoritario y fino personaje que le hizo varias preguntas estratégicas. El misterioso funcionario con quien habló, había puesto énfasis en los recursos económicos que desde la Xunta, él entregó al candidato, recordando también que además de haber sido filmado, fue obligado a informarlo por escrito con su puño y letra.

“Estúpido Tristán—pensó el agobiado Alex—, nadie supo lo qué hizo con los novecientos millones de euros que le di para la campaña y los quinientos más para el programa proselitista de su partido. Eso sí, apenas se enteró de su derrota ante Mikel, lo primero que realizó fue la compra de un automóvil todoterreno y un cuatrimoto importado para pasear a la familia. Ojalá y el Tribunal de Cuentas, que revisan los gastos electorales y el patrimonio, le pongan un alto a sus locos afanes de volver a contender en la siguiente elección. ¡Es un imbécil, un caradura, es un pobre candidato perdedor! ¡A quién se le ocurre tal gilipollez!”.

Sorbió un poco de agua que conservaba en un vaso, después de tragar las pastillas que le permitían conciliar el sueño. Mientras tanto, en la celda contigua un obeso recluso interrumpía el silencio con sus acompasados ronquidos.

Lo que soñaba, le hacía convulsionar...

El lujoso Pasha Turkish Bath, se había convertido en un oasis londinense para Gabriela. Decidió instalarse en el lugar un fin de semana completo, mientras Manu se concentraba en sus entrenamientos para los juegos finales de polo. Ese día, después de una zambullida en la piscina privada, completó la rutina del baño turco, de la exfoliación y del masaje corporal integral.

Al final de esas actividades rejuvenecedoras, fue cuando aparecieron las sabias y deliciosas manos del precioso terapeuta que había elegido. Dos horas de cielo privado para ella sola. Justo lo que le habían recomendado sus nuevas amigas.

Llevaba semanas en que la preocupación y el estrés se habían apoderado de ella. Hasta su hombre había percibido la ausencia y el desinterés cuando estaban en medio de las sábanas. No obstante, ella era una mujer dispuesta y complaciente, que hacía lo necesario para tenerlo contento y satisfecho. Por ningún motivo podía permitirse un descuido que lo empujara a los hambrientos brazos de aquellas coquetas mujeres que se le acercaban como moscas. Era, ante todo, una cuestión de orgullo femenino y de vanidad, donde, era cierto, existía una pequeña dosis de amor.

Desde Argentina, su padre la mantenía informada de lo que acontecía en las altas esferas de Galicia. Además de Matías, ella contaba con su leal asistente en Orense, la amiga de la infancia, que cuidaba sus intereses económicos en España y le informaba puntualmente las últimas noticias gallegas.

Pero se sentía molesta y engañada porque todo indicaba que no estaban sirviendo de nada las atenciones personales y los cientos de millones que había entregado a Heri. Parecía que la cara negociación con el alto funcionario de La Moncloa, se acercaba más a lo que podía entenderse como una amañada estafa.

Los ataques a su persona no cesaban ni del gobierno central, ni del presidente de la Xunta. Los periódicos de Galicia frecuentemente la mencionaban como la mente perversa y la verdadera instigadora del desfaldo al tesoro gallego. Los ex colaboradores de su marido tampoco ayudaban a que se olvidara su nombre. Para colmo, uno de los pocos ex funcionarios que trabajaron directamente con ella, se estaba comportando como un muchacho aterrorizado, o como una cabra loca, destruyendo lo que encontraba a su paso.

Se daba cuenta de que no podía desentenderse de ese inesperado actuar de Tony “El Milusos”, el primer director de la Beneficencia. Cuando analizó su designación, lo nombró,

porque este personaje había pasado por todo tipo de cargos en el gobierno. Pero, por lo que ahora observaba, su mayor desventaja la llevaba en la boca. Y por otro lado, su insana relación con La Madame, era un peligro que había que desactivar y destruir.

Le acababan de informar que el periodista principal del Telediario lo había entrevistado semanas atrás, como parte de un reportaje dedicado a ella, en el que se hablaba de empresas inexistentes y de fondos desviados hacia sus cuentas bancarias. En esa arreglada entrevista, Tony, un desconocedor de la Ley, alegaba que él no tenía nada que ver en las licitaciones y contratos realizados durante su gestión, echando toda la culpa a Taruk, en ese tiempo tesorero de la institución y a otros. Podía afirmarse que era una auténtica lavada de manos, la del malogrado milusos.

Lo que más la presionaba a Gabriela, era el hecho de percatarse de la traición de casi todos los que habían integrado el gobierno con Alex, quienes, para sacudirse de acusaciones, la estaban señalando a ella como la persona que dirigió la banda de la corrupción gallega, como la había bautizado Mikel años atrás.

Pero Gabriela estaba decidida a olvidarse de ellos y de todos los problemas. Había descubierto en el spa turco un interesante remanso de paz y relajación y pensaba disfrutarlo al máximo sin preocupaciones, ahora que Manu estaba enfrascado en sus competencias deportivas. Después de aplicarse las cremas de última generación y alta tecnología para la restauración de la piel, encendida por el recuerdo, esa noche decidió repetir su inolvidable experiencia matutina con el apuesto masajista que le habían asignado en la administración.

Heri junto con los Tonys, los Taruks y el pueblo gallego completo, podían irse a la mierda. Su mente no podía olvidar la idílica mañana en la piscina y los inteligentes dedos y labios del apuesto turco sin nombre ni memoria.

Lo estaba volviendo loco la maloliente celda que ocupaba. Desde semanas atrás, sentía que con extraña frecuencia, el agua no salía de la llave, convirtiendo el reducido lugar en un pestilente infierno. Pero lo más detestable sucedía afuera de ella. Cruzar por la crujía era el peor momento que debía superar todos los días. Los empujones e insultos de los presos le hacían sentir humillado y vulnerable. “¡Gorda, ya sabemos que estás rica!

¡Mañana, te toca pagar, marquesa! Eran frases que retumbaban en su mente y no lo dejaban dormir.

Se había dejado crecer la barba para parecer más varonil, con lo que creía alejar pensamientos peligrosos de algunos desequilibrados prisioneros que le habían echado el ojo encima. Recordando esa feroz amenaza de los pandilleros maras, una tarde pidió a los guardias que le recortaran el cabello al estilo de los jóvenes de la calle.

Por eso, cuando por fin apagaron las luces en la prisión y pudo estar en silencio, Alex repasó lo que había estado analizando desde su ingreso en el penal de Matamoros, en relación a los delitos que le imputaban en España. En su última visita, sus abogados le dieron toda la información sobre lo que tendría que afrontar en el tribunal al día siguiente.

Lo que no sabían los magistrados guatemaltecos era la valiosa carta, o mejor dicho, el as que le había proporcionado la entrevista con un alto funcionario, semanas antes, durante la evaluación psicológica a que había sido sometido. En los acuerdos sostenidos con el importante enviado de La Moncloa, pudo conseguir condiciones favorables para él y su familia. Gabriela era quien menos le importaba, pero sus pequeños hijos siempre tendrían su amor y protección.

El acuerdo principal con el gobierno español y las conversaciones con los abogados que lo defendían, confirmaban su decisión de aceptar la extradición.

Por otro lado, y aunque prefería no manifestarlo, estaba aterrorizado por lo que podría sufrir en manos de los descontrolados reclusos. Pensaba en lo que le sucedería, cuando la administración del penal le retirara las atenciones y seguridad interna que gozaba, una vez que el gobierno guatemalteco sintiera que su asunto perdía importancia. No dudaba de que en ese instante, sería dejado a su triste suerte.

En realidad, no tenía otra alternativa mejor que volver a su país, donde tendría mayores posibilidades de comprar protección carcelaria y justicia en los tribunales. Aunque era la víspera, esa noche sentía que aún contaba con tiempo suficiente, antes de hacer frente a los jueces en el décimo tercer piso del Tribunal. Pero debía pensar fríamente en lo que tendría que hacer y decir cuando estuviera ante ellos y la prensa internacional.

Con los ojos mirando a la oscuridad, tomó diversas decisiones. Primero pensó en dejar una buena impresión y en causar un impacto a la audiencia. Después de eso, lo más importante era disimular el miedo que le corroía las entrañas. También era necesario

conducirse como en sus mejores épocas y adoptar poses y gestos teatrales que hicieran pensar que su caso estaba sujeto a negociaciones con los poderosos de España.

Como estrategia conductora, entraría al recinto, con una actitud suficiente y soberbia y con ánimo retador con respecto a Mikel, su sucesor. Una vez le concedieran la palabra, hablaría de su gobierno mediocre, desconociendo y minimizando las acusaciones de la Xunta.

Pensó y saboreó la actitud retadora que había ensayado ante el espejo. “Yo llegué a lo más alto de Galicia, y por ello, tengo la obligación de tener entereza y de manifestarme como un grande que soy; porque a mí, no me han demostrado nada todavía”—repitió para sus adentros, dándose confianza—. “Los que pagarán son otros, no yo”.

Antes de dormirse, recordó las primicias que daría a conocer sobre la honorabilidad de Mikel. Había decidido soltar información secreta que los gallegos no conocían de su prepotente y orgulloso gobernante. “Siempre se ha sabido que la mejor defensa es el ataque”—masculló con rencor mientras se acomodaba en el camastro.

Al mediodía siguiente, fotógrafos y reporteros vieron descender del vehículo policial a un rozagante y divertido prisionero, que con paso seguro se dirigía entre ellos a enfrentar su destino.

Una hora más tarde, desde una silla frente a los magistrados guatemaltecos, con voz de tiple declaró: “Soy inocente de las ridículas acusaciones que me hace un gobierno fallido. Señoría, me allano a la extradición. Quiero regresar a España. En mi país demostraré mi inocencia”. Antes de salir del Tribunal, dio un apretón de manos a los jueces y se marchó custodiado por sus guardianes.

Estaba extenuado después de las semanas que tuvo que dedicar a prepararse para enfrentar las dos audiencias más importantes en el tribunal. Tal como lo decidió con sus abogados, finalmente se había allanado a la extradición solicitada al Estado guatemalteco por el gobierno español y por la Xunta de Galicia.

Lo único que llegó a distraerlo en esos estresantes días, fue la inoportuna y desconsiderada petición de divorcio de Gabriela, quien acorde a su estilo frío e indiferente, se lo había comunicado con una simple carta que le entregó uno de los legales en la prisión

de Matamoros. En realidad, ya esperaba esa determinación de su distante esposa, pero jamás pensó en que iniciaría ese trámite en medio del proceso legal que él enfrentaba. Ni duda cabía sobre el origen de sus motivaciones y de que la mujer se mantenía fiel a sus maneras egocentristas.

Habían despegado de Guatemala a las cinco de la tarde en un vuelo privado. Calculaba que la llegada a Madrid sería alrededor del mediodía siguiente. Se emocionó cuando le dijeron que La Moncloa le había autorizado una reunión con sus familiares y amigos en un hangar habilitado para ello, antes de ser conducido a la prisión. Estaba deseoso de ver a su madre y a sus hijos. En ese momento descubrió que todos los demás le tenían sin cuidado.

Mientras dormitaba en el avión, saboreaba los efectos que habría causado en la audiencia con los versos sevillanos que recitó a los periodistas a modo de despedida en el tribunal. “Paciencia, prudencia, verbal continencia, dominio de ciencia, presencia o ausencia, según conveniencia”. —¡Qué gilipollez! Esa cantaleta podría ser gallega. ¡Madre mía! —.

Realmente se encontraba feliz. El pacto de no agresión y conservación de capitales, que había conseguido con el gobierno español, representaba un gran logro personal. Y es que no podía ser de otra forma. Él, un destacado doctor en economía, ¡ejemplo nacional!, había descubierto el secreto entramado de los cientos de empresas fantasmas, habilitadas desde la cima de la pirámide, que en las décadas recientes utilizaban los señores del sistema político español para financiar sus campañas electorales. Y tenía en sus manos las documentadas pruebas de ello. Sería el escándalo del siglo, dar a conocer semejante noticia. Por eso accedió a la extradición. Esa era la clave de su seguridad, que el mundo ignoraba.

Pero también recapituló su plan alternativo. Le estaba resultando conveniente y hasta atractiva, la espesa barba que se había dejado crecer, además del corte de cabello que solicitó al peluquero de la cárcel. Junto a las expresiones verbales, las miradas estudiadas y los gestos más estúpidos de su repertorio, la apariencia general que había conseguido en esos meses, abonaba a generar la idea de locura, que alguien desde las alturas políticas, recomendó como estrategia para salir por la tangente, desvanecer acusaciones y favorecer sentencias judiciales.

Después de esas reflexiones pudo conciliar el sueño algunas horas, antes de que el piloto informara que estaban por aterrizar en el aeropuerto de Barajas. Como parte de las concesiones aprobadas, un guardia le quitó las esposas y le permitió usar el lavabo para refrescarse la cara y enjuagar su boca.

Cuando la nave entró al hangar, a través de la ventanilla descubrió a una muchedumbre que aguardaba su llegada. Ávidamente buscó a sus hijos sin llegar a localizarlos. Su madre fue a quien encontró en medio del grupo; la vio pálida y desmejorada.

Cuando pisó suelo, Alex la estrechó con ternura, besándola en la mejilla. A continuación, recibió el abrazo solidario y emotivo de Cuevas de Almanzora. “El Flaco” lo observaba con arrobó y timidez, mientras Betsabé lo contemplaba con ojos vidriosos y llanto contenido. “El Chulo” hablaba ante su móvil, haciendo aspavientos con una mano. El exgobernante buscó otras caras conocidas entre los presentes, encontrando solamente las compadecidas miradas de algunas damas.

A una discreta señal de “El Flaco”, tres elegantes meseros se acercaron y ofrecieron al esforzado viajero y a su comité de recepción, copas de vino blanco, así como adornadas bandejas con tapas y huevos rotos. El detalle gastronómico tocó las fibras más sensibles del homenajeado, quien lloró conmovido al degustar los añorados platos peninsulares.

“El Chulo” pronunció un sentido discurso a su líder: “Bienvenido a tu país, querido Alex, hermano del alma y de mil batallas. Entrañable amigo: Los que estamos aquí, tenemos la seguridad de que saldrás impoluto de las canallas acusaciones que te han enderezado atrevidas mentes, pretendiendo olvidar tu prístina trayectoria en favor del bienestar de los gallegos. Parafraseando a Díaz Mirón, el recordado poeta vasco de la rebeldía y la suprema inteligencia, estamos convencidos de que eres como las aves que cruzan el pantano y no se manchan. Más pronto que tarde, estaremos reunidos en la libertad y en la tranquilidad que nos merecemos como buenos hijos de España. Como siempre ha ocurrido, seguirás contando con nosotros para lo que sea necesario”.

Apenas concluyó el orador, el grupo de policías que custodiaba al preso, le indicó dirigirse a un vehículo que se encontraba aparcado a pocos metros. Antes de subir en él, Alex dio un beso a su afligida madre, al tiempo que agitaba los brazos en un silencioso adiós.

Desde el asiento posterior del automóvil y con las esposas presionando sus muñecas, el político en desgracia observó la enorme bambalina que desplegaban sus momentáneos anfitriones.

“¡Galicia no te olvida. Prudencia y paciencia, harán inocencia!”.

Apenas había cumplido una semana en el temible centro penitenciario de Navalcarnero, conocido en la jerga legal y en el bajo mundo como Madrid IV. Ese corto tiempo fue suficiente para que Alex se sintiera como el más miserable de los prisioneros de España. Unos cuantos días de encierro en su país de origen, le llevaron a descubrir el cruel destino que le tenía deparado alguna de las maquiavélicas mentes de La Moncloa.

Comprobó que no eran los únicos, los escenarios imaginados durante la huida. Todo parecía indicar que sobre su vulnerable existencia, habían colocado una filosa guadaña que podría caer y degollarlo.

Con esa preocupación en la cabeza, pudo constatar la espantosa fama de esa cárcel. En los patios se enteró de las constantes muertes de reclusos, originadas por todas las causas posibles. Se dio cuenta de que los días en Guatemala habían sido unas apacibles vacaciones, en comparación con lo que podría sucederle allí. Los fallecimientos de que le hablaban, ocurrían por igual a hombres enfermos o sanos, viejos o jóvenes, en el patio o en la mazmorra.

Había trabado amistad con “Alfon, el dinamitero”, su compañero de celda, quien desde su aprehensión, astutamente se declaró prisionero político. Podía decirse que su nuevo camarada constituía un raro caso de éxito carcelario y de manejo mediático en su propio beneficio. De esa atípica situación, decidió tomar ejemplo el exgobernante gallego. Copiar su estrategia fue lo primero; lo segundo, sería la decisión de comercializar su imagen, aprovechando que en esos meses de persecución logró posicionarse en el imaginario español.

Además de las marchas en Santiago y en Madrid, que había acordado con El Chulo, giraría indicaciones para que su rostro barbudo fuera serigrafiado en camisetas y gorras, mientras su nombre se rotulaba en pancartas, chapas, llaveros y pegatinas. Cuevas de

Almanzora contaba con los recursos necesarios para financiar esa campaña redentora en toda la península. También había decidido pintar con grafitis las paredes de las calles y lugares públicos. Estaba convencido de que en poco tiempo se convertiría en un símbolo político y libertario, al estilo del famoso Che Guevara o del africano Mandela.

Pero en el penal las cosas se complicaban. El lugar estaba infestado por toda clase de plagas: ratas, chinches y cucarachas deambulaban día y noche por las celdas, llenándolas de escoria y enfermedad. Por otro lado, los atribulados presos eran apaleados al menor motivo. La tortura, el aislamiento y el terror eran formas para matar lentamente.

El ibuprofeno y la metadona eran suministrados a los reclusos como si fueran aspirinas, dotando a cada uno hasta de diez pastillas diarias. De esa manera provocaban la automedicación y el letargo en ellos. La comida que recibían era una exigua porción de sopa apestosa con algunos pedazos de carne dura; las raciones no satisfacían los porcentajes mínimos de proteínas y calorías. En general, la cárcel parecía más un centro de exterminio o una fábrica de cadáveres.

Desde luego que existían alternativas para cumplir con las políticas estatales de reinserción social. Los reclusos podían trabajar dentro de las instalaciones y talleres, recibiendo a cambio las raquíticas remuneraciones que solían pagar empresas como El Corte Inglés o Seat.

Eran frecuentes los ataques de ansiedad y pánico entre la población disminuida por las incesantes vejaciones. Con objeto de desestabilizar a los presos, la dirección era proclive a la intervención en las comunicaciones y al cambio de módulo cada tres meses. Ser reo allí, era una verdadera penitencia en vida.

Un domingo por la noche, el gallego escuchó estremecido la voz desafiante de uno de los cabecillas de la prisión: “Me cago en toda vuestra gente viva y vuestra gente muerta. Mierdas asesinos. Vamos a meter caña a la impunidad; vamos a ir a por vosotros”. Al día siguiente, el que había gritado tras las rejas, apareció muerto misteriosamente. Los enfermeros dijeron que a causa de un ataque al corazón.

Pero Alex trataba de sobreponerse a ese ambiente a toda costa. Estaba esperanzado en que le cumplirían los acuerdos que tuvo con el gobierno español a cambio de silencio. Le daba confianza el hecho de que le hubiesen facilitado un móvil para comunicarse con su

gente. Por ese medio le llegaron a avisar que el Tribunal Supremo le daría únicamente una sentencia de 15 años y que dejarían en paz a su esposa y demás familiares.

Para mostrar fuerza en Galicia, El Chulo era el encargado de enviar mensajes a los traidores, enemigos políticos y delatores. Había acordado con la mafia, la desaparición de todos aquellos que no se ajustaran a sus instrucciones. Cuando se corrió el rumor, huyeron hacia otros países algunos de los excolaboradores, temerosos de ser ajusticiados por soltar la lengua. Alex había amenazado al nuevo presidente de la Xunta, publicando dos videos de sus andanzas y negocios con bandas delincuenciales.

Por el momento, guardaría el rencor y los deseos de venganza contra Gabriela y su voraz familia, quienes en medio del revuelo se habían apoderado indebidamente de cuantiosos capitales, falsificando las firmas del ex gobernante gallego en desgracia.

Decidió que una vez que su imagen rebelde y su lucha por la libertad se acrecentaran en los medios, buscaría al mejor despacho europeo para proclamar y defender su inocencia, apelando al Tribunal Europeo de Derechos humanos.

Desde su dura adolescencia, Alex forjó para sí una vestidura de frío metal que lo protegía de todo tipo de adversidades. Y a pesar de las vicisitudes, aún tenía los arrestos y la tranquilidad para iniciar otros proyectos de vida. Los meses lejos de Galicia fomentaron en él la idea de realizar estudios humanísticos que le ayudaran a enfrentar esos complicados tiempos.

En paralelo constituirían una buena estrategia de distracción para protegerse de sus carceleros. Pidió a sus abogados le consiguieran libros de psicología, psicoanálisis y psiquiatría. Las lecturas le servirían para soportar el estrés y aguantar el encierro carcelario, aunque también le ayudarían a comprender los mecanismos de control y manipulación que rigen la convivencia social.

La primera presentación ante el juez en Madrid le había servido para hacer valer su astuta estrategia frente al poder del estado español. Sus antecedentes universitarios y el análisis exhaustivo de los pormenores de su caso, realizado a conciencia durante la estancia en Guatemala, le hicieron verse ese día como un conocedor de los temas de la ley. Un

individuo que sabía defenderse solo y a quien sería muy difícil aplicarle una sentencia larga.

Tal fue su éxito ante quienes lo escucharon, que casi todos los periodistas que cubrieron la audiencia en el juzgado, informaron que Alex y el togado habían hecho trastabillar a los tres fiscales encargados de la causa. Así se confirmó al día siguiente, cuando los medios de comunicación destinaron cientos de páginas y horas de transmisión para criticar al sistema de justicia de la nación.

A todos parecía que él disfrutaba miel sobre hojuelas. Pero, en realidad, era una triste farsa, una escena engañosa, como lo había sido la actitud asumida en el país centroamericano. En el fondo, reconocía que estaba en medio del desierto, desamparado y luchando desesperadamente por algunos años de libertad y por su vida misma.

Sabía bien que la expresión de su rostro sería distinta, si en verdad hubiera conseguido el respaldo de los grandes jefes de la política española, que aunque lo negaran, siempre actuaban como una gran mafia. En su calidad de prisionero, el político gallego tenía bien claro que los grandes señores lo habían dejado solo y que además tenían la conjura de encerrarlo el mayor tiempo posible. Así convenía al sistema y a ellos.

Las negociaciones que él tuvo que forzar desde la cárcel, no pasaban más allá de la salvaguarda y protección de sus hijos. Los enviados de La Moncloa le habían asegurado que las investigaciones llegaban a su madre, a sus hermanos, a su esposa y a todos los amigos y colaboradores que estaban implicados en la oscura trama financiera del tesoro gallego.

Para empeorar las cosas, los abogados le acababan de decir que su odiado enemigo Mikel pretendía ser testigo y declarar en su contra. Durante una entrevista televisada, el presidente de la Xunta anunció que mostraría vídeos y grabaciones donde se comprobaban los delitos de asociación delictuosa, fraude y peculado en que había incurrido su antecesor.

Lo único que lo alentaba y que daba otro cariz a su asunto, era el rumor de que una vez sentenciado, sería enviado a una cárcel especial para presos que presentaran deficiencias o trastornos mentales, lo que quizá en un futuro podría dar un giro a su situación personal. Fuera de eso, Alex no percibía visos de ayuda de ninguno de aquellos políticos que en el pasado recibieron de él sumas mayores o menores para sus campañas electorales. Se felicitó por las lecturas que estaba haciendo sobre asuntos psicológicos.

Mientras esperaba la fecha de la próxima audiencia en el juzgado, tendría que seguir aguantando la terrible estadía en Navalcarnero, drogándose las veinticuatro horas para poder esperar el sol del nuevo día. Para su fortuna, el médico de la prisión era un profesional sin escrúpulos y con amplia disposición para brindar los socorridos escapes ansiolíticos a todo aquel que lo solicitara.

Desde el camastro de su celda, sonreía por el hecho de que en el exterior de la prisión se percibiera la existencia de una negociación que le facilitaría la salida jurídica y la libertad. Le divertía su juego despreocupado y a veces retador; un insano recreo que servía para convencer a la opinión pública de esa posibilidad. Lo seguiría haciendo, porque en resumidas cuentas, era la única manera de vengarse de la actitud pusilánime y patriotería que percibió en el mensaje de deslinde que le había hecho llegar el presidente español en Guatemala.

“Siempre ha sido un imbécil, que no sé cómo llegó hasta ahí. ¿O acaso sería por eso? Ese hombre pertenece a la clase de gilipollas que los dueños del dinero quieren para que ocupe esa silla. Y mientras, yo, aquí, pudriéndome en vida ¡Maldito sea ese traidor. Que se lo carguen todos los infiernos!”, masculló con furia y con la boca amarga.

La aciaga noche le recordó a su aún esposa Gabriela. Le habían informado que gozaba de vacaciones de verano en Inglaterra junto a su familia, dilapidando cientos de miles de libras y gozando de su conveniente soltería, de la mano de un joven deportista. “Que esa desgraciada tiene a otro, no me extraña en absoluto. ¡Pero algún día la alcanzará mi venganza, así sea lo último que haga en esta vida!”.

Prefería perder la cuenta de los años transcurridos en la prisión de Navalcarnero. Porque podrían haber sido casi quince años allí, oliendo y sintiendo a los roedores y cucarachas que lo acompañaban en la estrecha celda; alimañas que de manera impertinente y asquerosa se movían sobre su piel relajada por las noches.

Después de tanto tiempo encerrado, tuvo que acostumbrarse a beber agua del grifo o de donde se la llevaran los guardias. La pestilencia de la trena no dejaba surgir otro olor en el ambiente. Ni siquiera la amarillenta comida que le daban mostraba aroma de alimento.

Lo más triste de esa época, fue que en esos años de encierro y miseria, sólo dos o tres veces al año, llegó a tener alguna visita, nunca de sus hijos, que eran los únicos que aún le importaban.

Había optado por desechar pensamientos inútiles, con la secreta obsesión de preservar en su mente, la furia y el odio contra sus enemigos políticos y contra los infieles y traidores excolaboradores que lo empujaron a la cárcel; el rencor contenido y creciente llenaba las horas muertas de su reclusión. Todos los días leía y releía a hurtadillas una hoja de papel que desdoblaba y volvía a doblar con meticuloso cuidado; en sus dos lados contenía listas de nombres, domicilios, teléfonos y otros datos que a fuerza de tiempo y uso se tornaban borrosos y sólo él entendía.

El castigo mayor sería para Mikel Truiteiro, el político gallego que lo sucedió en la Xunta de Galicia años antes. Y no por haberle ganado a Tristán, el turco. Su resentimiento principal era porque Truiteiro había declarado en su contra, llevando elementos probatorios que al final sirvieron para coadyuvar con el gobierno español y hundirlo en juicios adicionales.

Su intromisión provocó las cinco sentencias que le había endilgado el tribunal supremo. Por crímenes de lesa humanidad, cometidos junto a Jaguar; por delitos contra el patrimonio artístico nacional; por incumplimiento de la ley en el servicio público y ¡por lavado de dinero! que nunca le llegaron a comprobar. Entre todas ellas, sumaron una condena de veintitantos años.

Reconocía que para su desdicha, el gobierno español le había obsequiado una sentencia por delincuencia organizada, que provocó su mayor condena, por cinco años de cárcel. Por ella sola y sin tomar en cuenta los castigos impuestos en las otras sentencias, tenía que cumplir cuando menos quince años en prisión, gracias a la reducción de pena concedida por la ley.

¿Pero, por qué digo “gracias”?—se preguntó, ya molesto—. “Soy un gilipollas, por haber confiado en esa gente. Ese maldito caradura, aunque esté en las alturas de la política, también recibirá su castigo. Todavía recuerdo las remesas de dinero que tantas veces le mandé a su finca con Cuevas de Almanzora. Pero ya estoy por salir de aquí para darles su merecido a todos ellos”.

Tampoco se salvarían los que vivieron los tiempos iniciales junto al tío; los que disfrutaron aquellos años de juventud y enseñanza en las cortes generales. Sus antiguos amigos de formación política, que de manera ingrata y poco solidaria, lo dejaron olvidado en ese inmundo cuchitril, después de que llenaron las alforjas en el gobierno gallego.

Jose “el chulo”, Willy “el jeep” y Coquín “el canalla”, los tres que olvidaron aquellos tiempos en la oficina que medía cuatro por cuatro, cerca del caballito de Carlos V en Madrid. Los viejos tiempos en que Alex era quien revisaba los periódicos nacionales y hacía de mandadero; los días en que vestían trajes de tercera y comían gracias a la generosidad de “el Fallo gambas”. Después, Willy “el jeep” y Coquín “el canalla”, se volvieron millonarios haciendo labores de alta política, como solían decir y justificar a risotadas.

Se acordó de la ocasión cuando preguntó al tío, la razón del alias con que había bautizado al compañero todoterreno. “Mira gordo, le puse Jeep, porque es chiquito, pero fuerte; se mete donde sea, y aunque salga enlodado y raspado, el tipo es indestructible. Algún día lo vas a comprobar”. —Tenía razón el viejo, pero, bah, ni eso salvará al enano— pensó para sus adentros—.

Sus insomnes ojos aún refulgían en la oscuridad. Pensó en Alfón, su “hermano” de prisión, que conocía todo su pesar y desprecio al mundo. Había escuchado a Alex miles de días en los patios. En reciprocidad a esa inusual amistad entre barrotes, presos y celadores, “el dinamitero” le había enseñado los secretos en el manejo de explosivos. Con la infinita paciencia de un depredador cerebral y sin entrañas, el aguerrido preso político compartió con Alex toda su experiencia en la materia: las estrategias de la guerrilla, las combinaciones más destructivas de los químicos, la fabricación de artefactos detonadores y los efectos devastadores del TNT y los explosivos plásticos.

Como todas las noches, repasó los conocimientos que le dejaron los libros de psiquiatría sobre la personalidad psicótica y esquizofrénica. De tanto practicar gestos, risas, voces, actitudes y posiciones corporales, Alex estaba en condiciones de convertirse en un aceptable actor dramático en tramas de locura.

Sin poder dormir, el amanecer lo descubrió con los ojos abiertos. Sentía la normal excitación por la cercana salida a la ansiada libertad. Recordó la humana sensación de sentirse afortunado y de buen ánimo. Sus abogados le ayudaron a conservar en sus cuentas

bancarias un gran porcentaje del dinero que las autoridades no pudieron localizar por ningún lado.

A sus sesenta años de edad, con un capital que le aseguraba un futuro tranquilo, podría recuperar el tiempo perdido. Visitar a los viejos amores e iniciar la búsqueda de sus hijos que ya serían adultos.

Cuando reparó en el destino de la que fue su esposa, pensó en que por fin, Gabriela conocería el placer de reencontrarse con su pasado y, más que otra cosa, el poder de la venganza.

Gabriela dejó la clase de yoga y caminó rumbo al vestíbulo del edificio, saludando a las amigas que encontró en los pasillos del exclusivo club deportivo que frecuentaba en Mar del Plata. Subió a su todoterreno y pocos minutos más tarde transitaba por la carretera que la conduciría a Sierra de los Padres.

A pesar de haber transcurrido tantos años desde su intempestiva salida de Galicia, conservaba una apariencia distinguida, juvenil y atractiva. Se sentía parte de la sociedad platense, que sin reparo alguno había adoptado a su familia tras llegar de tierras ibéricas. El argentino era un pueblo con profundas raíces europeas, acostumbrado por siglos a recibir a gente de todas partes del mundo.

Además de esa generosa tradición hospitalaria, e igual que acontecía en todos lugares, los capitales foráneos eran bien acogidos y abrían todo tipo de puertas. Por esas razones, el país austral había resultado ser una tierra pródiga para Matías y su familia. Y por si hubiera sido poco, el padre de Gabriela llevaba tres años dirigiendo la cámara de comercio e industria argentina.

La española se orgullecía de tener un esposo famoso por haber descollado en el mundo del polo y que además de esa circunstancia, supo encargarse de todos los asuntos financieros y administrativos de la ganadería y la producción de soja, aceite de oliva y vinos. Pero lo que más le agradecía a Manu era el haberse convertido en el amoroso padre de los tres hijos que tuvo con Alex, sobre todo después de que éste prolongara su estancia en prisión.

Esa mañana, las vistas panorámicas de la carretera, regalaban un ambiente edénico y soñador. El suave lomerío de la pampa y los matices de color que presentaban las llanuras bajo los rayos del sol veraniego, vestían el horizonte de tonalidades esmeralda.

Se sintió realizada como mujer y como esposa. Por fin, después de tantos años de desasosiego y sobresaltos, lograba desligarse de los añejos problemas en Galicia. Sus abogados le habían informado de su triunfo en tercera instancia sobre el ministerio de justicia. Aunque tuvo que entregar una cuantiosa suma al tesoro español y a Heri, pudo conservar un buen capital así como las miles de hectáreas adquiridas en la Patagonia y casi todas las propiedades ubicadas en distintos países.

Lejos quedaban los angustiosos días de persecución y las sentencias punitivas de los juicios iniciados contra Alex, y contra ella y Matías, que la llevaron unos años a prisión, de donde con esfuerzo y untos se escabulló en corto tiempo. Suerte que no tuvo su padre, quien debió quedarse bajo la sombra madrileña por cerca de diez años.

Pero ese había sido el único esquema proporcionado por Heri y los despachos legales, para satisfacer y acallar a la dura y rencorosa sociedad gallega. Muchos millones de euros había utilizado ella en su defensa, era cierto. Como aquellos que destinaron todos los involucrados en la “trama del tesoro gallego”, como fue conocido el caso. Le costó mucho, pero tenía que reconocer que algunos implicados aún pagaban condenas en la prisión de Navalcarnero.

Por esas razones, tuvieron que abandonar definitivamente Galicia y España, rematando los bienes, rompiendo los lazos existentes y estableciéndose en el hemisferio sur de América. Por lo mismo, y para protegerlos de la maledicencia y el deshonor, debió cambiarles el apellido paterno a los chicos. Quizá Alex nunca la perdonaría por esa decisión, pero ella tuvo que actuar con frialdad para asegurar el futuro de los niños.

Y había valido la pena, no quedaba duda. Finalmente, la nueva familia tenía un horizonte promisorio, razón que la convencía de que ella y Matías habían tomado las mejores decisiones en el manejo de las inversiones y el patrimonio.

De las numerosas propiedades en el extranjero no se preocupaban, ya que estaban administrados por inmobiliarias supervisadas por Manu. Las exportaciones de cárnicos a los mercados europeos iban viento en popa, así como la venta de caballos pura sangre,

cuestiones que eran asunto de Matías, y también, un ramo que ella disfrutaba y dominaba. Mes con mes, zarpaba un mercante con fuerte cargamento hacia el puerto de Amberes.

Las carreras de caballos en Inglaterra y los torneos internacionales de polo, eran los eventos que por ningún motivo dejaban pasar. Gabriela y Manu usaban esas actividades para mostrar los caballos y vacacionar dos o tres veces al año.

España y la Xunta de Galicia eran simple referencia anecdótica y recuerdo divertido entre Gabriela y su padre. Lo único que había logrado ensombrecer su ánimo alguna vez, fue la noticia de la misteriosa desaparición de algunos de los que fueron colaboradores de Alex y, más que nada, el nunca aclarado suicidio de uno de ellos en un hotel de verano en Ibiza.

Las reflexiones matinales de Gabriela acabaron cuando vio a lo lejos la edificación familiar. Tomó la vereda, estacionó el auto y caminó hacia el acceso, seguida por un hermoso corgi que ladraba dando saltos alrededor de ella.

Manu la recibió en el pórtico, estrechándola por la cintura. “¡Te ves radiante; no sabes cómo extraño tu belleza cuando no estás! ¿Y cómo te fue, amorcito?”, le dijo.

“¡Mi vida, Malena nos invita a Buenos Aires, a la cena del Casino Militar! Ayúdame a decidir el vestido y los diamantes que llevaré. ¡Quiero ser la más bella esa noche! ¡Llévame, sí!, propuso melosa, a modo de contestación.

“¡Ya eres la más bella, amor, tú sabes embrujarme! ¡Siempre he pensado que los años no pasan por ti. Te ves igual desde que te conozco! ¡Me enamoran tus ojos! ¡Y claro que te llevaré, cielo!”, consintió gustoso el marido.

Hacía tiempo que Gabriela no disfrutaba las entretenidas tardes de compras en la calle Florida y el encuentro con las amigas en Puerto Madero. Eran los días previos a la final del Abierto de Palermo en Buenos Aires. Ese año, la expectación de la gente se centraba en la invicta temporada de polo que estaban brindando los jugadores del club La Dolfina.

Había pasado una semana haciendo compañía a Manu, quien a sus cuarenta y siete años, por fin se despediría de las canchas portando la camiseta de ese equipo. Todos

hablaban del afamado deportista y de que “Sospechosa”, una yegua de su cuadra, se llevaría la Copa Lady Susan Tonwley, el premio al mejor ejemplar equino en el campo.

Gabriela era una de las damas de la jet set internacional, identificada por su riqueza y su famosa ganadería en la pampa argentina. El valioso equino del palenque dolfino viajaba a diferentes países, mostrando sus habilidades en las competencias. Por esa razón, sus embriones y su herencia genética estaban resguardados en un laboratorio. Los porteños celebraban el hecho de haber sido incorporada a un costoso proceso de clonación. Era un animal único, cuyo valor en el mercado alcanzaba los doscientos mil dólares.

El término de la temporada de polo era motivo para acudir a los exclusivos lugares de convivencia y compartir la cena con visitantes ilustres, provenientes de Inglaterra, Australia, Estados Unidos, España y otras naciones.

Gabriela adoraba el polo, aunque no supiera nada del juego. Pero eso no importaba. Para ella, el hecho de estar allí, representaba la cúspide de la escala social que había soñado desde su adolescencia. Y es que la pasarela en el country convoca a mujeres cosmopolitas que suelen vestir ropa de diseñador sólo para esas ocasiones especiales. Se trata de un público variopinto, ignorante de problemas mundanos y lleno de elegancia y glamour. Una vez al año, se convierten en dorados habituales de la calle central.

Manu y el universo del polo la condujeron a los negocios de esa rama. Aparte del ganado para cárnicos, incursionó en la crianza de caballos polo y pura sangre, y para darle gusto a su hombre, y a sugerencia de él, se convirtió en reconocida fabricante de mazos, elaborados con madera de junco importada desde Indonesia. La incursión en esos instrumentos de golpeo también resultó negocio: diez mil unidades al año, recorrían las canchas deportivas del planeta.

Por la mañana se había despedido de Manu. Una llamada telefónica le obligaba a marchar intempestivamente hacia la estancia. Su madre le urgía a que regresara para atender un problema de uno de sus hijos en Londres. Entonces buscó un boleto de avión que la tendría en Mar del Plata antes del mediodía.

Mientras observaba el brillante litoral desde la ventanilla de la aeronave, pensó en la tranquilidad que ahora disfrutaba.

Reconoció que había sido una excelente idea la de dejar que sus hijos estudiaran en Inglaterra. Así los alejó de las tempestades gallegas y del escarnio heredado a ellos por su

mediocre padre de sangre. Aunque los tres muchachos aceptaron desde aquel tiempo a su nueva pareja, en casa todos reconocían que sería imposible establecer un cariño real y una comunicación verdadera con Manu. Allá lejos de la trama del tesoro gallego, ellos habrían de hacer sus estudios superiores, y de ser posible, incorporarse a la vida londinense. Matías apoyó y estuvo de acuerdo en esa decisión.

Para eso había servido la estadía de Gabriela y sus hijos en la capital británica, en la época de la detención de Alex. A partir de ahí, sólo durante las vacaciones escolares de cada año, los chicos viajaban a Argentina. Para aligerar la ausencia, su madre los visitaba en Londres tres veces por año.

La evocación de aquellos tiempos revueltos le llevó a recordar la ocasión en que las autoridades españolas le congelaron las cuentas bancarias a la familia. Por fortuna, sus amigos banqueros ya habían resuelto el tema financiero, poniendo a salvo sus capitales e inversiones en Suiza. Tenía que reconocer que Ortigoza no desveló las adquisiciones e inversiones de los primeros años. Tuvo la frialdad para engañar a Mikel y al Tribunal Supremo informando los montos menores. No tenía alternativa el pobre, lo hizo forzado, debido a que peligraba la vida de su esposa e hijos.

Ella supo de Lloyds Bank y de sus esquemas financieros por “Mandrake, el terrible”. Un auditor que hacía su trabajo, pero que también era un hombre insistente y peligroso para ella. Recordó aquella vez cuando en la recámara, obligó a Alex a despedirlo y alejarlo para siempre de la Xunta de Galicia. Desde su posición como presidente del Consejo de Cuentas, el mago de la contaduría, como se le conocía, hacía presión para despedir a varios de los amigos y parientes, que gracias a ella, ocupaban cargos estratégicos.

Gabriela reconoció que Lloyds había resultado determinante en el esquema financiero de la familia. Gracias a sus asesores de banca, también pudo conseguir un ventajoso seguro de vida para Manu, similar a los que contrataban los deportistas de élite como él. Cien millones de libras esterlinas recibiría ella, si el jugador llegaba a perder las piernas o la vida. Una sonrisa apareció en su rostro al evocar aquella tarde en que Manu lloró en su regazo tras mostrarle la póliza.

Recordó a su exmarido, quien seguramente estaría por cumplir su condena en Madrid. Entonces descubrió que casi se había olvidado de Alex. Pero, acaso él esperaba

otra cosa de ella. En ese momento se acordó de sus constantes traiciones y engaños. Cuando él asumió el poder en la Xunta, ella empezó a perder el suyo sobre él. Pensó en que desde ese primer año en Santiago, él había perdido el contacto con la realidad y se había convertido en un esclavo de los placeres.

Borracheras, mujeres, fiestas, falsos amigos y quién sabe cuántas tonterías más. El propio Heri le confesó que había estado en el lujoso departamento de Serrano muchas veces. En diciembre de su primer año de gestión, Borrás, Mouriño y Fran, rentaron un avión para llevar a Madrid a treinta de los amigos más conspicuos para disfrutar allí una inolvidable bacanal que llegó a los diarios más leídos de la capital española.

La voz del piloto por el altavoz la obligó a dejar sus pensamientos. Anunciaba la llegada al aeropuerto platense. Matías la aguardaba para llevarla a la estancia. La nave descendió sin contratiempos y pronto se encontraron padre e hija. Ya en el automóvil, Gabriela habló por el móvil con su esposo.

—Amor, ya estoy aquí. Salgo a casa con mi padre—le dijo—. No sabes cuánto lamento perderme la final y tu despedida de las canchas. Pero sé que triunfarás junto a mi yegua y que levantarás la Copa. ¡Cuida bien a “Sospechosa”! ¡Consíéntela! Ella adora eso. Y no olvides darle su turrón de azúcar, cielo. ¡Te amo, Chao!

Matías y Gabriela entraron a la estancia. Apenas cruzaron la puerta, se dirigieron a la biblioteca y ocuparon los sillones frente al escritorio. Una vez repuestos del viaje, el empresario pidió a su esposa que informara a la hija las razones que la obligaron a regresar de Buenos Aires y dejar solo a su marido, no obstante la relevancia y el significado del evento que Manu estaba por afrontar esa misma tarde.

—Hija, perdona que no te haya explicado por el móvil, la causa por la que te pedí volver de inmediato—explicó la madre—. Ayer por la noche, recibí una llamada de Madrid. Una persona que no quiso dejar su nombre, me informó que Alex llegará mañana por la noche a Mar del Plata, para hablar contigo y con sus hijos. Dice que él no volverá a España sin hablar con ellos. Quisiera pedirte que medites con tranquilidad la manera en que resolverás ese asunto y qué acuerdos vas a plantearle.

—Te pido ser benevolente con Alex, y que tengas en cuenta que siempre fue un buen padre—agregó—. Todavía recuerdo sus paseos con los niños, sus frecuentes idas al cine y hasta las ocasiones en que les enseñaba a jugar golf. Debemos pensar que está ansioso por verlos y constatar lo que han crecido y cómo llevan sus estudios. Espero que para cuando te reúnas con él, ya hayas encontrado la salida a este problema. Preferí no adelantarte nada, con la intención de que no lo comentaras con tu marido. Es mejor que tú misma lo resuelvas sin presión alguna.

—Estoy de acuerdo contigo, mamá—contestó—. No será fácil enfrentarlo. Y es que Alex debe estar molesto y desesperado. Sobre todo, porque le solicité el divorcio cuando entró en prisión, y también porque de manera sorpresiva contraí matrimonio con Manu. Por fortuna, me quedan muchas horas antes de mi encuentro con él. Y no te preocupes, te prometo que seguiré tu consejo, madre.

Al día siguiente, Gabriela se levantó de la cama al filo del mediodía, preparándose para salir a montar uno de sus caballos preferidos. Necesitaba sentir el aire fresco del campo sobre su frente, para analizar por última vez las opciones que había encontrado durante la noche. Después de tres horas cabalgando en la soledad de las pampas, volvió a la casa con apetito suficiente para devorar un buen bife de chorizo. Salió de la ducha y se vistió un florido palazzo y una camisa blanca de seda. Acto seguido, se encaminó al comedor.

—Necesitaba el contacto con la naturaleza, papá—le dijo a Matías—. Mami, mientras comemos, les platicaré las alternativas que encontré. Quiero que me den su opinión.

En ese momento sonó el teléfono, que cogió su madre.

—Es para ti. Te habla Malena—le dijo a su hija—.

Cuando Gabriela hablaba por el aparato con su amiga, sus padres vieron como palidecía y se tocaba el pecho, al tiempo que gritaba inconsolable.

—¡No, no, no puede ser! ¡Manu acaba de sufrir un accidente en la autopista!— exclamó—. Dicen que está herido. ¡¿Qué hago, mamá?! ¡Ayúdame, papá! ¡Dios mío, sálvalo, que no muera!

—Espera hija, cálmate—tranquilizó Matías—. Hablaré con el director de policía y roguémosle a Dios que todo haya sido una confusión. La ruta dos es de las más seguras y vigiladas, no lo creo.

Después de comunicarse con el funcionario, Matías enmudeció, y tuvo que ser su esposa quien lo sacara de su estupor. Con los ojos de la derrota y la pena, miró a Gabriela, que lo observaba expectante.

—¡Hija, debes ser fuerte. Lamento reconocer que sí, que es cierto. Manu murió en el lugar del accidente!—le dijo Matías, apenado—. Me dicen que sufrió un choque por alcance con un camión cisterna, cerca de la ciudad de Dolores. Su auto quedó totalmente destrozado y por la fuerza del impacto, el viejo camión estalló en llamas, muriendo también su conductor. El fuego alcanzó el cuerpo de Manu, y aunque lograron extinguirlo, ya no pudieron hacer nada por él. Su vehículo quedó incrustado en la parte trasera del carro tanque. El reporte de tránsito y vialidad, señala que tu marido murió por traumatismo craneoencefálico, por lo que ya no sintió las llamas que consumían su cuerpo. Fue una muerte instantánea.

—Te das cuenta, papá, otra vez me quedé sola—dijo Gabriela, sin disimular un reproche—. Yo tuve la culpa, por no acompañarlo a su último juego. Nunca me perdonaré esa maldita decisión. Pero, no entiendo cómo sucedió ese desgraciado accidente. Él era un experto corredor de autos; su Camaro estaba en perfectas condiciones y Manu era una de esas personas que conocía la autopista de memoria. Por favor, papá, ayúdame a investigar qué fue lo que realmente sucedió en la carretera. Estamos en temporada estival y no había malas condiciones climatológicas. La explicación que te dieron las autoridades no me parece convincente.

—¡Mami, me quiero morir yo también!—gritó Gabriela, llorando—. ¡¿Dios, por qué me abandonas?!

—Calla, Gabriela, serénate, no blasfemes; recuerda que tus hijos te necesitan—.

Los funerales de Manu habían convocado a gran parte de la sociedad argentina y al mundo deportivo. Familiares, amigos y jugadores de polo, provenientes del país y del extranjero, llegaron al cementerio de Mar del Plata a rendir homenaje al hombre que se despidió de las canchas un día antes de su trágica muerte en la carretera. Periódicos y programas de televisión dieron cuenta de los hechos y sus posibles repercusiones.

Tres meses después del terrible accidente, Gabriela seguía en estado de shock y su salud desmejoraba. Por esa causa quedaron abandonados a su suerte los finos caballos pura sangre, al igual que “Sospechosa”, la yegua consentida y compañera de Manu en el palenque. Los nobles animales resentían la ausencia del jugador y las caricias de la atribulada dueña.

En la estancia, los padres de Gabriela no cejaban en su empeño de distraerla y hacerle ver que la vida tenía que continuar. Su avanzada edad hacía grande el agobio por la responsabilidad de cargar con la desventura de su hija y sus nietos.

—Querida, debemos hablar con Gabriela—le dijo Matías a su esposa—. Me siento viejo para seguir atendiendo los negocios. Gabriela, tiene que empezar a dirigir lo que tanto le ha costado conseguir. Estamos obligados a sacarla de ese marasmo en que se encuentra. Pero antes de que venga aquí, pongámonos de acuerdo en que es mejor para ella ignorar la relación que Manu tenía con su abogada. Y nadie me va a decir que no es cierto, porque me di cuenta de las reacciones de esa muchacha ante el féretro de Manu. Esa relación que él ocultaba con dificultad, es mejor que nuestra hija la siga ignorando, si es que no la descubrió ya. Ve a buscar a tu hija, y dile que venga a hablar conmigo de inmediato. Que se lo ordena su padre, y que si no viene, iré a su habitación a hablar con ella de una buena vez. O viene, o voy, pero tenemos que hablar ya.

No fue necesaria mayor presión. Gabriela llegó a los pocos minutos y se acomodó displicente en un sillón junto a su madre. Miró a su padre y esperó el discurso que imaginaba.

—Mi amor, perdona que ya no pueda seguir esperando a que restablezcas tu ánimo—le dijo Matías—. Pero es necesario que hablemos seriamente del día a día. En primer lugar, quiero reconocer que lo que has pasado, ha sido tremendo. La muerte de una persona tan cercana a uno, siempre representa un golpe moral del que es difícil recuperarse. A veces, pasan los años, y uno sigue sufriendo la pérdida. Es algo normal; un sentimiento legítimo, generoso y leal con el que se fue.

Pero el mundo sigue, y uno debe mantenerse en la brega—continuó explicando—. Entiende que tu madre y yo, ya somos unos viejos a quienes les cuesta seguir moviendo el molino de la hacienda. Te pido que abandones el luto que tú misma te has impuesto, y que, pensando en tus hijos, en su patrimonio y en su futuro, asumas de una vez por todas, la dirección de las empresas, la ganadería y los negocios familiares.

Tenemos que informarte las últimas novedades—agregó, preocupado—. En este tiempo en que has estado encerrada, sucedieron cosas importantes. En relación a Alex y su anunciada visita desde España, tienes que saber, que pasaron uno, dos, tres, y muchos días más, y hasta ahora lo seguimos esperando; tampoco ha habido comunicación telefónica suya, o sobre su persona. Al final de cuentas, la llamada que recibió tu madre, y que desencadenó toda esta desgracia, sigue siendo un misterio para nosotros.

Pero eso es lo menos destacado —alertó Matías—. Lo que sí es importante, es el tema del seguro de vida de Manu, en el que tú eres la beneficiaria. Es por cien millones de libras, ¿recuerdas?, aquel que contratamos en Londres. Pues, resulta que la aseguradora, exigió un peritaje que obligó a la reconstrucción del accidente. Acaban de decirme que existen muchas lagunas e inconsistencias, y que por ello, detendrán el pago. Pero sólo durante un año. Si no aparece otra duda más, te lo aprobarán en definitiva. De acuerdo con el informe de las autoridades, el camión cisterna frenó bruscamente delante del auto de Manu, ante lo cual él no pudo detenerse, porque, debes saber que tu difunto marido, viajaba a más de doscientos kilómetros por hora. Por otro lado, a los investigadores se les hizo extraño que el tanque del camión, con capacidad de diez mil litros de nafta, ese día sólo llevara quinientos.

Para empeorar las cosas, el intenso sol del mediodía originó vapores internos que, finalmente, causaron la explosión del carro tanque, atribuida por algunos ingenieros, a que hizo cortocircuito un cable en mal estado. El otro detalle que les pareció extraño, dentro de un vehículo argentino de transporte de combustible, es el hecho de que en la cabina, hayan encontrado un trozo de billete de avión que deja ver el logotipo de la aerolínea Iberia. Hasta ahora, las autoridades no han encontrado explicación a esa inesperada circunstancia. Además de lo anterior, a causa del incendio que duró varias horas, el cuerpo del conductor quedó irreconocible; las manos y la cabeza desaparecieron, encontrándose únicamente el tronco del infortunado.

—Mira, papá, he meditado mucho en todo lo que ha sucedido durante estos meses— contestó Gabriela—. Poco a poco, las noches de angustia y zozobra van desapareciendo, dando paso a la paz y la resignación. Algo me dice que mis hijos verán a su padre hasta que sean mayores y hayan hecho familia. Creo que en ese momento él se les hará presente.

—Quizá la muerte de Manu, sea el indicio de que por fin terminó la etapa en que tuvimos que salir huyendo de España y establecernos aquí—reflexionó con tristeza—. Él fue parte de esa época de éxodo, penurias y silencio. Pero ya todo terminó y todo es distinto. Y hay algo más que debo confesarles. Si vemos las cosas fríamente, tengo que reconocer que Manu aún era joven. A toro pasado, he pensado que quizá fue preferible que muriera. Lo amaba tanto, que si un día, él hubiera decidido dejarme por otra, seguramente más joven, no lo perdonaría bajo ninguna circunstancia. Soy una mujer que odia el engaño de un hombre. Ante esa posibilidad, quien sabe cuántas barbaridades habría sido capaz de realizar.

Y tienes razón, papá —aceptó, resignada—. Aunque se ha graduado en la universidad, Alex requiere de mi asesoría y enseñanza en el manejo de los negocios. Y mis hijos menores me necesitan cerca de ellos por estar viviendo su adolescencia. Sé que tengo que estar más atenta de los muchachos. En el plano personal, estoy convencida de que la vida con Manu fue hermosa y emocionante, pero en realidad, ya no estaba en condiciones de andar de fiesta en fiesta o de campeonato en campeonato, como lo hice con él todo el tiempo. Es un lindo estilo de vida, eso sí, pero es cansado, y yo, como bien dices, estoy obligada a acrecentar mis inversiones y las de mis hijos.

Me da gusto por ti—señaló Matías, con alivio—. Es bueno que asumas tu responsabilidad de madre. Además, no olvides que varias de las propiedades e inversiones siguen a nombre de Manu. Te recomiendo resuelvas con urgencia esos pendientes legales.

Así pasaron los meses. En Sierra de los Padres, la tranquilidad volvía poco a poco. Las verdes llanuras se cubrían con miles de terneras y equinos que pastaban y enriquecían el paisaje de la pampa. El clima brindaba condiciones propicias para el desarrollo del ganado y producción de la soja. Gracias al tesón y al esfuerzo realizado en la estancia y las empresas, la familia de Gabriela vivía a plenitud en la tierra alguna vez prometida por Matías.

Lejos de Argentina, en algún sitio del hemisferio norte, un obeso y desaliñado sexagenario se observaba al espejo con ojos brillantes y rumiando su suerte. Maldecía los años perdidos en prisión y las fuertes cantidades de euros que tuvo que gastar en protección, y cuya suma, después de tanto tiempo en reclusión, representaba la última riqueza que sintieron sus manos. Una fortuna que se evaporó entre las rejas y que jamás podría disfrutar, como alguna vez lo planeara durante sus noches de insomnio. Con el estómago vacío, bebió la última cerveza que atesoraba en la nevera y salió a caminar el casco histórico de la pequeña ciudad. De esa manera olvidaría el hambre que le corroía las entrañas. En la desesperación por la falta de alimento, recordaba a sus compañeros de andanzas políticas, a quienes el gobierno embargó propiedades, cuentas bancarias e inversiones. No tenía ningún caso buscarlos, para qué hacerlo. Se convencía de que casi todos ellos, estarían pasando tiempos tan difíciles como los suyos, alejados de familias que fueron alcanzadas por la vergüenza y el escarnio.

Los años transcurrieron. El tiempo desvanecía la vieja trama del tesoro gallego y el recuerdo del deshonesto e irresponsable Alex, el más joven dirigente de la Xunta de Galicia, en toda su historia. Los que no olvidaron el caso, lamentaban el hecho de que la justicia española no hubiera sido capaz de recuperar los fondos robados al erario en aquellos tiempos. Cerca de cuarenta mil millones de euros, estuvieron envueltos en investigaciones interminables. Decenas de juicios se instauraron contra los funcionarios ladrones. Se difundieron miles de páginas de periódico y horas de transmisión en radio y televisión, además de las estratosféricas cifras de menciones, acusaciones e insultos en

redes sociales. Con todo ello, los tribunales sólo pudieron recuperar alrededor del diez por ciento de lo que desapareció de las arcas públicas.

Mientras Alex desfallecía a causa de su miserable destino, a miles de kilómetros de distancia, Gabriela y su familia enseñaban al mundo que ellos sí eran seres privilegiados y merecedores de abundancia. Bendecidos mortales, a quienes la verdad hacía libres.